

Ada M.
Elflein



PAISAJES CORDILLERANOS

DESCRIPCION DE UN
VIAGE POR LOS
LAGOS ANDINOS

BUENOS AIRES
1917

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Fondo General



Ubicación: 5 (1204-57)

Año: C:

SYS: 1025450

BIBLIOTECA NACIONAL



415579

5(1204-57)

5(1204-57)

1025450

ADA M. ELFEIN

*Exemplar
de las
p. 13-18.*

PAISAJES

CORDILLERANOS

DESCRIPCIÓN DE UN VIAJE
POR LOS LAGOS ANDINOS



Buenos Aires

1917



OBRAS DE LA AUTORA

Leyendas argentinas, 1 volumen 4.^a edición
(Librería del Colegio)

Del Pasado, 1 volumen 1.^a edición
(Librería Martín García)

Es propiedad de la autora.
Fotografías de Germán Wiederhold,
Puerto Varas, Chile.
Queda hecho el depósito que marca
la ley.

A la Dirección de "LA PRENSA",
bajo cuyos auspicios
se realizó este viaje.

DOS PALABRAS

Suele colocarse en trabajos de esta índole, una introducción o preámbulo de rigor, en el que se consigna la «superioridad del propósito» frente a la «escasez» o debilidad de las fuerzas. Es simplemente una manera de ampararse bajo la indulgencia del lector, exagerándole unas veces la magnitud de los temas, eludiendo otras, las responsabilidades posibles. Uno de los personajes más populares de Dickens, recibe a diario este consejo destinado a llevarle al éxito: «¡Hazte pequeño, hijo mío, hazte pequeño!», y el éxito parece sonreírle realmente, cada vez que se desliza enmascarado de modestia y de humildad.

Este achicamiento, que a menudo es un camino recto al ridículo, se impone a cuantos alguna vez se han detenido frente a maravillas de la naturaleza, y sentido luego el anhelo de describirlas; y se impone con mayor fuerza a mi espíritu todavía escasamente habituado a traducir las formidables e intensas emociones que experimenté en la región andina de Neuquén, Río Negro y la zona vecina de Chile, pobladas de bosques y salpicadas de lagos.

No es, pues, por modestia falsa que expreso este

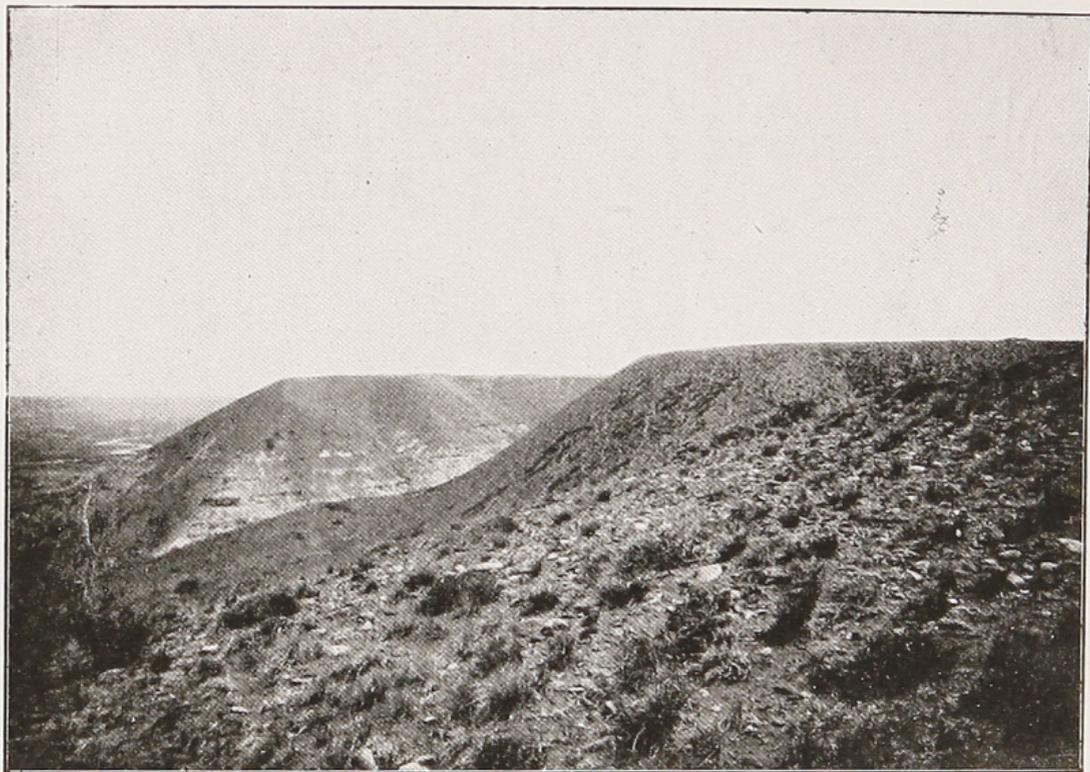
temor. He visto paisajes y escenas que pluma ni pincel podrán jamás reproducir en todo su encanto íntimo o su salvaje majestad. Y no vaya a creerse que hemos andado caminos cortados por trágicos precipicios o que nuestro viaje ha sido una aventura extraordinaria. Ni extraordinaria ni vulgar. Las cimas de las cordilleras, donde la nieve descansa por siglos, no han sido holladas por nuestras plantas, ni hemos mirado al fondo de los abismos con ojos espantados. Allá han quedado, tan misteriosos hoy como antes. Pero hemos recorrido largas y pesadas sendas de arena, desde las cuales, a uno y otro lado tendíase el desierto; navegado lagos azules y verdes vigilados por gigantes de piedra vestidos de fronda y cubiertos como Grandes del Universo, con casquetes de cristales resplandecientes. Nos hemos internado en sombrías veredas entre bosques, cruzado ríos indómitos de caudal verde profundo, y las sombras de la primera noche nos han alcanzado antes de salir de la montaña. Y, éramos tres mujeres, indefensas según el decir de las gentes; pero defendidas por la cultura argentina que en los más remotos rincones de nuestro territorio muéstrase ante propios y extraños. Las autoridades nos rodearon de consideraciones y respetos, y nos guiaron por medio de hombres experimentados y seguros; los pobladores nos acogieron y escoltaron con cariño; mas nada vimos nosotras, en la larga extensión recorrida, tanto en el territorio argentino cuanto en el chileno, que nos hiciera sospechar un peligro.

Creemos, y ésta es una impresión íntima, que a haber sido experimentadas como lo eran nuestros guías, habríamos podido recorrer las tres, sin tropiezos, bosques, lagos y montañas, tal es la tranquilidad que se siente en aquel ambiente, donde alguna vez el alma argentina ha de retemplarse con visiones de belleza.

Resuelta nuestra excursión, fué facilitada ampliamente por el director de «La Prensa» señor Ezequiel P. Paz. Solicitamos luego los consejos de la experiencia del doctor Francisco P. Moreno, pues ninguno como este caballero conoce aquellas regiones por haberlas recorrido palmo a palmo. Las informaciones que nos dió fueron eficacísimas. Presentónos también al doctor Isidoro Ruiz Moreno, director de Territorios Nacionales, quien nos trazó un itinerario que publicamos al final por considerarlo útil a los viajeros.

Este volumen está formado con la colección de mis correspondencias, sencillas notas de viaje, que fueron publicadas en las columnas de «La Prensa» en Marzo, Abril y Mayo de 1916.

A. M. E.



MESETAS PATAGÓNICAS

I

DE BUENOS AIRES A ZAPALA—1.500 KILOMETROS EN FERROCARRIL

Salimos de Constitución el 16 de Enero a las seis y media de la tarde, entre los primeros amagos de una tormenta. Media hora después, habíamos dejado atrás los pueblos veraniegos del sur de Buenos Aires, y el convoy iba internándose en lo que Darwin llamara, hace 82 años, «la llanura desolada».

La noche cayó de pronto, acelerada por la tempestad. De vez en cuando, un silbato anunciaba una estación, y el tren cruzaba frente al andén con un estrépito que me daba la extraña sensación del chasquido de un fósforo colosal raspado en las aristas aceradas de una caja.

El ojo avizor no descubría sino indistintamente en la llanura iluminada por los relámpagos, la riqueza de esta tierra transformada en laboratorio de oro y de raza; pero sentíase la palpitación de su vida exuberante. Columbraba masas negras de árboles; a veces, un relámpago revelaba un maizal, un plantío de legumbres, una huerta. A la distancia, solía romper la espesa masa de sombras

una luz que súbitamente brillaba y desaparecía. ¿Qué era? ¿Una estancia? ¿Una casa de negocio? ¿Un puesto en los lindes de una vasta propiedad? Era un alerta de la vida y de sus vigiliass en medio de la mortaja nocturna que iba unificando todo y amalgamándolo.

Entonces, cuando nada veían los ojos materiales, ante los del espíritu surgieron los esfuerzos de antepasados, de aquellos que edificaron ranchos cuando esto era desierto; de los soldados, frailes y comerciantes de la Colonia; de los acarreadores de ganado y de sal; de los soldados de Rodríguez, y de Rozas después; el alzamiento de los ganados, cuando los hombres emigraban y la tiranía arreciaba; la sangre de humanos y de animales con que se ha abonado esta tierra, hoy de promisión, que fué el «ager publicus» repartido como premio a los guerreros y que quedó, en fin, en manos de los que la adquirieron y valorizaron con recio trabajo.

Los que viajan conociendo la historia, a través de esta pampa que deja a flor de tierra cada año, la riqueza real más grande que hayan podido conocer los trabajadores del mundo, no podrán evitar esa evocación, ya que aquí un pueblo de seres fuertes ha vivido en pleno drama, en plena tragedia durante un siglo, y sólo conocido por los que explotaban sus horas de paz. Aquí Martín Fierro y su amigo Cruz, simbólicos vagabundos de una época remota, «por no pasarlo tan mal—en el desierto infinito—«hicieron como un bendito

—con dos cueros de bagual», y como ellos, millares de otros iguales, y no iguales tuvieron que hacer lo mismo para albergarse, donde hoy se levantan mansiones señoriales rodeadas de parques lozanos y frondosos: oasis de sombra y plácido descanso.

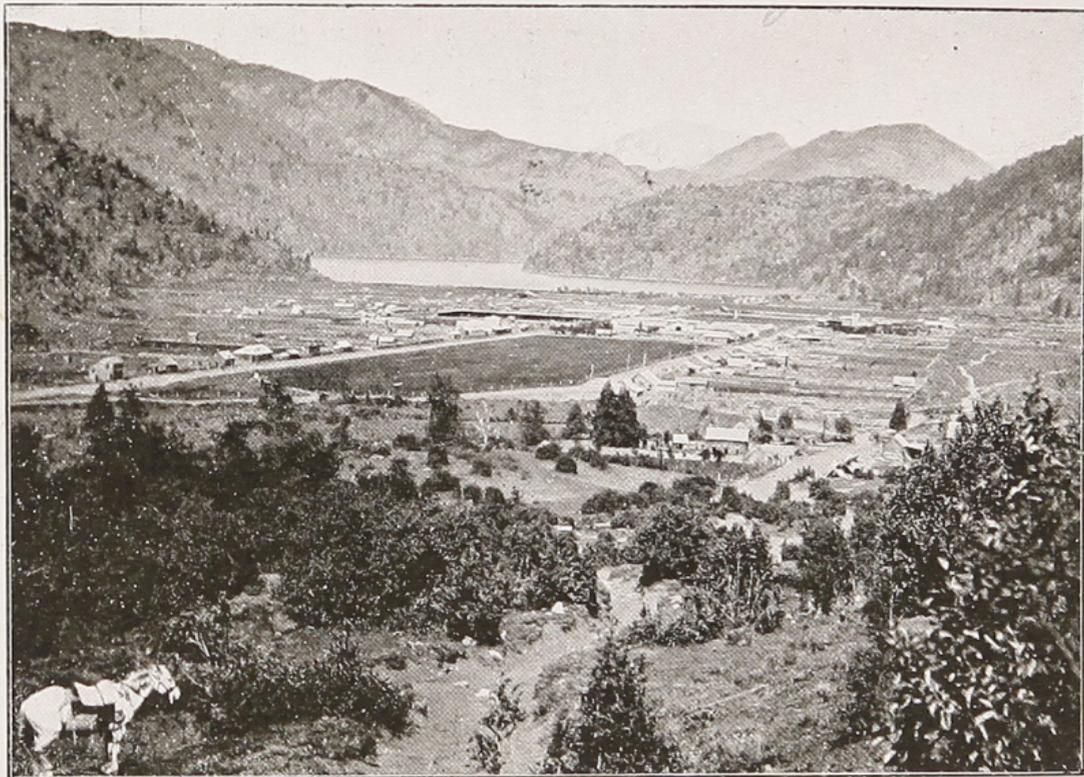
Con los ojos entrecerrados, pareceme ver, en el cruce de dos caminos polvorientos y alambrados a un paisano de gesto altivo, montado en su caballo, como un rey sentado en su trono familiar, digno y grave.

Entre sueños, siento a veces que el convoy se detiene, y sucede confuso rumor de voces, pasos, ruedas. Oigo gritos: «Las Flores», «Azul», «Olavarría», «Pringles»... ¿Dónde han quedado los tiempos en que el Salado era «la frontera» más allá de la cual se extendía el Sur misterioso y terrible? Estamos rodando por esa región antes poblada de fábulas, cómodamente tendidas en muelle cama, a razón de sesenta kilómetros por hora.

Llega la mañana. La luz obra sobre el paisaje como un ácido sobre una placa sensible. Una gran ciudad blanquea en el horizonte, rodeada de chacras y de quintas. De la izquierda viene de lejos el aliento del mar y se distinguen mástiles. Entramos en Bahía Blanca.

De los 1.475 kilómetros que separan a Buenos Aires de Zapala, punta de rieles del ferrocarril del Sud, hemos recorrido en una sola noche, 640 kilómetros.

Poco después de dejar atrás a la activa ciudad de Bahía Blanca, con su cinturón verde como una



SAN MARTÍN DE LOS ANDES, GOB. DEL NEUQUÉN (REP. ARG.)

zagala graciosa en el hogar de sus cariños, el panorama empieza súbitamente a cambiar. La vegetación fresca de la tierra cultivada cede el lugar a las matas achaparradas, espinosas, leñosas y retorcidas de los suelos sin agua. Ya no es verde el paisaje: es verde gris. El zanjeo que un día emprendiera Adolfo Alsina, allí lo ha hecho la naturaleza. Una valla invisible pero real, parece levantarse entre la llanura de Buenos Aires y la llanura Norte de Río Negro.

EL DESIERTO

Horas y horas sigue corriendo el tren, y el paisaje es siempre el mismo. Como en otros viajes por otras regiones, siento el espíritu sobrecogido ante la inmensidad de la patria, donde todo es desmesurado: pampas y montañas, selvas y ríos, y díz que también los lagos...

¡Los lagos! Los ojos se vuelven hacia el Sur; pero ningún reflejo azul o plateado da una nota de frescura al horizonte polvoriento. Aún nos separan de los lagos centenares de leguas que recorreremos en tren y en automóvil. Nos avergonzamos de nuestra impaciencia, escuchando las conversaciones que vuelan de mesa en mesa, en el cómodo coche comedor. Hay allí antiguos pobladores que cuentan cómo hicieron el trayecto al Neuquén en otros tiempos: a caballo, en sulky, en carretela, en carretas tiradas por caballos, cuando no por bueyes. Y el viaje, según el medio de locomoción y las

condiciones del camino, duraba días, semanas, meses. Según la época del año, la comitiva se asfixiaba entre espesas nubes de arena o chapaleaba en pantanos sin término. La galera marcó un progreso enorme: partía de Pigué y llegaba a Río Negro. Allí los pasajeros exhaustos, aturcidos por los saltos y sacudidas del vehículo que seis u ocho yuntas de caballos arrastraban a todo galope por altos y bajos, médanos y cañadones, piedras y palos y lo que hubiera en el «camino», continuaban en mula o a caballo, con el arma lista y atento el ojo al acecho del indio o, peor todavía, del cristiano malandrín.

Reclinado en los cojines, llevado por la fuerza del vapor, el viajero de hoy se ríe del desierto, y toda la penuria del pasado se le ocurre leyenda.

El Desierto... Hoy todavía llamámosle así por antonomasia. Fué la región legendaria del indio armado de chuzo y boleadora, que llevaba sus malones hasta la entraña de la llanura bonaerense. Aquí conquistó Rozas su título pomposo de Héroe del Desierto, sometiendo por la fuerza o con el prestigio de su fascinadora personalidad, a los altivos caciques indígenas. Fué también el camino que siguieron, casi medio siglo después, las columnas del ejército de línea, que redujeron para siempre al salvaje y abrieron al colono los inmensos y desconocidos territorios del Sur.

Hemos cruzado el Río Colorado: ancho, caudaloso, de aguas turbias, espesas y rojizas. Serpentea entre orillas bajas, y cava su lecho en la arena.

Crúzalo varios puentes. Se le costea durante algún tiempo y pronto se le pierde de vista. Sigue la soledad más profunda aún, si cabe, interrumpida por las escasas estaciones donde se ven algunas chacras y grupos de sauces patagónicos. Fuera de eso, zarzas, jarilla, cactus.

Extrañas formaciones se levantan en el horizonte: son las rojas mesetas típicas del Río Negro, las bardas, como las llaman allí. De superficie lisa como verdaderas mesas, a la distancia semejan sierras. Muy arrogantes se presentan al que las mira desde el pie, y parecen agacharse avergonzadas, ante quien las contempla desde arriba. Se suceden, interminables, durante el día entero, única variación en el triste paisaje, archipiélago de islas incontables que cortan con afilados promontorios el océano sin fin de la llanura patagónica.

Al anochecer el panorama se torna menos adusto. Dunas de arena fina y blanca como la del mar, se levantan a ambos lados de la vía. Y de repente, un regio río, que vuelca su inmenso caudal por el llano, en curvas amplias y grandiosas, ciñe islas e islotes cubiertos de tupidos saucedales, se tuerce en torno de amarillos bancos de arena o hierve airado sobre piedras y troncos sumergidos. Es el Río Negro. Tíñelo el arrebol del ocaso, y la nacarada e impetuosa corriente aparece ora cerca de la vía, ora se pierde al parecer definitivamente, entre dunas y sauces, o vuelve a brillar de pronto al pie mismo del talud por el cual corre el tren.



LAGO LOLOG (REP. ARG.)

EN NEUQUEN

Cae la noche. A la luz débil de la luna creciente, cruzamos el puente del río Neuquén. Una estación más—Cipolletti—y entramos en Neuquen, capital del territorio nacional del mismo nombre, donde recibimos del gobernador, señor Elordi, y demás autoridades, las primeras atenciones de la larga serie que debía hacer nuestro viaje agradable y fácil.

Nuestra buena estrella nos había deparado por compañeros de viaje, al ex gobernador del Neuquén, don Juan Ignacio Alsina y su señora. A la gentileza de ambos, debemos atenciones y numerosos informes y datos interesantes. La señora refiriónos las angustias pasadas en viajes de antaño y la tristeza y soledad del lugar elegido como morada, donde todo había que crearlo para poder vivir; pero evocaba todo eso con cariño, con exquisita emoción, como suele recordarse el mal que ha pasado para no volver.

Guiadas por la experiencia del señor Alsina, contemplamos al día siguiente el paisaje entre Neuquen y Zapala, y aprendimos los nombres de las sierras que emergen al Norte, al Sur, al Oeste, en las que predomina la forma cónica: «chihuídos», como reza el nombre indígena. A la derecha de la vía, la sierra Auca-Mahuída; al frente, el Chachil, todos nevados: murallas azul opaco con almenas blancas, recortadas en el cielo brillante de

la mañana. En torno, el paisaje típico, árido, de la precordillera; matas espinosas, jarilla, aquí y allá un arbustito salado color verde claro llamado zampa. Muy de trecho en trecho, una parada, una casucha, un pequeño sembrado donde algún manantial u ojo de agua brota de la piedra o surge de la arena.

Todo esto será un jardín cuando llegue el riego vivificador.

ZAPALA

Un curioso cono rojo aparece, aislado, semejante a un desconocido hormiguero. Llámase Millaqueo, y el conocedor del camino, sabe al verlo que está próximo Zapala.

Por fin llegamos a este pueblo, en el extremo del ferrocarril que cruza Buenos Aires, Río Negro y Neuquén en una extensión de cerca de mil quinientos kilómetros.

El poblado se halla en medio de una meseta llana, que limitan en semicírculo abierto hacia el Este, cadenas de montañas azules y plateadas, bajo un cielo altísimo y puro, en el que flotan lentamente grandes nubes blancas. Es una agrupación de casas de ladrillo que se «extiende»—digámoslo así—a ambos lados de la vía. Está como perdido en la inmensidad del páramo; no tiene un cerro donde reclinarse, un árbol para adornar su desnudez, un arroyuelo para alegrar su tristeza. Arena, arena, arena, viento y arena: un sol sin

piedad en verano, fríos glaciales en invierno: tal es Zapala.

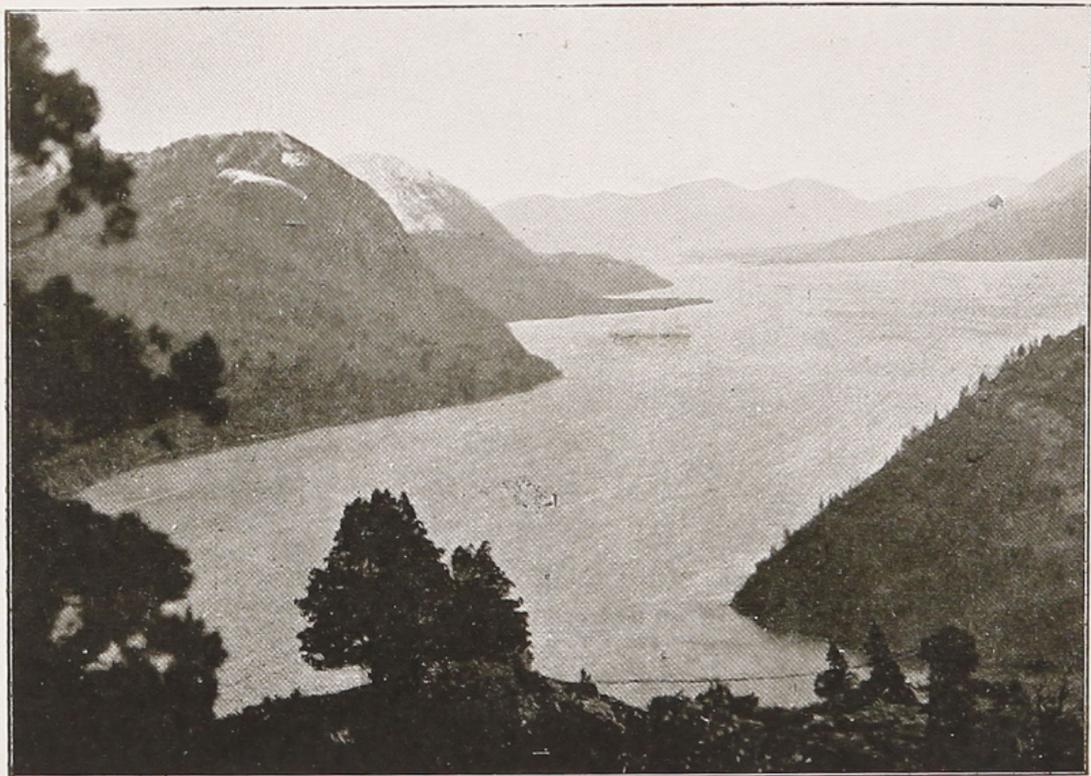
En Neuquén nos habían anticipado que Zapala era el fin del mundo. En Zapala nos aseguran desde el primer momento que en Neuquén se acaba todo. En realidad, ¿cuál de los dos pueblos es el último término en materia de desolación y de tristeza? Dejando aparte lo pintoresco, ambos tienen su importancia. Neuquén es futuro centro de colonias de riego. Zapala, emporio de una región ganadera de porvenir; tiene actividad comercial y como punta de rieles, la vida que le dá el ferrocarril. Es, además, cabecera de dos líneas de automóviles del gobierno, a Las Lajas y a San Martín de los Andes. Constituye, pues, el punto obligado de concentración de pasajeros para la Cordillera, como denominan allí toda la región montañosa, sea alta o baja.

Los habitantes de Zapala se sienten orgullosos de su nueva ciudad y dejan mal parado al que se atreva con ese noble orgullo.

¡Cuánto alienta esta esperanza de los centros incipientes! Porque nadie allí duda de que Zapala será un día una gran ciudad. Es admirable y hermosa la fe en el porvenir, de estos hombres.

Zapala no cuenta más de cuatro a cinco años de existencia. Tiene comisaría, correos y telégrafos; pero falta escuela fiscal para atender a la instrucción de numerosos niños.

El hecho de llevar el itinerario de viaje orientado en una dirección determinada, que no podía-



LAGO LACAR (REP. ARG.)

mos alterar sin trastornar todo el plan, nos privó de visitar Pino Hachado, la región de las araucarias donde hay panoramas imponentes y característicos, de los que guardan memoria imperecedera aquellos que han podido contemplarlos.

A un día de intermitentes ráfagas de viento huracanado con torbellinos de arena y piedrecillas—lo que, al decir de los vecinos, «no era nada»—siguió un anochecer sereno. Estrellas de un resplandor desconocido en la llanura del Plata, iluminaron luego el firmamento.

Nuestro propósito de recogerlos temprano, fué anulado por el amable círculo de señoras y caballeros que se congregaron alrededor de nuestra mesa; y si nos hicieron sacrificar algunas horas de sueño, las llenaron, en cambio, de gratos recuerdos.

II

DE ZAPALA A SAN MARTIN DE LOS ANDES

Es noche cerrada aún cuando golpean en la puerta de nuestra habitación para anunciar que es hora de dejar la cama. Corroboran el anuncio los ronquidos y explosiones del automóvil que acaba de salir del galpón. ¡Arriba! pues, rezongando contra automóviles y madrugones. A las cuatro de la mañana, por lo regular, la gente es poco razonable.

El mal humor se disipa a medida que amanece; véncelo la alegría de viajar. Allí está el automóvil, un «Mercedes» de 45 caballos, ancho, pintado de gris, sin elegancia; pero plantado sólidamente sobre sus cuatro ruedas con cierto aire bonachón y seguro que inspira confianza. Parece decir:—Sube tranquilo y no te arredren médanos ni ríos, pedregales ni pantanos, subidas ni bajadas, que yo con todo eso me entiendo.

Ocupamos nuestros asientos, y nos iniciamos en un placer novedoso: el de viajar por caminos desconocidos en automóviles guiados por conductores que manejan sus vehículos como un gaucho manejaría su caballo. Pronto el coche que nos ha de albergar durante un día y medio se nos antoja con-

fortable hogar. Cómodo, de asientos blandos, con capotas y cortinas que se suben o bajan a voluntad, con muelles excelentes y marcha suave, se le cobra desde luego cariño y una confianza absoluta, que perduran en nuestro espíritu.

Es una mañana cristalina y helada. A pesar de la estación—mediados de enero—el termómetro marca pocos grados sobre cero y el sol tarda bastante en caldear la atmósfera. El viento corta el aliento.

El automóvil lleva, además del «chauffeur» y su asistente, ocho pasajeros «y medio»; medio pasajero es la designación oficial de los niños. El asistente es un agente de policía, que va en el estribo por falta de asiento.

El primer punto del camino que ofrece interés es el cañadón de Santo Domingo, en cuyo fondo se asienta la estancia del mismo nombre, de los señores Trannack. Sus hermosos grupos de árboles brindan descanso a los ojos fatigados de recorrer la llanura desnuda. Mas allá comienzan las cuevas, que el auto vence gallardamente. Después, un largo trecho llano en el que se corre a toda velocidad. Alguien se manifiesta encantado con el camino liso y sin tropiezos. El conductor, que ha oído la observación, sonrío:

—Ya verá más adelante.

Y no bien lo ha dicho, cuando hétenos ahí que el coche se encaja hasta los ejes en un terrible arenal. Se hace necesario que el asistente abra otra huella con la pala, ni más ni menos que si cambiara

la vía para el eléctrico; el «chauffeur» da toda la fuerza a la máquina, se inclina hacia adelante y grita:—¡Vamos, vamos!—como si los cuarenta y cinco caballos del motor fuesen otros tantos cuadrúpedos que pudieran oírle. El automóvil crepita y zumba y demuestra su buena voluntad en toda clase de ronquidos y trepidaciones; pero no arranca. No hay más remedio que aligerarlo y recorrer a pie el arenal o, al menos, la parte más pesada. Aliviado de algunos centenares de kilos, logra, después de muchos esfuerzos, zafar de aquel mal paso, y con una especie de grito triunfante asienta sus ruedas en suelo duro. Se le siente trepidar como si exteriorizara así su alegría. Es un ser viviente que habla al que sabe escuchar su voz: al correr hilvana historias del camino; de los viajeros que en otras épocas, no lejanas todavía, cruzaban penosamente médanos y mallines a costa de tiempo, dinero y fatigas; de enfermos que gemían en las carretas; de negociantes o estancieros cuya suerte dependía de una hora más o menos y que medían ansiosos el desierto interminable; de un día en que llegaron hombres de pensamiento y acción, que concibieron la idea de la comunicación rápida y fácil; de los ingenieros que trazaron el derrotero; de las cuadrillas de trabajadores que animaron la soledad, y del día memorable en que corrió por las sierras del Neuquén el primer automóvil y los pobladores salieron a las puertas de sus ranchos a contemplarlo con extraña emoción.



PROMONTORIO EN EL LAGO PERIHUEICO (CHILE)

Todo eso cuenta la máquina... Su voz calla de pronto. Se detiene.

El camino aparece bloqueado por una tropa de carretas, pesadamente cargadas de fardos de lana. Tienen que desviarse para darnos la huella; lo moderno prevalece sobre lo arcaico. A los gritos de los boyeros y los aguijonazos de la picana apártanse los bueyes, mirándonos con sus mansos y hermosos ojos asombrados. Así, el lento pasado y el presente veloz se encuentran un momento, se contemplan y se separan.

Las cincuenta y cinco leguas entre Zapala y San Martín de los Andes, las hemos recorrido en un día y medio, hora más, hora menos. Hemos escuchado discusiones acaloradas acerca de la posibilidad de hacer el trayecto en un día. Personalmente no lo creemos factible. Primero, resultaría una jornada muy pesada: después, hay en el camino innumerables pendientes donde el automóvil sube penosamente o por las que desciende sujetado por los frenos; cada una significa pérdida de tiempo, Los arenales, los mallines, los pasos de los ríos, todo determina una demora.

El primer río de importancia que encontramos, después de Zapala, es el Picún-leufu. Un agente de policía se halla allí de guardia para indicar la altura de las aguas y el mejor paso. Después, hasta la tarde, no vadeamos sino arroyos, algunos con nombres tradicionales: Aguada del Overo, arroyo de la China Muerta, etc.

Como no hay población en el camino donde al-

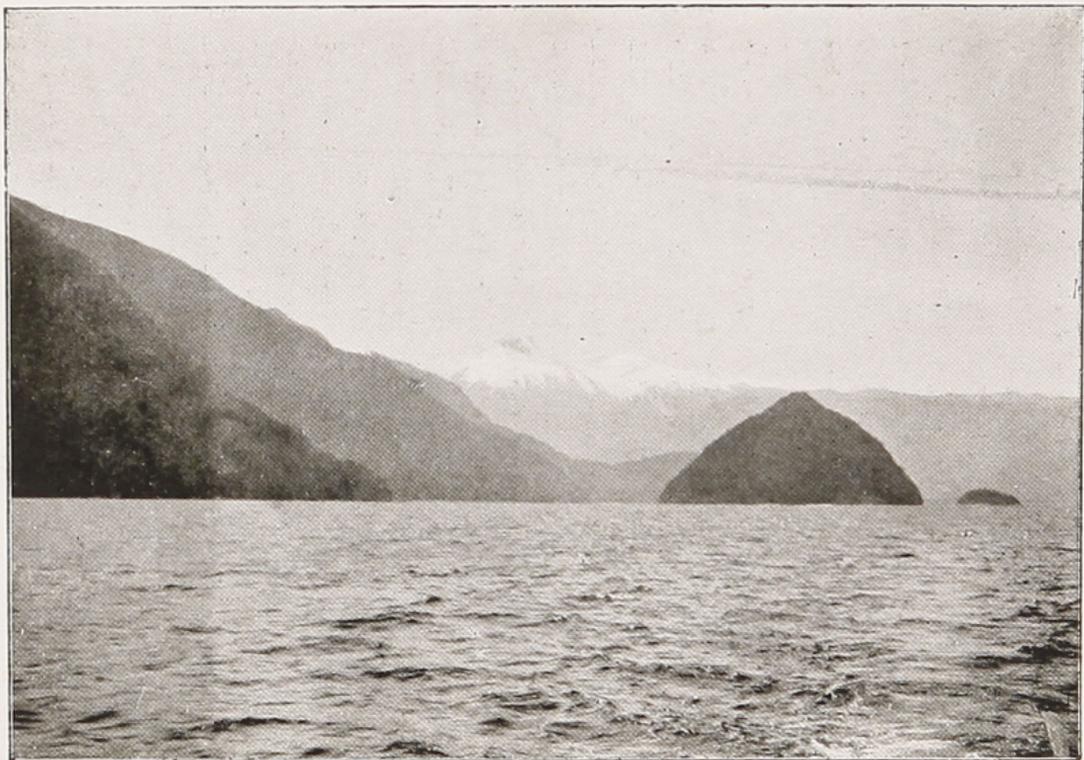
morzar, es preciso llevar vituallas de Zapala y hacer un pic-nic junto a alguna aguada. A esa altura del viaje se ha establecido ya entre los pasajeros, reunidos en tan estrecho espacio, cierta solidaridad que resulta agradable cuando—era el caso nuestro—se trata de gente culta y de buen humor.

Después de media hora de descanso reanudamos el viaje. Hay largos trechos de camino de tierra tan dura y gris que parece asfaltada, y donde se disfruta del placer de la carrera veloz; pero alternan con mallines, pasos de piedra, arenales, subidas y bajadas. Recuerdo un momento de intensa emoción, en un brusco descenso a una quebradita por cuyo fondo corre un arroyo. En la margen opuesta el camino presenta una vuelta cerrada y el ascenso a un cerro áspero. En la altura, otra vuelta cerrada para ofrecer otra subida, y en ese punto crítico uno de los peores médanos de todo el trayecto. Se siente, con una impresión netamente desagradable, que al motor se le acaba el aliento. El ayudante salta al suelo y calza las ruedas con grandes piedras para que con el arranque no ruede el automóvil hacia atrás. El «chauffeur» pone en marcha el motor, se inclina hacia adelante y azuza sus cuarenta y cinco caballos con el grito de «¡Vamos!, ¡vamos!», que es ya persuasivo, ya amenazador y que todos coreamos a voz en cuello, también inclinados hacia adelante, como si con la suma de nuestras voluntades pudiéramos imprimir a la máquina la fuerza que necesita para moverse. Y debe ser así, pues con un poderoso esfuerzo el automó-

vil libra sus ruedas del fatal abrazo de la arena y toma la pendiente en gallardo arranque.

Ya estamos en plena sierra. Escalamos cadena tras cadena, y divisamos en las alturas grandes llanos cubiertos de fragantes pastos. A veces puede verse el camino como una raya tirada a cordel, perdiéndose a la distancia: aquí o allá hace una curva para evitar un pantano o un médano, y vuelve a tomar la línea recta, asciende una sierra, desaparece en el valle y continúa en la cadena siguiente, recto como el curso de una flecha.

Hemos perdido la noción de tiempo y de distancia entregados por completo a la emoción de viajar en esa forma nueva por regiones desconocidas. Pero no todos los compañeros van tan contentos. En el asiento trasero viaja un matrimonio alemán con una niñita; gente del pueblo, pero de cierta cultura, que va contratada a una estancia en Junin de los Andes. Vienen directamente de la campaña de Buenos Aires, y la jornada por sierras y valles les resulta una extraña y desconcertadora novedad. No ven sino peligros, y no conciben cómo una persona en su sano juicio puede hacer semejante viaje por puro gusto. No comprenden que se pueda festejar un salto del automóvil con una carcajada o hablar, con alegría impaciente, del primer río que tendremos que cruzar en balsa. La pobre mujer explica, casi con lágrimas, que si hubiese sabido lo que la esperaba, por nada en el mundo habría emprendido este viaje.



LAGO RIÑIHUE EN EL CHOSHUENCO Y EL MOCHO (CHILE)

No es héroe quien no siente el miedo, sino el que lo vence. Nosotras lo sentimos y lo vencimos; pero declinamos el honor de que nos consideren heroínas. Nos internamos en el río; y ahí fué el vértigo causado por el rápido correr del agua; la impresión descentrada de que el caballo va a merced de la corriente formidable; la mirada vigilante y pronta a la alarma y el oído atento a las piedras traidoras bajo la hirviente superficie; y también el alivio sincero y alegre y la dilatación de los pechos y el esparcimiento de los espíritus, cuando la orilla se acerca, cuando ya se siente el piso firme y sin obstáculos, y al último se sube al trote la barranca para dar vuelta arriba y animar con voces de alegría a los que aún sortean la corriente.

El vado que salvamos del inolvidable Quilquihue, se halla poco más abajo de sus nacientes. A los pocos minutos de marcha, vimos extenderse ante nuestra vista la superficie azulada del lago Lolog, cuyas aguas hondas y frías vienen a morir rumorosas, en rizos sedños y dulcemente, en las playas de las pintorescas bahías y ensenadas. Estas playas breves aparecen acá y allá cubiertas de guijarros y sobre ellos, la madera que arrastran y arrojan las aguas, brilla blanca, cual si fuesen huesos de monstruos aniquilados. Largo y angosto, el Lolog se extiende de Este a Oeste, paralelo al Lacar, al que se asemeja algo por las cortinas de cerros y bosques; pero en el paraje que visitábamos sus márgenes son llanas y entre su hoya y la montaña se extienden faldas suaves, «pampitas»

o llanuras. Al extremo de una arboleda divisamos un cerco hecho de raíces de michay (arbusto espinoso de baya negra y agridulce) y ramas arrojadas por el lago, blancas y retorcidas, que afectan las formas más extrañas: serpientes, dragones, cuernos y manos crispadas. Dentro del recinto ya, nos sorprende una explosión de colores vivos y cálidos; masas densas de flores de otoño (de verano en esas latitudes) formaban una marejada roja, amarilla y blanca que ondulaba alrededor de la graciosa casita de madera oscura. Pero si nos sorprendió desde fuera el aspecto de esta vivienda, el interior nos dejó absortas, porque encontramos un museo en el que sus amables dueños, los señores Fortega, han reunido tesoros de arte de los países más lejanos, recorridos por ellos; estatuillas de marfil, figuras de Tanagra, objetos de oro y de plata, cuadros de alto mérito, raros y preciosos instrumentos de música, pequeños muebles labrados, y todo aquello que menos se espera hallar en los bosques australes. En lugar del simple almuerzo campestre que anticipábamos, sentados en el césped cual en una verde alfombra, a la sombra de los árboles, encontramos la mesa de mantel largo adornada con delicado gusto. La exquisita cultura de los dueños de casa, arraigados definitivamente en aquel hermoso y apartado paraje de nuestra patria después de largas andanzas por el mundo, ha creado allí un verdadero oasis, con todo lo que puede hacer grata la vida a personas que aman la soledad de la naturaleza sin olvidar por

ello sus tradiciones y deberes de miembros de la sociedad civilizada. Momentos inolvidables trascurrieron para nosotras en aquel pequeño paraíso, entre flores y obras de arte, a orillas del lago azul, en el que dibujaban caprichoso mosaico, el reflejo de nieves lejanas, la fronda verde de los bosques y el gris intenso de las rocas.

EL CACIQUE ABEL CURRUHUINCA

En los alrededores de San Martín existen restos de las tribus mapuches, gente mansa y asimilada, hoy entregada de lleno a las faenas del campo, a la cría de ganados y a la fabricación de mantas, ponchos y otros tejidos. En la comisaría de la localidad tuvimos ocasión de ver una interesante colección de objetos de alfarería, trabajos en mimbre y cuero, de estos indígenas. Vimos también un «trutruco», instrumento curioso, usado en las ceremonias religiosas, y que consta de una caña coligüe de tres a cuatro metros de longitud, partida a lo largo para quitarle los nudos y dejarla perfectamente hueca. Las dos mitades vueltas a juntar con precisión, están aseguradas con tientos; la parte ancha de un cuerno de vaca, ajustada a un extremo de la caña, forma una bocina. Este instrumento, que requiere buenos pulmones para hacerlo sonar, debe ser humedecido antes de usarse, y a causa de su largo excesivo se apoya en el hombro de un asistente. Produce un sonido profundo y agradable.

Los indígenas que viven cerca de la «ciudad»,



LAGO LLANQUIHUE CON EL VOLCÁN OSORNO (CHILE)

—como dicen allá al hablar de San Martín de los Andes— visten a la europea, con excepción de alguna anciana; pero en los valles de la áspera serranía circundante hemos visto rancherías donde aún se creería estar en plena tribu. Los hombres, es cierto, usan el traje del paisano criollo; pero las mujeres se envuelven en una prenda suelta, sujeta en el pecho o en los hombros con broches de plata; grandes arracadas, también de plata, penden de sus orejas, y la melena corta, recia y renegrida aparece ceñida por la legendaria vincha. Las jóvenes han adoptado, en gran parte, el traje europeo, y hablan el español, en tanto que las viejas no entienden sino el «paisano», o sea, el idioma indio (término que les ofende), y miran al forastero con desconfianza y una sonrisa enigmática que no se acierta a saber si es irónica o cariñosa.

Todos son cristianos, pero conservan usos y costumbres antiguas; entre otras, la fiesta llamada «villatum» o de las manzanas, celebrada en mayo, con tolerancia de las autoridades que se limitan a imponer algunas restricciones. En esa fiesta, los «paisanos» ruegan a Dios les conceda abundante cosecha de manzanas, de las cuales, como es sabido, extraen la chicha, especie de sidra agradable al paladar, que en muchos hogares de la Cordillera argentina y chilena, reemplaza al vino.

La colonia más importante de indios sobre el Lacar, está situada en el cerro Quilaquina, a unas tres leguas al Oeste de San Martín, en la ribera Sur del lago. Las familias viven allí sometidas a la

autoridad del cacique Abel Curruhuinca, quien asume la representación de su gente y defiende los intereses de la tribu, siendo responsable de su conducta ante las autoridades del Neuquén. Estas a su vez, le guardan consideraciones que, por otra parte, bien merece Curruhuinca, respetado y querido por «españoles» (blancos) y «paisanos». Este cacique, hombre de regular estatura, porte digno, rostro grave y noble, sabe leer y escribir, se expresa con facilidad y da a sus hijos la mejor educación a su alcance. Pasamos en su aldea un día lleno de impresiones extrañas; y la más extraña de todas ellas fué oír cantar el Himno Nacional a un grupo de pequeños indígenas. Las mujeres atisbaban curiosas a la distancia, y los hombres, sombrero en mano, escuchaban graves y reverentes el sagrado ritmo. Fué una emoción intensa ante la elocuente profesión de fe argentina, de gentes humildes e ignoradas a las que aún rodea la siniestra leyenda del salvaje sin patria.

Agasajadas con lo mejor que podía proporcionar la hospitalidad sencilla y cordial de Curruhuinca, le ofrecimos al despedirnos nuestros buenos oficios; y han de admirarse los que suelen formar grupos sin ideales en nuestra campaña, de lo que el cacique mapuche nos pidió:

«¡Una escuela!»

Una escuela en Quilaquina, donde hay un centenar de niños indígenas, que vive alejado de los centros urbanos.

—«Quiero—y éstas son las palabras de Curru-

huinca, que repetimos ante el país para que las recojan las autoridades escolares de la Nación— que mi gente sepa leer y escribir, para que pueda adelantar y no ser engañada.»

¡Lejos estamos del pasado!

Ya es remoto aquel instante en que los indios pedían el breviario y la sangre de Mascardi en las mesetas patagónicas; o «¡Abarrente, tatay!» como a Castelli en Tiahuanaco; o la cabeza del general Paz, a guisa de «llapa» en las llanuras de Santa Fe.

Hoy, piden escuelas. Se puede confiar en el futuro cuando se descubre el mismo anhelo en todos los corazones.



PUERTO VARAS (CHILE)

IV

DEL LAGO LACAR A VALDIVIA

En las primeras horas de una mañana fría y límpida, nos embarcamos en el vaporcito «General Mitre», para cruzar el lago Lacar.

Momentos después el pueblo de San Martín de los Andes desapareció tras el primer promontorio, y el grandioso panorama del lago fué desplegándose a nuestra vista a medida que avanzaba el vapor. Al frente teníamos las cumbres blancas de la cordillera de Ipela, cercanas al parecer, remotas en realidad. Sobre la costa, a ambos lados, los promontorios característicos del Lacar semejan bestias de lomos arqueados prontas a lanzarse al agua. A la izquierda, el cerro del Abanico, peña inmensa que cae vertical y desnuda, con ciertas estrías o repliegues debajo de la cumbre que le dan el aspecto de un abanico abierto, o mejor quizá, de una mano con los dedos apartados y las puntas hacia abajo. En la lejanía, el cerro Quilaquina, morada del cacique Curruhuinca y su tribu.

Habíamos llegado al medio del lago cuando el viento fresco arreció repentinamente, azotó las aguas azules en la superficie, verdes en la combadura de las olas, y entonces flotillas innumerables de

esquifes de espuma, sutiles y blancos, nos rodearon desliziéndose ligeros bajo el ala del vendaval. En las costas, donde las rocas caen a pique, se quebraban las rompientes y las gotas brillantes salpicaban las ramas bajas de los cipreses arraigados en las quebraduras de la piedra viva. Ola tras ola embestían contra el vaporcito, cada vez más fuertes, más pesadas, y el pequeño y gallardo barco pasaba por debajo o saltaba por encima o se deslizaba por el medio, sacudiéndose como un potro que gozara midiendo sus fuerzas. Como existía el peligro de que embarcáramos agua y se apagaran los fuegos, el capitán optó por buscar refugio en una de las muy raras caletas de la costa Sur. Allí demoramos cerca de una hora a la espera de que amainara el vendaval, contemplando las blancas flotillas de espumas que navegaban veloces hacia las playas, hasta que poco a poco se fueron borrando, esfumándose, las arrugas ásperas del agua azotada se alisaron y un balanceo largo de olas de fondo fué el anuncio de que nuestro barco podía salir de nuevo al medio del lago.

Estas tempestades de viento son frecuentes y nadie se expone a ellas sin necesidad. Un naufragio significa casi siempre una catástrofe, aun para los buenos nadadores. El agua, muy pura, sostiene poco; su frío excesivo entumece, y acobarda la enorme profundidad del lago.

La extremidad occidental del Lacar está separada del cuerpo principal por una angostura, más allá de la cual toma el nombre de lago Nontue.

En el confín de esta hoya pequeña se encuentra el poblado de Huahum.

Al arribar a este puerto nos llenó de sorpresa un cuadrito encantador.

Contra el fondo verde oscuro de la montaña destácase una casita de madera, con techo de dos aguas. Está pintada de celeste, con zócalo negro; amarilla la puerta, azul el umbral, recuadradas de blanco las ventanas, rojas las cortinas de paño, blancas como espuma las cortinas de tul, y de mil tintas las flores que tras de los cristales y afuera en el jardín ostentan su graciosa y alegre profusión. Ancha, confortable, risueña, tiene no se qué de maternal, y pisamos casi con respeto el umbral azul que da acceso a un pasadizo de madera clara.

Es un hogar holandés donde reinan el aseo, el orden y la cordial sencillez que son patrimonio de aquel simpático pueblo. Los dueños, señores van Dorsser, establecidos en Huahum desde hace una serie de años, han encontrado allí, como muchos otros extranjeros, una nueva patria que ya comparte su afecto con la de origen.

Medio día tan sólo permanecemos en la pintada casita holandesa, refugio de paz familiar entre la majestad de la montaña, la gracia del agua y la sombría belleza de la selva: medio día que bastó para encariñarnos con ella y sus habitantes y con ese solitario y pintoresco extremo del territorio del Neuquén.



ARROYO DE LA POZA (CHILE)

EL HITO—LAGO PERIHUEICO

Las nieblas de la mañana llenaban aún el valle y velaban los montes con sus masas blandas, algodónosas y elásticas, cuando montamos a caballo para recorrer los 17 kilómetros que separan al lago Lacar del lago Perihueico, segundo de la serie que debíamos atravesar para llegar a Valdivia.

Ibamos a internarnos en la soledad de los bosques fronterizos. Para alejar hasta la sombra de un peligro y evitarnos las molestias que trae aparejado el cuidado del equipaje etc., en regiones donde no hay nada organizado, el gobernador señor Elordi, había dispuesto que nos acompañara Curruhuinca, o bien el sargento Brondó, antiguo y meritorio servidor de la policía del Neuquén.

A fin de no distraer de sus faenas camperas al cacique Curruhuinca, el comisario señor Coltella nos hizo acompañar por el sargento, y agregó la atención de facilitarnos caballos de la policía, autorizándonos a conservarlos, si fuese necesario, hasta el momento de tomar el último vapor en el lago Riñihue.

Buena memoria conservamos del sargento: tipo criollo, de mediana edad, digno, respetuoso y servicial, inspiraba confianza desde el primer momento, y resultó excelente guía y ayuda en las pequeñas dificultades del viaje.

El camino sigue en un trecho la corriente verde botella del ancho río Huahum, que lleva las aguas

argentinas del Lacar hacia el Pacífico: después deja al río a la izquierda para volver a encontrarlo cerca de su desembocadura, y sube por la pendiente suave que a dos kilómetros de Huahum cruza la frontera argentino-chilena.

A poco andar, nos hallamos al pie del hito, guardián amistoso de dos moradas hermanas y no centinela amenazador que veda el paso. Sofrenamos un momento los caballos impacientes por correr en la mañana fría y pura, y saludamos a la patria que dejábamos atrás y al país amigo que nos recibía. Y nos internamos en territorio chileno.

El alto bosque nos aprisionó en sus espesuras. Árboles de cuarenta metros de elevación, ya lisos y esbeltos, ya extendiendo ramas horizontales, encorvadas como guadañas gigantescas, parecen tocar con sus copas el domo intensamente azul del cielo. Algunos forman haces de cinco y seis, brotados de la misma raíz, árbol corpulento cada tronco, cual grupos familiares que busquen sus fuerzas en la unión. Muchos de ellos presentan el lado de la sombra afelpado de musgo y dividido como a regla el lado expuesto al sol.

Mientras el caballo nos llevaba con lento paso por la penumbra verde y dorada de los árboles seculares, sentíamos como una caricia la paz profunda que se respira en esas comarcas fronterizas, por las que, en días ya remotos—no en el tiempo, sino en la evolución del sentir y del pensar de los pueblos—hubo de correr sangre de hombres que la ofrecían cada cual por su ideal patriótico. La

calma de la naturaleza virgen se siente como un homenaje a los que supieron conservar la paz con su razón, su serenidad e inteligencia, puestas al servicio de ese mismo ideal.

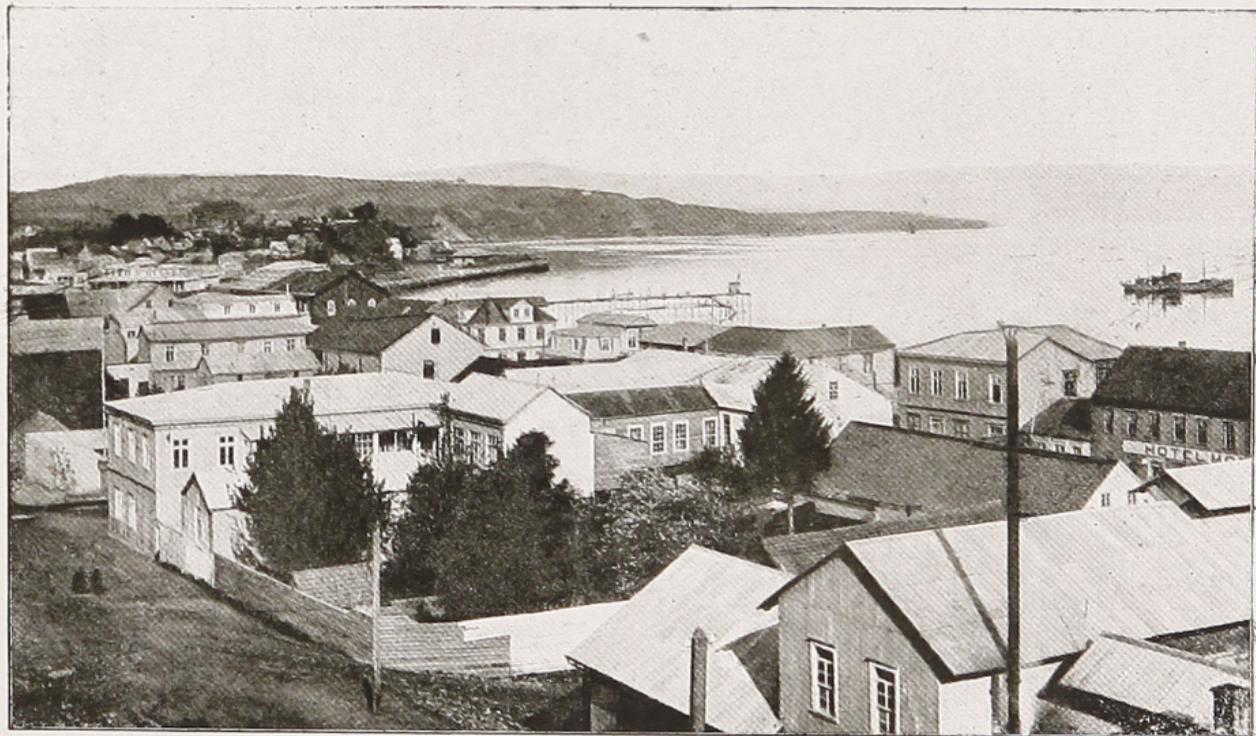
Una cabalgata que duró dos horas nos llevó al paso del río Huahum, río ancho y rápido cerca de su desembocadura en el Perihueico. Lo atravesamos en balsa. Desde la otra orilla hay corta distancia al poblado de Perihueico, cabecera de la navegación del lago.

Allí se nos presentó el problema de los caballos. ¿Sería más conveniente embarcarlos en el lanchón que el vapor llevaba a remolque, o dejarlos y alquilar otros para llegar hasta el Riñihue?

Nos habían prevenido que sería preciso regatear, y a fe que resultó cierto. Los alquiladores se volvieron al fin razonables; nuestros caballos, salvo el del sargento, fueron devueltos a Huahum con un peón, y el vapor largó sus amarras.

Horas calladas y luminosas navegamos en el Perihueico, tan solitario y agreste, tan virgen y recluso, cual si jamás ser humano hubiese visto reflejada su imagen en esas aguas de cambiantes verdes y azules como el plumaje del pavo real. El moderno vaporcito parece allí una incongruencia: sólo la canoa del indígena, labrada en esbelto coihue, estaría en armonía con la soledad primitiva de tan bello y recóndito lago.

El Perihueico es largo, angosto y tortuoso como un río o un «fjord». En las serranías circundantes, el ciprés de Chile forma bosques estupendos que



PUERTO MONTT (CHILE)

parecen surgir del agua misma y sobre los que se yerguen montañas rocosas tachonadas de nieve. A veces, alguna cumbre blanca, como el hermoso cerro del Encanto, asoma y se esfuma cual una visión entre el seno formado por una quebrada, negra de cipreses. El acantilado de la costa aparece desgarrado por hondas grietas llenas de vegetación: paredes verticales, antros sombríos y salvajes en los que la imaginación acumula misterios, fantásticos dramas de la soledad y de la selva. Grandes y extraños promontorios avanzan esbeltos desde una costa u otra, llegando en ocasiones casi hasta la opuesta, como diques naturales que sólo dejan un paso estrecho. Uno de ellos, el enhiesto cerro Redondo, forma una sola masa negra y compacta de roca y árboles, en cuya base perpendicular el agua busca en vano, murmurante y afanosa, una caleta o una playa suave. Se expanden los pechos al dejar atrás la mole torva y al ver otra vez libre la superficie chispeante del lago. Ya la mirada, mariposa errante, ha alcanzado una nueva maravilla; dos cumbres blancas, espléndidas e inmaculadas, dos bellezas gigantes que se reclinan muellemente en los cojines azules del cielo: el volcán Choshuenco y su vecino el Mocho, cuyos conos se reflejan en el doble espejo de los lagos Perihueico y Riñihue. En pleno sol, sus pendientes suaves, aterciopeladas, níveas, con estrías celestes, invitan a un ascenso fácil y breve.

Tras de una navegación de tres horas arribamos a Puerto Fúí. Allí tomamos caballos para seguir

hasta Molco, sobre el lago Panguipulli, donde debíamos dormir aquella noche; una distancia de seis leguas próximamente.

POR LOS BOSQUES FRONTERIZOS

Entre Huahum y el Perihueico habíamos cruzado trozos de bosque grandioso, y creíamos que no cabía una graduación en línea ascendente. Pero cuando nos internamos en las selvas que al pie de la cordillera vuelcan su océano de fronda, y el crepúsculo nos envolvió en pleno día, y alzamos los ojos y no alcanzamos a ver entre el follaje el azul del cielo; cuando anduvimos legua tras legua entre árboles que se lanzan hacia arriba como columnas, y no se bifurcan hasta encontrar la luz a los quince o veinte metros de altura; y al salir de uno de esos inmensos túneles verdes nos hallábamos frente a otro idéntico, tan grande, tan callado, tan misterioso, entonces recordamos con una sonrisa, lo que nos impresionara a la mañana.

Anduvimos una parte de la jornada por atajos, para ganar tiempo. Aquello era el «jungle» de la India: cañaverales en los que jinete y caballo desaparecían por completo, y donde sólo el temblor de los delgados y flexibles tallos indicaba por donde se había pasado momentos antes. Más adelante, sendas de taladores, cubiertas de troncos caídos, raíces, ramazón, cañas secas y piedras, donde las lluvias habían cavado pozos y hondos surcos. Todas las molestias y pequeñas alarmas, empero,

las olvidábamos al punto cuando mejoraba el camino, y la mirada, hasta entonces fija en los pasos del caballo, podía esparcirse libremente. La vereda formaba una larga línea clara, ya recta, ya tortuosa, entre las hileras innumerables de troncos, y a su vera abrían su abanico los helechos y lucía como cubierta de gotas de sangre, la aljaba silvestre. En el fondo oscuro de robles y coihues destacábanse el fruto rojo, aún no sazonado, del avellano silvestre, o brillaba como manchas de luz el magnífico muermo, llamado allí ulmo, en plena floración: cada árbol era un enorme ramo blanco y fragante. Por los troncos enróscanse, como víboras verdes de rojas cabezas, la graciosa mitraria, y los cartuchos de cera encarnados o rosados y rarísimas veces blancos del copihue, flor silvestre cantada en las poesías populares chilenas y que los jardines han acogido y cultivan como uno de sus más preciados adornos.

El silencio profundo es interrumpido tan sólo por el grito airado, como de protesta, del carpintero, y a veces por un chirrido como de goznes aherrumbrados: jamás se le ve; está en todas partes, arriba en los árboles, abajo entre el musgo, al lado entre los arbustos, invisible y ubicuo, y los golpes de su pico resuenan en el interior del bosque, sin que jamás se alcance a localizarlos.

Un rumor profundo y sonoro comienza a dominar la quietud austera de la naturaleza: el rumor de aguas tumultuosas. Poco después el camino desemboca en un puente de cimbra, suspendido



VOLCÁN OSORNO VISTO DESDE LOS ARENALES ENTRE ENSENADA Y PETROHUÉ (CHILE)

sobre el más hermoso y más terrible de los ríos que en todo nuestro viaje conocimos: el río Fuí. Por su lecho erizado de piedras avanza rulando, cual si corriese sobre ruedas, verde y blanco, deshecho en espumas, en una serie no interrumpida de saltos y cascadas, con estruendo de catarata, en carrera vertiginosa y salvaje.

Más allá del río continúa el bosque y continúan las vegas abiertas. Una sierra se alza tras otra. El sol declinante ilumina las cumbres de la Cordillera que miran al poniente de rosa y oro; y tintas blandas y frías cubren las faldas que caen al naciente. El crepúsculo llega para las alturas, mientras la noche envuelve ya la selva. Y aún no llegamos a Molco. ¡Molco!

¿Qué sabíamos hasta entonces de este punto geográfico? Ahora es para nosotros más importante que para una potencia en guerra alguna gran fortaleza enemiga. El sargento, interrogado, nos ofrece equívoco consuelo:—Falta algo, poco, pero falta...

Y andando. Una casita en un claro despierta falsas esperanzas. Un largo camino liso, flanqueado de arbustos, parece conducir a alguna propiedad. ¿Será Molco? No.

Cruzamos planicies de hierba fina, esmaltada de flores y sembrada, como un parque, de grupos simétricos de árboles y arbustos. ¿Molco? No. La línea negra del bosque se acerca de nuevo y otra vez nos hundimos en largas y hondas galerías. No es miedo lo que nos estremece, pues sabemos que ni de día ni de noche hombres ni fieras

nos amenazan. Lo que nos hace sentir escalofríos es la tremenda majestad de la hora, cuando el follaje se amalgama sobre nuestras cabezas en una bóveda negra y sólida, y las raíces cruzan el camino cual serpientes petrificadas, y los paredones de roca que faldeamos se adivinan, más que con la mirada, por los ecos extraños que al pasar despertamos en ellos, y los troncos gigantes son sombras en la sombra.

Los ojos se deslizan por la línea claro-oscuro del carril, ansiosos y ávidos, en busca del cielo abierto, y el pecho se siente oprimido en lo que va pareciendo una tumba negra. Los caballos resuellan molestos y apuran el paso, sorteando los raigones y los palos del planchado. Por fin la luz brilla en el extremo del túnel, y al desembocar al llano vemos un grupo de casas y más allá, a la última claridad del día, una vasta extensión de agua, color celeste tenue, entre montañas pardas y blancas, orladas por una faja color salmón; y sobre ellas, como un diamante en una corona, el lucero radioso.

Es el lago Panguipulli, y el grupo de casas es la ansiada y anhelada Molco, «Puerto Deseado», como lo bautizamos nosotras.

Un sobresalto más nos esperaba allí. En la casa que nos habían indicado como alojamiento nos declararon que ya no recibían huéspedes. Pero las buenas gentes se apiadaron de nosotras cuando ofrecimos conformarnos con las comodidades más sencillas; y si realmente sencillas fue-

ron éstas, no por esto agradecemos menos la buena voluntad con que nos fueron brindadas.

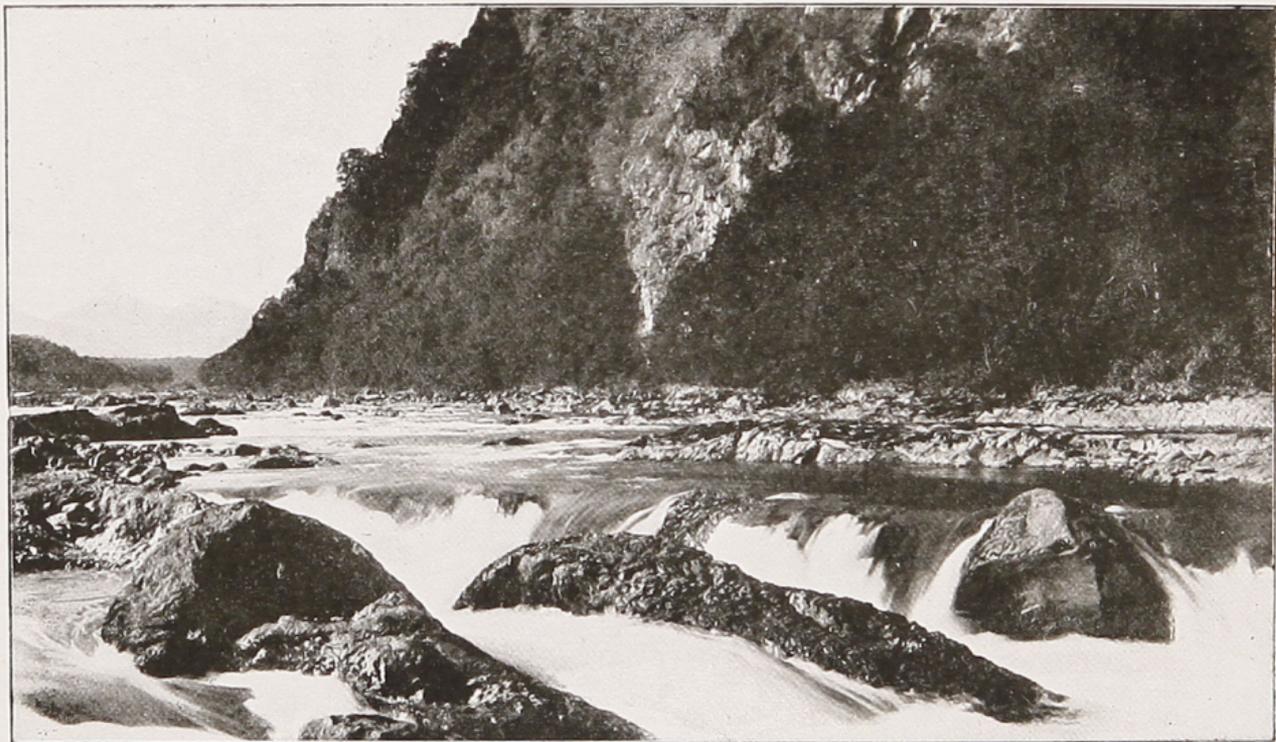
LAGO RIÑIHUE—POR TREN HASTA VALDIVIA

Acababa de aclarar cuando montamos de nuevo a caballo para llegar hasta Enco, sobre el lago Riñihue, y tomar allí el vapor que navega en combinación con el tren a Valdivia. Dejamos el hermoso Panguipulli a la derecha, en su lecho de montañas, y continuamos por caminos parecidos al de la víspera.

Llegamos al río Enco o Choshuenco y nos apeamos para esperar al balsero.

De repente llegó a nuestros oídos un sonido parecido al de una sirena tocada a lo lejos, que bien hubiera podido ser el «trtruco» que en nuestro honor hiciera sonar Curruhuinca y que, por de pronto, nadie pudo determinar ni localizar. Mirando en derredor descubrimos al peoncito, subido en un ribazo y soplando en un cuerno de vaca. Era la señal para el balsero, que vive al otro lado del río. Mientras llegaba, el sargento nos entretuvo agradablemente, refiriéndonos que pocos días antes se habían ahogado cuatro personas en el río, debido a haberse cortado la maroma de la balsa. Agregó sin embargo, como respuesta a nuestras miradas investigadoras hacía ese adminículo de la embarcación, que ahora «estaría fuerte no más».

«Fuerte no más» estaba, pues pasamos sin tropezos, y muy poco después nos hallábamos en la



RIO PETROHUÉ (CHILE)

cubierta del hermoso vapor «Riñihue», en el lago del mismo nombre.

Ancha y abierta es esta gran extensión de agua. Sus costas también caen a pique en muchas partes y el bosque las ensombrece; pero en otras, faldas pastosas bajan suavemente, y el amarillo y verde claro de trigales y sembrados le hace más amable, menos imponente que el Perihueico. La mirada puede tenderse libremente por la vasta superficie, ya tersa al parecer como una placa de cristal, ya surcada de pronto como si ese cristal se hubiese roto y reflejara el sol en millones de aristas. Azul en un momento, cúbrese en el próximo instante de grandes manchas verdes, cual inmensas hojas de nenúfar; y repentinamente se vuelve celeste pálido; pero el agua que corta la quilla del vapor es siempre de un verde vivo, extraño e inquietante.

Caracterizan al Riñihue grandes islotes circulares, morros sin playas llenos de una vegetación impenetrable. Uno de ellos cierra la perspectiva del lago hacia el Sudeste, y sobre él brillan como dos focos de luz, los blancos conos del Choshuenco y del Mocho, cuyas líneas exquisitamente puras ya habíamos admirado desde el Perihueico: el sol reverbera sobre su blancura polar, y el reflejo se prolonga, trémulo, en el caudal celeste del lago.

El vapor tuerce hacia la izquierda y pone proa hacia el extremo de una bahía extensa y encerrada. Es el puerto Guaiguai, donde arranca la línea chilena del Trasandino del Sur.

Al cabo de una hora y media, próximamente, llegamos a la estación Collilelfu, donde el Trasandino empalma con el ferrocarril del Estado. Allí se despidió nuestro leal y caballeresco guía, el sargento Brondo, para esperar la próxima combinación a la Argentina, y nosotras, tras de un viaje de varias horas por bosques quemados, lindos pueblos veraniegos encaramados en la falda de la sierra, a través de vegas fértiles y siguiendo el curso del pintoresco río Calle-Calle, dimos fin a la segunda parte de nuestro viaje, en la estación de Valdivia.

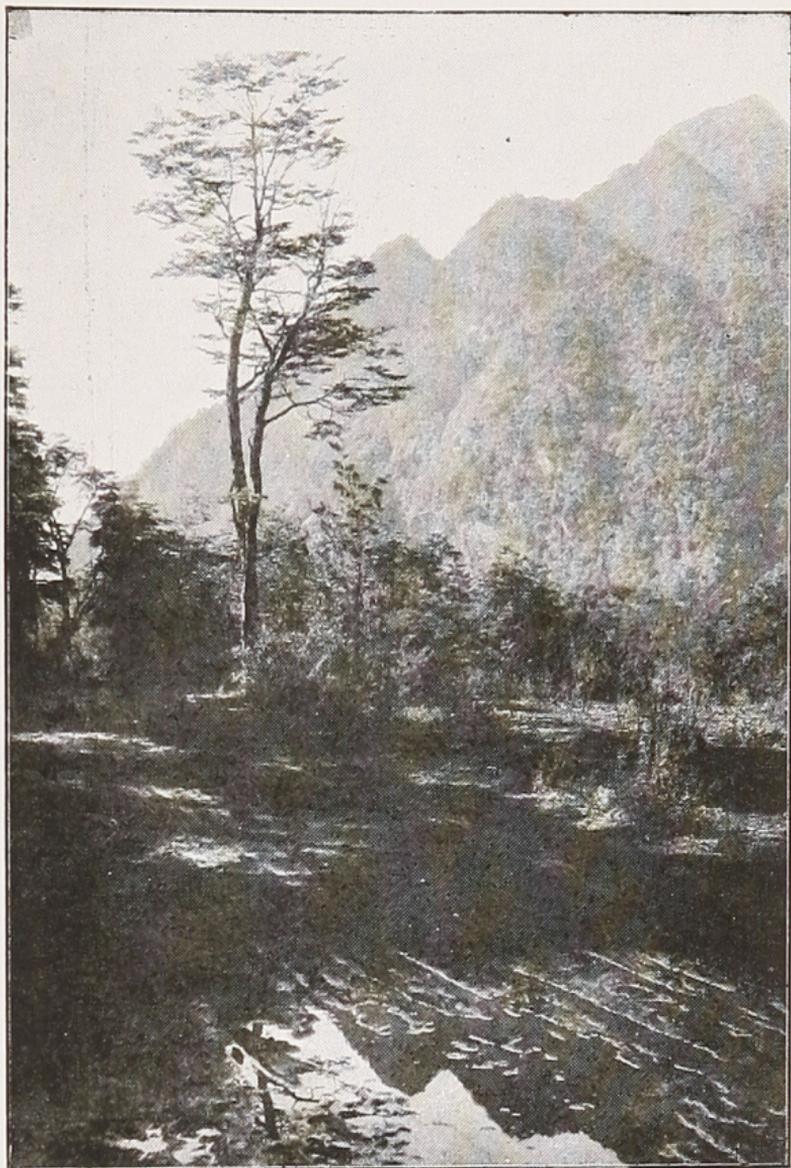
V

DE VALDIVIA A PUERTO MONTT

«...Todo dormía, todo vegetaba. Sobre los edificios así como sobre las imaginaciones, crecía con sosiego el musgo que sólo nace y progresa sobre la corteza de los árboles descuidados o sobre la de aquellos que sufren la última descomposición que los transforma en tierra. No hubo viajero entonces, así nacional como extranjero que al llegar a Valdivia no exclamara:—Todo lo que es obra de la naturaleza aquí es tan grande, tan imponente y hermoso, cuanto mezquina, desgredada y antipática es la obra del hombre...»

Éstas son las palabras que inspiró Valdivia al ilustre patricio chileno Vicente Pérez Rosales, cuando llegó en febrero de 1850 a la entonces mísera aldea triste, irregular y desaseada.

Hoy, a la vuelta de sesenta y seis años, el «villorrio» que vió Pérez Rosales es una de las ciudades más graciosas, alegres y activas que honran y adornan el suelo chileno. Se recibe, al recorrer sus calles llenas de tráfico, la impresión de una vida sana y briosa. Muy castigada por incendios, terremotos e inundaciones, Valdivia ha resurgido siempre, al impulso de las energías indómitas de



CAMINO ENTRE LOS LAGOS LLANQUIHUE Y
TODOS LOS SANTOS (CHILE)

su población. Ciudad grande y moderna, conserva, sin embargo, cierto encanto arcáico, sutil y amable. Entre las casas, todas de madera, difícilmente se hallarán dos iguales: cada una es una fantasía individual, de un gusto a veces delicado. Balcones y miradores, galerías y torrecillas, cornisas talladas o labradas como primorosos encajes, se mezclan y suceden sin interrupción, todos distintos, todos originales, todos artísticos. Los frentes de los edificios se hallan pintados de diferentes colores: blanco, marrón, rojizo, azul, combinando a veces diversos tintes, y el cuadro que resulta del conjunto de formas y tonos tan diversos es de una armonía alegre y suave, difícil de describir. Todas las casas de familia ostentan tras de los cristales de sus ventanas sin postigos, cortinas de tul o encaje, y entre las cortinas y los cristales, como en una especie de invernáculos, se abren begonias, geranios, claveles y flores extrañas cuyos nombres ignoramos, de dimensiones fantásticas y colores inverosímiles, entremezcladas con helechos delicados y aéreas trepadoras.

La perspectiva de algunas calles adquiere un carácter original, por el «planchado», especie de afirmado de gruesas tablas de roble pellín tendidas de acera a acera, y a veces en parte solamente de la calzada. Por esa tablazón carros y coches saltan en carrera ruidosa y accidentada, pero segura, hábilmente dirigidos por sus conductores en los pasos estrechos y las vueltas cerradas. Umbrosos parques y jardines alegres alternan con los macizos

de construcción, los envuelven y adornan. Como un testigo de pasados siglos guerreros, álzase a dos pasos de una de las calles más céntricas y modernas, un torreón adusto y negro, resto de una fortaleza española: en medio de la vistosa y despreocupada ligereza de las casas de madera no puede darse nada más incongruente que esa mole pesada y maciza, especie de Don Quijote al acecho de peligros imaginarios.

Uno de los principales adornos de Valdivia es el parque natural, donado al municipio por el señor Reinaldo Harnecker, anciano caballero alemán radicado allí desde su juventud. Se trata de varias hectáreas de selva virgen, en plena ciudad, donde coihues y laureles, lingues y cipreses, robles y alerces mezclan sus troncos y sus sombras, entre las que brillan como puntitos de luz roja o amarilla, las flores de las enredaderas. La obra del hombre se limita a mantener abiertos los caminos, que serpentean por pintorescas ondulaciones.

Valdivia se explaya entre montañas lejanas, en una península semicircular sobre el ancho, azul y plácido río Calle-Calle, con su interminable festón de muelles, escalinatas y embarcaderos. En lo alto se amontona la ciudad, salpicado su conjunto claro de parques y arboledas, y erizado de chimeneas de fábricas que lanzan columnas de humo color de ámbar. Los techos inclinados, de cinc, reflejan el cielo, de suerte que aparecen pintados de azul pálido. La Valdivia de hoy no se parece, por cierto, al triste conglomerado de ran-

chos que conociera Pérez Rosales. El hombre ha completado la obra de la naturaleza: ha creado en medio de un marco grandioso, un centro de vida, actividad y cultura, digno de tal marco.

Otra cosa hay, empero, fuera del paisaje, que atrae la atención del forastero en Valdivia: es el carácter esencialmente alemán de los vecinos. Yo no ignoraba que en esa ciudad se hubieran arraigado muchos germanos, y me imaginaba encontrar algo así como nuestro barrio de Belgrano, donde la población alemana es numerosa, aunque de ninguna manera exclusiva. Pero en Valdivia hay momentos en que uno podría creerse trasportado a una ciudad de Alemania. Los letreros de las fábricas y de las grandes y lujosas casas de comercio ostentan nombres alemanes, en ese idioma hablan el noventa por ciento de las personas bien vestidas que cruzan nuestro camino, y aún la gente del pueblo lo domina o entiende a menudo. Artículos alemanes se exhiben en las vidrieras, y árboles y flores han seguido a los emigrantes desde la patria en el Norte de Europa, al nuevo hogar en el Sur chileno. Hemos tenido ocasión de conocer a varias familias de esa cultísima sociedad, alemana de sangre, habla y costumbres, leal y honradamente chilena en su vida cívica y sus afectos patrióticos. Sus antepasados fueron llamados a la vecina República por la ley de inmigración de 1845, firmada por el presidente Bulnes y su ministro Montt. Refiere Pérez Rosales, agente de inmigración en Valdivia cuando llegaron los primeros alemanes, que



LAGO TODOS LOS SANTOS CON EL VOLCÁN OSORNO (CHILE)

una comisión de éstos tuvo con él una entrevista, y «satisfecho con los informes y seguridades recibidos, se alzó de su asiento el respetable y sabio profesor don Carlos Anwandter, que la presidía, y lleno de emoción dijo estas sencillas y sentidas palabras:—Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera, con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses.»

RIO VALDIVIA—PUERTO CORRAL—NIEBLA

Una de las características de Valdivia es su activo tráfico fluvial. Durante el día entero, el vaivén de vapores, lanchas y botes mantiene a la ciudad en comunicación con los pueblos ribereños, con Puerto Corral, en la boca de la ría donde anclan los transatlánticos, y con los pintorescos canales e islas del delta y los ríos tributarios: Cruces, Futa, Angachilla, Tornagaleones, que gracias a la gentileza de amigos germano-chilenos pudimos visitar.

El elegante vaporcito «Corral» se desliza rápido entre la isla Teja, poblada de casas blancas diseminadas en el verdor de su vegetación, y la ciudad escalonada sobre la barranca. Callejones y callejuelas descienden hasta el río, con puentecillos y muellecitos donde juegan niños descalzos y morenos: cada rincón es un pequeño cuadro caracte-

rístico de vida popular. En el extremo de la isla Teja desemboca el río Cruces; desde allí se denomina Valdivia el río Calle-Calle.

Las márgenes son altas, boscosas y variadas, pobladas de alegres residencias de verano, ranchos de pescadores o chacras cuyos sembrados forman dibujos verde-claro en la tierra colorada de la roza. A lo lejos trazan las montañas curvas blandas y azuladas, y la bruma ambarina de las quemazones de bosques vela las altas cumbres remotas.

En la brisa fresca que juguetea con las olas se mezcla poco a poco un hálito peculiar. El vapor, que hasta entonces se deslizaba sin sacudimientos, comienza a balancearse: es el mar que se anuncia. Ya se abre a la izquierda el hermosísimo anfiteatro de la bahía de Corral con la isla Mancera, y al frente, Puerto Corral escalonado en escarpado cerro; a la derecha, el promontorio de Niebla con su gracioso y blanco caserío. Y de repente nos hallamos frente a la boca del río, que a través de inmenso y grandioso portal de rocas se une con el mar, sin choques ni violencias, tranquilo y majestuoso como un príncipe que abandona su castillo almenado. Allá, sin una ola que rice su planicie inmóvil, se tienden azules y doradas bajo el sol, las aguas del Pacífico. Hemos cruzado el continente de océano a océano.

Una punta boscosa se interpone, y momentos después desembarcamos en Puerto Corral.

En este pedacito de suelo chileno se aglomeran los motivos más curiosos y pintorescos, variados

hasta lo infinito. Las calles tortuosas son empinadas cuestas que terminan de repente en la ladera de un cerro o en el borde de un precipicio: ambos, cerro y precipicio, tapizados de exuberante vegetación. Las casas, blancas u oscuras, tienen los techos pintados de rojo, y a ellas se asciende desde la calzada por escalones de piedra. En cada esquina se abre una perspectiva nueva; hacia la bahía, hacia la montaña, hacia un callejón de pintadas casitas sepultadas entre masas de flores de tintes cálidos. En un extremo de la población existe una gruta sombría, de cuyo techo y paredes brotan helechos en profusión inaudita y cuya entrada está casi oculta por cortinas espesas de hiedra y zarzamora. Por todos lados el bosque y el mar afirman su proximidad, y segura en su doble abrazo, la linda población parece sonreír al forastero como una muchacha coqueta y traviesa.

Frente a Puerto Corral, en la banda Norte del río, se halla Niebla, población veraniega muy frecuentada.

Por lindas florestas se cruza desde las playas del río hasta el acantilado que cae sobre el mar, entre las murallas de un antiguo fuerte español. Nada más solemne y triste a la vez que estos restos de un poderío extinguido. En las negras escarpas a pique, verdaderas cascadas de flores silvestres aumentan, si cabe, la impresión de lo irrevocablemente terminado. ¡Flores en una fortaleza!... No las plantaron allí los valientes defensores españoles; ni las plantó Cochrane, el glorioso corsario del Pa-



LAGO TODOS LOS SANTOS CON EL VOLCÁN PUNTIAGUDO (CHILE)

cífico. Mientras mis ojos vagan por la extensión del mar quieto y solitario, imagino ver las blancas velas de una pequeña escuadrilla chilena; penetran en la ría erizada de cañones, desembarcan en sus botes hombres que se burlarán de la muerte y se lanzarán al asalto del «Gibraltar de América», a la voz del marino más temerario que jamás surcara las ondas saladas. Valdivia y Cochrane son dos nombres que la historia ha soldado para siempre con el fuego de la gloria; es preciso contemplar aquel puerto con sus costas fragosas y casi inexpugnables, sus tupidas selvas, sus canales y sus islas, para comprender la fantástica audacia de la empresa del almirante inglés.

La población de Niebla se halla diseminada entre quintas, pequeños paraísos de flores y helechos en medio de la selva virgen. Un faro se levanta en la costa, y una estatua de Caupolicán, el héroe araucano, adorna una plazuela; a su pie, un cañoncito de los «tiempos del rey» se acurruca con hosca humildad de vencido. En los verdes prados y en los senderos orlados de flores juegan niños rubios de ojos azules: el idioma alemán suena por doquier en sus más variados dialectos; alemana es la merienda que nos sirven y alemán, como en Valdivia, es todo lo que nos rodea.

OSORNO

Semanas enteras debe consagrar a Valdivia y sus alrededores el que los quiera conocer a fondo,

Nosotros no disponíamos de tanto tiempo, y, además, sentíamos ya el misterioso desasosiego, el ¿qué habrá más adelante? que imprime a cuerpo y espíritu el irresistible afán de seguir. Nuestro camino iba al Sur, y el primer objetivo era la ciudad de Osorno.

Los viajes por tren en Chile no resultan siempre cómodos. Los convoyes suelen ser cortos, y por numerosos que sean los pasajeros, no se agrega ningún coche. Los de primera se llenan a tal extremo que muchos pasajeros con boletos de esa clase tienen que viajar en la segunda—en Chile hay tres clases—y en ésta el público es muy mezclado. Además de estos inconvenientes, existe el de que las empresas ferroviarias no conducen equipaje libre, de suerte que, por razones de economía, cada pasajero lleva consigo en el coche cuantos bultos pueda hacer caber. En los puntos de empalme, Antilhue, por ejemplo, hay largas y fastidiosas paradas en espera de la combinación; y la ausencia de los coches-comedores es otro inconveniente, mal subsanado por los «cantineros» que en el tren venden fruta, bebidas, etc.

En desquite de tales incomodidades, el paisaje que recorre el tren entre Valdivia y Osorno es tan grandioso y variado que todo se olvida en su contemplación. Desde el empalme de Antilhue, la vía tuerce directamente al Sur y se interna en un macizo de montaña que recuerda los paisajes salteños en la vía del Central Norte; teniendo en cuenta siempre la diferencia de la vegetación. Tan pron-

to el tren faldea una sierra como se lanza por un túnel, trepa jadeando una cuesta o se desliza veloz hacia el valle, entre el rechinar de los frenos. Un momento pasamos entre la tristeza invernal del bosque quemado y en el siguiente nos encierran murallas compactas de selva virgen. Unas veces los ojos se elevan hacia cimas altivas y otras se hunden en oscuras y húmedas hondonadas, donde crece exuberante la digital multicolor y venenosa, y la zarzamora, la terrible plaga chilena, ahoga bajo su manto espinoso campos y bosques enteros. Puentes innumerables sobre barrancos y precipicios, ríos y arroyos cruza el tren en el espacio de pocas horas.

El cielo estaba velado por el humo de bosques incendiados, modo de rozar bárbaro, pero rápido.

Al salir de la sierra vimos una puesta de sol fantástica: una bola purpúrea ardiente sin rayos estaba suspendida en la bruma parda; dos fajas delgadas de nubes negras la ceñían por el ecuador; parecía Saturno con sus anillos.

Las montañas fueron quedando atrás; campos con haciendas y lomas redondeadas, amarillas de trigales, las reemplazaban, proclamando la riqueza de la tierra. La Unión, ciudad activa e importante de pintoresca edificación de madera, se hundió en el crepúsculo. Llegamos a Osorno.

Esta ciudad del Sur es menos amable y atractiva que Valdivia. Tiene jardines magníficos y la fragancia de las rosas invade las calles; pero su belleza queda entristecida por polvaredas grises.



VOLCÁN PUNTIAGUDO Y CASA DEL SR. ROTH (CHILE)

Hay rincones somnolientos, plazuelas y rinconadas silenciosas y asoleadas; casas cuyos fondos cubiertos de musgo miran sobre el río de altas barrancas, cruzado por puentes de madera. En las calles céntricas se desarrolla la vida popular, animada por interesantes grupos a pie o a caballo, que compran y venden, regatean, discuten, charlan y se hacen retratar por alguno de los numerosos fotógrafos ambulantes, que apuntan a sus clientes con una especie de ametralladoras de tamaño y edad igualmente respetables. Dan una nota curiosa y pintoresca las Amazonas indígenas, vestidas de colores chillones, a horcajadas, descalzas, pero todas con sombrero: lucen trenzas a veces asombrosas, atadas con cintas rojas o verdes.

La población alemana es numerosísima, aunque no predomina como en Valdivia.

Después de breve permanencia en Osorno proseguimos viaje hacia el Sur, a Puerto Varas, sobre el lago Llanquihue.

El humo de las quemazones enturbiaba siempre la atmósfera y la lejanía se adivinaba vagamente. Pero entre esos vapores amarillentos, algo se dibujó de pronto hacia el Este: una especie de sombra blanca, que parecía pintada en el cielo, tan pálida y pura era su silueta. Alguien pronunció un nombre que corrió de boca en boca:—¡El Osorno! Todas las miradas se fijan en la blanca visión que va surgiendo de las brumas desgarradas por el viento de la tarde: un cono aislado, de base oscura y cumbre nevada, de una belleza inefablemente

serena. Al contemplarlo, un nombre mencionado en los «Sitios de la Cordillera», de Humboldt, acude de pronto a mi memoria: el cerro de la Suma Paz, en los Andes colombianos. No sé cual pudo haber sido el origen de esa denominación; pero sé que ella cuadraría, como ninguna otra, al maravilloso volcán que brilla sobre las aguas intensamente azules del lago Llanquihue.

PUERTO VARAS

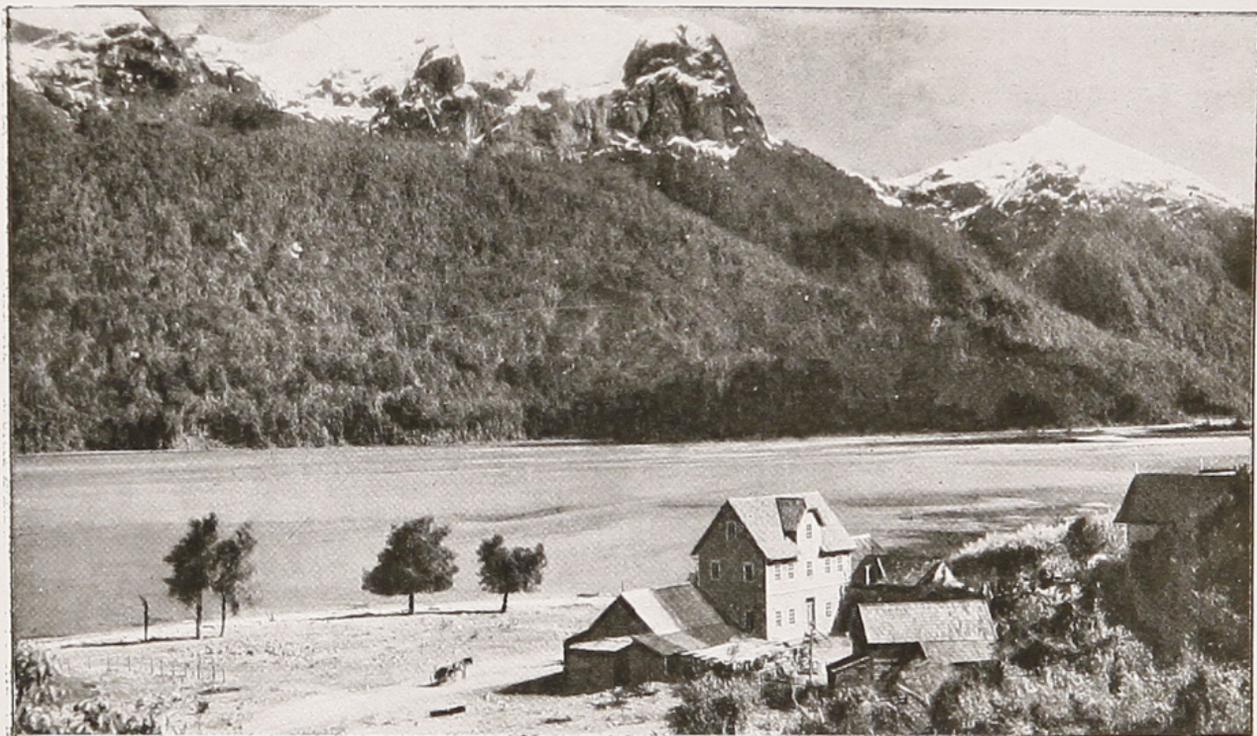
Al atardecer llegamos a Puerto Varas, pequeña ciudad encantadora asentada en la curva de una bahía, cuyos promontorios avanzan rectos cual brazos de un sillón. Las casas son de madera también y alegremente pintadas, de construcción diversa a la que se emplea más al Norte. En lugar de largos tablones horizontales, allí se estilan tablas cortas, superpuestas verticalmente y terminadas en festones, de suerte que tienen un poco la apariencia de escamas de pescado. El pueblo se halla escalonado en el ángulo Sudoeste del gran lago, en terrenos conquistados al bosque que por tres lados la rodea. Espesas humaredas se elevan de las selvas durante el día, y en la noche las llamaradas anuncian el trágico fin de sus gigantes, sacrificados a la necesidad humana de vivir en espacios abiertos, bajo la luz del sol.

El idioma alemán predomina. Una curiosa división, que de religiosa se ha tornado política, va borrándose gradualmente entre los habitantes

católicos de Varas Nuevo y los protestantes de Varas Viejo, situado más al interior de la bahía.

Puerto Varas es uno de los lugares de veraneo más frecuentados en el Sur chileno. El lago Llanquihue, con sus lindos pueblos costaneros y panoramas grandiosos, ofrece sorpresas siempre renovadas. Su vasta extensión parece agrandada aún por el humo y las neblinas que suelen velar las costas; a veces diríase ilimitado como el mar. En días claros, empero, vense brillar las heladas almenas del lejano y gigantesco Tronador; al Sur el hermoso cuanto terrible volcán Calbuco; el volcán Yate, más hacia el Sur, todos ellos levantados como castillos de mármol sobre un fundamento de cerros pardos veteados de blanco; y al frente, llenando el cuadro con su esplendor, sereno y soberbio, el Osorno.

Una lancha automóvil nos conduce en tres horas a La Poza, laguna tributaria del Llanquihue. Se entra por un arroyito insignificante, entre playas de guijarros, y muy luego se encuentra la lancha en un angosto canal bajo glorietas de follaje y flores que le da estrecho paso. Ensánchezase luego, y un pequeño lago de belleza salvaje se tiende verde y aterciopelado entre montañas revestidas de bosque. Un islote alto y de forma circular, bautizado isla Loreley, forma un mirador natural, desde el cual se divisa el Calbuco, que altanero y caprichoso, déjase acariciar por las nubes errantes, mostrando u ocultándose hasta que de pronto queda revelada toda su mole torva e imponente. Termina la laguna



PEULLA CON LOS CERROS TECHADO Y BONETE (CHILE)

como un pozo hondo y oscuro, al pie de murallas de roca a plomo, que desaparecen bajo densa vegetación.

PUERTO MONTT

A hora y media de tren de Puerto Varas se halla Puerto Montt. Cercanos están los dos pueblos, como estuvieron en vida los dos nobles e ilustres amigos cuyos nombres perpetúan.

Visitamos a Puerto Montt un domingo. La grande y elegante estación rebosaba de público, entre el que se destacaba el elemento militar. La misa había terminado, y las familias paseaban por la plaza a los sones de la excelente banda del regimiento. Mucha animación reinaba en la larga y tortuosa estrecha calle principal, que forma un recodo y presenta hileras no interrumpidas de casas de comercio, galpones, depósitos y escritorios de compañías y empresas navieras y comerciales.

Puerto Montt es capital de la extensa provincia de Llanquihue. Tiene buenos edificios públicos, escuela normal, liceo, seminario, teatro, biblioteca y varias iglesias, todo de madera y cinc estampado. Frente a la plaza adornada con un busto de Manuel Rodríguez, el agente de San Martín, avanza un largo muelle, paseo favorito de la sociedad de Puerto Montt. Un cuadro fascinador de mar y montaña se abarca desde ese punto. La ciudad sigue el semicírculo de la bahía. A su espalda, en elevado cerro, se levanta el edificio de la escuela normal,

rodeado de jardines. Coquetos chalets flanquean la marina, y más allá casuchas desvencijadas y pardas forman rinconadas en las que parecen sostenerse unas a otras y protegerse contra las furias del viento y del mar. Hacia el Sur, azul, blanco y violeta, bajo un cielo que a su vez parece un mar cubierto de blancas rompientes, ábrese el Seno de Reloncaví, extensa bahía flanqueada por montañas boscosas, dominadas al Este por las cumbres de los Andes. Los picos más cercanos son el Osorno y el temido Calbuco, eterna amenaza para aquellas regiones. Más allá blanquea el Yate y la muralla azulada se prolonga hacia el Sur, donde parece hundirse en el mar. A lo largo de la costa occidental se alinean tres islas grandes, también embosquecidas: Tenglo, Mayllen, y Huar. Las olas del Pacífico se precipitan contra los malecones de madera, destruídos en parte, con bronco resollar, y sus espumas llueven en blancos copos sobre la avenida del puerto, mientras afuera en la bahía, lanchas y botes buscan el refugio de las caletas y las gaviotas lanzan su agudo grito de salvaje libertad.

Volvimos a Puerto Varas al caer la tarde. Bajo las luces de los últimos rayos del sol, habíase tornado el lago azul brillante, y las montañas, también azules, daban la ilusión de ser pedazos de cielo solidificado. Gradualmente, un tono rosado coral se deslizó como un rubor sobre la nieve del Osorno, se detuvo breves instantes y palideció hasta desvanecerse en el gris lila del crepúsculo: y en ese

fondo opaco y plateado, la cima nevada del volcán lucía con blancura espectral, más ténue por momentos, hasta que pareció disolverse en el aire.



CERRO TECHADO DESDE LA LAGUNITA DEL ENCANTO (CHILE)

VI

DEL LLANQUIHUE AL NAHUEL HUAPI

Sobre la ancha extensión del lago Llanquihue ondulaban neblinas grises y espesas. A intervalos el sol filtraba a través de la húmeda masa gris perla, un débil rayo que se reflejaba en el agua acerrada con un brillo lunar.

El vapor «Santa Rosa», de la empresa Andina del Sur, iba costeando la ribera meridional del lago y recalando en los numerosos puertos para tomar carga, pasajeros y correspondencia. La navegación nos resultaba monótona, pues en estas costas, aunque pintorescas, no distinguíamos tonos ni relieves diversos a los ya conocidos. La brumazón velaba la cordillera y ocultaba también el panorama completo del lago hacia el Norte: sólo divisábamos la bahía de rectos promontorios, en cuyo seno se reclina Puerto Varas. Ibamos en demanda del puerto Ensenada, en el ángulo Sudeste del Llanquihue, primera etapa de nuestro viaje de regreso a la Argentina. En el curso de este viaje debíamos cruzar, además del lago nombrado, los lagos Todos los Santos, Frías y Nahuel Huapi, y como nos aseguraron con insistencia que veríamos maravillas estupendas, estábamos un poco impa-

cientes y tratábamos de penetrar el ambiente gris que nos rodeaba.

Por fin, un aire sutil barrió las neblinas y empezó a brillar el sol.

En el ámbito claro y despejado mostróse la cumbre redondeada del Calbuco, y sus faldas surcadas por ríos amarillos de lava sólida y fría, huellas presentes de funestas actividades; y hacia otro rumbo, la blanca campana del Osorno, asentada sobre una base color añil.

Tomamos tierra en Ensenada y pisamos la áspera y negra capa de aquellos ríos de lava; impresión extraña, por cierto, para los que estamos habituados a hollar el humus de las campiñas pampeanas o los turbales del bosque patagónico.

A poco de empezar a recorrer la distancia de 15 kilómetros que media entre Ensenada y el puerto de Petrohué, sobre el lago Todos los Santos, nos hallamos en plena región volcánica. La presencia de las montañas de fuego no se olvida en ningún momento desde que se inicia este camino y causa, al que no está habituado a ella, una curiosa y sorda inquietud, que constituye casi un encanto más. El suelo es lava friable, desmenuzada hasta parecer polvo de carbón. Grandes bloques grises o negros, llenos de poros y celdillas, como monstruosos avisperos, forman una especie de parapeto a la vera del camino. Isletas de coihues altos y finos, llenos de extrañas excrescencias, son los restos de grandiosos bosques aniquilados por los to-

rrentes ígneos del Osorno o el Calbuco. En medio de los troncos descansan enormes trozos de escorias que los años han vestido con espesa y aterciopelada capa de musgo, y cuyas grietas están llenas de helechos. Entre las isletas de monte yacen anchos ríos de lava, llamados impropiaemente «arenales». Nada abruma y desconsuela más que la espantosa esterilidad de estas abras en las que un día se volcaron las olas inflamadas de los volcanes. Tristes son las travesías de Neuquén y Río Negro, melancólicos los salitrales de San Luis y Mendoza y los pedregales de la precordillera; mas tienen la serena tristeza de lo que reposa aletargado: se sabe que un caudal de riego trasformará un día, como por obra de magia, su aridez en fertilidad. Pero estos campos de lava son la imagen de lo definitivamente muerto. En vano cae sobre ellos la lluvia fecundadora; en vano envíaes el sol la luz que los hace brillar cual polvo de vidrio: nada brota en la mortaja negra. Sólo en el curso de largos siglos los vientos piadosos irán llenando con partículas de tierra vegetal los intersticios de las escorias, y entonces renacerán los bosques y las flores; pero la capa de lava misma quedará inmutable, seca y estéril.

Los caballos, robustos y descansados, con grandes esfuerzos arrastraban el coche liviano por la huella profunda y suelta. Fuerte era el calor que sentíamos y los tábanos zumbaban en derredor nuestro por millares, compañeros de viaje voraces y molestos. Otros compañeros de viaje hay, feliz-



CAMINO ENTRE PEULLA Y CASA PANGUE (CHILE)

mente, más gratos. Allí, a la derecha del camino, salta entre arrecifes, bañando la base de una muralla colosal y aparentemente continua de montaña embosquecida, el caudaloso y turbulento río Petrohué, ora celeste como el cielo, ora verdoso como mar, ora blanco como leche, que lleva sus aguas al magnífico «fjord» de Reloncaví. Allí se encumbran calvas moles de granito, en las que el bosque se ha detenido a medio camino, como desesperado de conquistar las alturas. Allí se levanta, en un extremo, al parecer de ancha y larga avenida de lava, el Osorno, visible desde su base negra ceñida de bosque, hasta su cúspide refulgente y maravillosa.

Rara vez sucede que lo admirado en la lejanía conserve su encanto visto de cerca; pero el Osorno resiste a la prueba. Es tal la pasmosa perfección de sus líneas, tan etérea toda su apariencia, que parece imposible que sólo sea un amontonamiento colosal de lavas y escorias muertas como las que nos rodean, y cuya áspera tristeza la nieve suaviza. La imaginación, desdeñando el frío raciocinio de la inteligencia, ve en la bellísima montaña algún nuevo Olimpo, morada esplendorosa y olvidada de extinguidos dioses.

El camino que emerge del bosque tuerce un recodo, y, repentinamente, sin que nada nos hiciera sospechar un cambio nos hallamos frente al cerro más extraño y fantástico que imagináramos: el Puntiajudo. De forma cónica en su base, vuélvese poligonal hacia arriba, como una pirámi-

de que se hubiese retorcido, para rematar en una especie de moharra afilada, blanca y celeste, que corta la atmósfera clara y brillante. Tiene no sé qué de absoluto, de terminante, plantado allí en el paisaje frente a la blanca y seductora gracia del Osorno. Y para completar el círculo mágico en que estamos encerradas, asoman sobre varios macizos que les sirven de escalones, las cúspides deslumbradoras del Techado y del Tronador.

Dice Humboldt, en sus «Sitios de la Cordillera», que en los Andes, a pesar de su elevación real y gigantesca, no se recibe la impresión positiva y palpitante de enormidad que se tiene, por ejemplo en los Alpes o los Pirineos, cuya altura no alcanza a menudo ni a la mitad de aquellos. Ese fenómeno es debido a la elevación de las mesetas de las que surgen los principales picos andinos. En estas regiones no cabe la observación del sabio alemán, quien no visitó el Sur de Chile. La altura sobre el nivel del mar aquí no es superior a 150 metros, y los nevados, varios de ellos visibles desde la base hasta la cumbre, aparecen en toda su imponente majestad.

LAGO TODOS LOS SANTOS

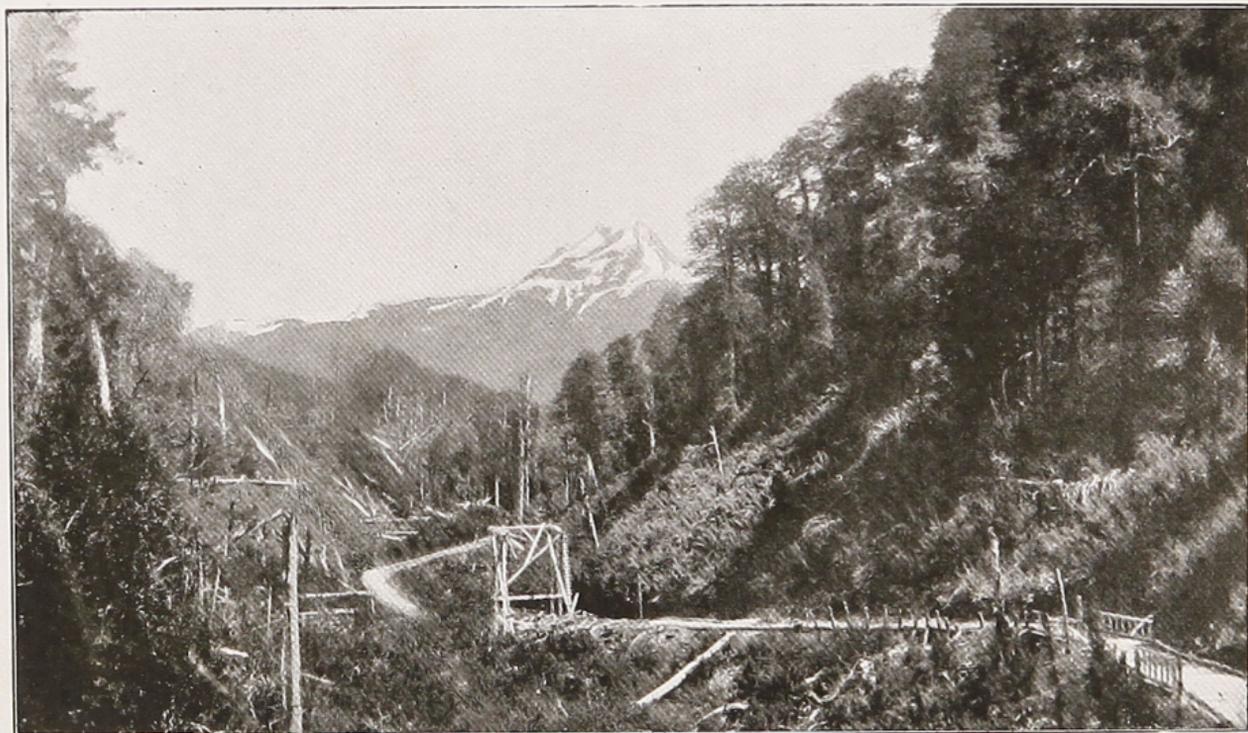
Llegamos al lago Todos los Santos, al que los chilenos suelen llamar laguna Esmeralda.

Como todos los espectáculos en regiones montañosas, donde la mirada vaga prisionera, apareció ante nosotros de improviso. Y no recuerdo haber

recibido impresión semejante en ninguna ocasión, en ningún viaje. Estábamos, como diría Ruskin, frente a una de las «catedrales de la Naturaleza».

En el marco ya conocido de selvas, peñascos y neveros, que allí llega a lo sublime, se tiende y retuerce entre islas y promontorios dominados por el Osorno y el Punttiagudo, un lago de un pasmoso color verde, cual el de la piedra preciosa que le dió su segundo nombre. Nada más extraño que ese tinte crudo, ese verde constante con sol o con tormentas, que no refleja el azul ni el gris del cielo, y sólo repite en su faz brillante, las nubes color de rosa que vagan al atardecer.

Nos embarcamos en el vaporcito «Tronador», y muy pronto nos creímos trasladadas a una región de ensueños donde se hubieran acumulado los efectos más singulares y fantásticos de color y de luz. Un conglomerado de nubes formaba hacia el poniente, sobre el albo Osorno, como el techo de una caverna negra con estalactitas de oro. En ella se hundía el sol, transformado en un disco rojo y sombrío, del cual partían hacia todos los rumbos haces que eran regueros de sangre. En el cenit, el cielo brillaba claro, apenas surcado por nubes políctomas. De oriente venía en marcha una tormenta, en la que cerros y nubes se confundían en tonos pardos, amarillentos o lívidos, que algunos rayos del sol declinante iluminaban con luces espectrales, mientras en las regiones altas, relámpagos verdes y rojizos trazaban caprichosos tajos y rai-gambres ígneas. Y para colmar esta orgía de colo-



CAMINO ENTRE PEULLA Y CASA PANGUE (CHILE)

res, un doble arco-iris tendía su tramo aéreo sobre el lago, por los flancos nevados del Punttiagudo parecían correr ríos de fuego, y sobre su afilada cumbre vimos caer un haz deslumbrador de rayos violados.

A bordo, nada se oía fuera del ritmo de la máquina. Voces y comentarios enmudecieron ante aquella fantasmagoría inverosímil, que trasladada al lienzo hubiera parecido engendro de un cerebro enloquecido, y que, ahora en el recuerdo, vive como una visión o un sueño perturbador e irreal.

Nuestra navegación debía terminar en el puerto de Peulla; pero fué interrumpida en la península Punttiagudo, por la invitación del señor Ricardo Roth—uno de los directores de la empresa Andina del Sur—para desembarcar y pasar la noche en su casa de familia. Aceptamos la hospitalidad ofrecida, con la alegría y gratitud de personas que durante cerca de un mes han hecho vida de hoteles.

La hacienda de los señores Roth se extiende al pie del Punttiagudo y está montada a la moderna.

En esas soledades, el hombre civilizado, fuera de su trabajo, sólo tiene su hogar; y por eso, las casas de familia allí suelen ser templos donde se rinde culto a la belleza, a la ciencia, al arte, a cuanto enaltece y dignifica a la humanidad. Tal era aquel hogar en el que pasamos una velada inolvidable.

A la mañana siguiente vimos desplegada bajo un sol glorioso, la magia imponderable del lago.

Fulguraban cual antorchas blancas sobre las aguas verdes, el Osorno y el Puntiajado; a la vuelta de un promontorio, los planos inclinados y cubiertos de nieve del imponente Techado, y un momento después, hacia el lado opuesto, Su Majestad el Tronador. Al recordar ahora los cuatro monarcas que se dividen la región entre el Llanquihue y el Nahuel Huapi, cada uno de ellos aparece con relieve individual. El Calbuco es la fuerza maciza y pesada; el Puntiajado, la audacia rebelde que se lanza al asalto del cielo; el Tronador, la altivez salvaje, solitaria e inabordable; el Osorno, la belleza perfecta, el reposo absoluto, la «Suma Paz».

PEULLA—CASA PANGUE

El puerto de Peulla está situado frente al Techado, en el extremo Nordeste del lago Todos los Santos, donde éste muere entre juncales. Es un lugar encajonado; el bosque y la montaña empiezan a pocos pasos detrás del hotel, que con el muelle y las bodegas pertenecen a la empresa Andina del Sur. Una pintoresca cascada se descuelga por una grieta de la montaña, y el arroyo que alimenta salta hacia el lago entre helechos y las hojas monstruosas del pangui, cuyos tallos llamados nalca, de un sabor ácido, son estimados como refrescantes por los campesinos. De Peulla, el camino sigue a lo largo del río del mismo nombre hasta el lugar llamado Casa Pangué, donde se toman mulas para pasar la cumbre, cuya altura es de 1.050 metros.

Partimos de Peulla en coche.

Rueda este entre hermosos bosques, que a menudo abren perspectivas sobre la Cordillera. Arriba, rocas y nieve; en las regiones inferiores los árboles seculares parecen desde lejos blanda capa de musgo. El macizo del Techado, que realmente semeja un techo de dos aguas, va destacándose aislado; estriás de nieve corren por sus flancos, como rayos ondulados. Repentinamente asoma el Tronador a la derecha del camino: tres picos formidables de hielo, que parecen cincelados en el cielo azul oscuro; uno de ellos me recuerda la destruída piedra movediza del Tandil.

Las últimas lluvias habían henchido el río, y las aguas de éste, destruido a trechos el camino al salir de madre. El viaje resultó así en parte una navegación en coche, con numerosos bandazos a babor y estribor. La visible resistencia de los caballos para entrar en el agua y el choque de las ruedas contra piedras y palos sumergidos, imprimían a la jornada sensaciones fuera de programa, las que se hicieron más pronunciadas, cuando vimos al cochero y a un jóven empleado de la empresa, que nos acompañaba, bajarse en un istmo entre dos lagunas y arrojar piedras al agua, para medir la profundidad de la que nos faltaba cruzar.

—¿Hay peligro?—preguntamos al joven.

—¡Oh, ninguno!—exclamó con el énfasis del que dice lo contrario de lo que piensa; y para corroborar lo dicho, agregó:—Pero es bueno agarrarse.



EL HITO ENTRE CASA PANGUE Y LAGUNA FRÍAS

Nos atuvimos a la segunda parte de su respuesta; y a fe que hicimos bien, pues al salir de un caudaloso brazo del temible Peulla, faltáronles fuerzas a los caballos para arrastrar al coche cuesta arriba, y éste quedó colgado con las ruedas traseras en el agua, en posición pintoresca, pero precaria.

—¿Nos bajamos?

—Mejor fuera,—respondió el cochero, y la tripulación abandonó el barco terrestre por la proa, es decir, por el pescante. Se pidió cuarta por medio de un tiro de revólver. De Casa Pangue fueron enviados dos peones montados, y sin más percances llegamos a esa estación.

Desde el lecho del río, que parece ancha calle pedregosa, domínase al Tronador en toda su salvaje majestad, y el ventisquero que baja serpenteando desde su cumbre como una rampa azul celeste. Las alturas glaciales y puras del colosal macizo fueron para los indios asiento de dioses vengadores, cuya voz de trueno reprendía y cuyos aludes sepultaban al forastero que llegara «con dos corazones», vale decir, ocultando siniestras intenciones bajo suaves palabras.

Desde Casa Pangue, un excelente camino «planchado» se interna en el Paso Pérez Rosales, antigua senda de descubridores, misioneros, mercaderes y contrabandistas, que sube en espirales hacia la cumbre, donde volveremos a cruzar la frontera. Una ardorosa impaciencia se apodera de nosotras a medida que nos aproximamos al hito. Cuando lo

divisamos entre los árboles, tuvimos la impresión neta de haber regresado a la patria; impresión que una de las tres compañeras tradujo ingenuamente con la exclamación espontánea y consoladora: —¡Ay, ya estamos en casa!

¡En casa! Unos 2.000 kilómetros nos separaban todavía del hogar en Buenos Aires; pero, á pesar de saberlo, y a pesar de ser el paisaje de bosque y montaña idéntico a ambos lados de la frontera, sabíamos también que estábamos en la casa argentina.

El camino planchado recorre una distancia de catorce kilómetros y termina a orillas del lago Frías. Esta pequeña hoya figura en los mapas y es designada por los habitantes de la región, indistintamente, con los nombres de lago Frío o laguna Fría. El verdadero nombre actual es lago Frias, como lo bautizó el doctor Francisco P. Moreno, en honor y memoria de don Félix Frías. Hacemos constar el error y la enmienda.

LAGO FRIAS—PARQUE NACIONAL

En ningún lago, ni aún en el Perihueico, ostenta la naturaleza tal grandiosidad salvaje y sombría como en esta cuenca honda, a la cual rodean murallas de granito. Cruzámosla en bote a remo, y la travesía duró tres cuartos de hora. La pequeña embarcación se deslizaba a lo largo de costas inabordable con promontorios torvos cuyas sombras se proyectan negras o violadas en la faz del lago,

semejante a una placa de vidrio verde. De una escarpa colosal y desnuda baja un resplandeciente río de nieve, encauzado en una enorme grieta.

Brillaba el sol meridiano; pero no alegraba a aquella profundidad recóndita, callada y solitaria. A cada golpe de remo, a cada palabra pronunciada en voz alta, respondía al punto el eco. El aire se poblaba de voces: a los lados, a popa, a proa, bogaban canoas invisibles, cuyas palas hendían el agua, cuyos remeros conversaban en murmullos quedos, mientras desde la costa, en la negrura del bosque impenetrable, los espíritus de la montaña parecían darse alertas con extraños gritos, al punto que nos creíamos en un mundo de fantasmas.

De ese lago hechizado salimos en Puerto Alegre, donde existe una casita desvencijada: a pesar de su nombre halagüeño, no nos hubiéramos asombrado al ver salir de ella la bruja del cuento que se alimentaba de caminantes extraviados, tan triste y sombrío es el paraje. Sin embargo, nada sobrenatural nos salió al paso. Se ensillaron mulas, y al punteado suave de su trote nos llevaron por el camino de cuatro kilómetros de largo que llega hasta Puerto Blest, sobre el lago Nahuel Huapi. Este trayecto se hacía antes en un curioso vehículo, especie de chata que corría sobre rieles de madera y era arrastrada por un buey; medio de locomoción conocido por los nombres de buey-carril, auto-buey, cornomóvil y otras denominaciones acuñadas ex-profeso. Ahora ha desaparecido, y nosotros lo lamentamos sinceramente.



CERRO TRONADOR VISTO DESDE CASA PANGUE (CHILE)

Todo ese trecho conduce a través de regios bosques donados por el gobierno al doctor Moreno por los servicios prestados al país en la demarcación de límites con Chile, y devueltos a la Nación por el agraciado para servir de base a un parque nacional. Un día, cuando el gusto de los viajes esté más desarrollado entre nosotros, y mayores comodidades formen un aliciente para muchos que se arredran por la falta de ellas, ningún argentino dejará de visitar ese pedazo de suelo, donde la naturaleza ha amontonado en conjunto estupendo, dentro de un espacio relativamente pequeño, bellezas que suelen encontrarse diseminadas a través de todo un continente.

Lo único que empañaba el placer, largo tiempo anticipado, de conocer nuestro parque nacional, era la plaga desesperante de tábanos, que mortificaba por igual a jinetes y mulas. Sólo el paso rápido, trote o galope, nos libraba de ellos.

Encontramos el río Frías, verde, turbio y plácido, bajo enramadas floridas. Poco después surgió frente a nosotros un cerro extraño, de roca cubierta de musgo, cuya cabeza hubiera sido partida por dos hachazos de gigante en tres cúspides redondeadas, casi idénticas. Se llama Los Tres Hermanos y está situado frente a Puerto Blest, en el extremo Oeste del lago Nahuel Huapi.

Habíamos llegado al más extenso y hermoso de los lagos argentinos; a nuestros pies murmuraban sus ondas suaves, mansas, sedeñas.

PUERTO BLEST—LOS CANTAROS

En una lengua de tierra formada por la desembocadura del río Frías en el Nahuel Huapi se levantan el hotel, las pocas casuchas y depósitos de la empresa, todo lo que constituye el poblado de Puerto Blest. No se divisa desde allí sino una ensenada del gran lago que se oculta, como el Lacar en San Martín de los Andes, tras de un boscoso promontorio.

Puerto Blest es el punto de partida para una excursión a la laguna Los Cántaros. Cruzamos en bote a la banda Norte del Nahuel Huapi, estrecho en su confín, y tomamos tierra—llamémoslo así—en un amontonamiento de troncos caídos, por los cuales hay que trepar, deslizarse o saltar como se pueda. Gradualmente, al avanzar por la vereda abierta en el bosque, se va sintiendo el tumulto de aguas que caen. Son los rápidos del río Los Cántaros, que se precipita en magnífico salto doble: el superior se desliza por una peña enorme, plana y suavemente inclinada, sobre la que el agua baja como una masa sólida, mientras en el segundo se enreda en un laberinto salvaje de peñascos y árboles desplomados, donde se revuelve furiosa, deshecha en espumas, que hierven y burbujan con siseos y ronquidos como algún filtro maléfico en caldero de maga. Siguiendo hacia arriba el curso del río, llegamos al pequeño lago que le da nacimiento. Lo vimos al anochecer, desde el balcón de una ca-

sita abandonada entre el bosque de cipreses, alerces y coihues: una casa como las que figuran en las novelas de misterio y crimen, desvencijada, llena de ecos y de toda clase de posibilidades siniestras y extrañas que acechan en rincones, altillos y pasadizos. El agua, a esa hora en que ya no la besaba el sol, era de un azul claro. Paredones pardos, lisos y pulidos, encierran su hoya; y no sé si atribuirlo a la hora crepuscular que vela y enturbia la realidad, o al silencio absoluto y pesado que reinaba en torno, el lago Los Cántaros nos pareció misterioso y trágico.

Un día nos detuvimos en Puerto Blest. A la tarde siguiente nos embarcamos en el vapor «Cóndor», que navega el Nahuel Huapi, y proa al naciente nos dirigimos a San Carlos de Bariloche.



PUERTO DE LAGUNA FRÍAS (REP. ARG.)

VII

EL LAGO NAHUEL HUAPI

No creíamos que panorama alguno pudiera impresionarnos todavía después de haber navegado Todos los Santos, la joya de los lagos chilenos, aumentada su esplendorosa belleza por singulares combinaciones de luces, de sol y tormenta, de arcos iris y relámpagos. Pero el Nahuel Huapi nos produjo la impresión de un nuevo prodigio, tan absolutamente distinto de cuanto habíamos visto hasta entonces, tan soberbio y único, que otra vez nos sentimos envueltas en un torbellino de poderosas emociones, y tuvimos que dejar para momentos más serenos la enumeración de detalles. En sucesión variada y continua desfilaron panoramas nuevos a cada virada del vapor. Este lago asombroso reúne en sus dominios las bellezas de todos los que hemos cruzado: combina la gracia del Lacar con la majestad agreste del Perihueico, los horizontes amplios y alegres del Riñihue y Llanquihue con el encanto del Frías y el misterio de Los Cántaros. A todos ellos volvemos a encontrar en el curso de nuestra navegación a bordo del «Cóndor»; únicamente el Todos los Santos no se halla reproducido en este cuadro estupendo. El lago chileno es el

único rival del lago argentino. Fuera imposible y caprichoso compararlos. Como dos piedras preciosas distintas, de igual perfección en sus aguas y en sus luces, cada cual tiene su belleza característica y propia, su valor absoluto, su pasmosa fulguración.

El Nahuel Huapi está situado entre los 40° 42" y 41° 8' latitud Sur y los 71° 9' y 71° 49' longitud Oeste, a una altura de 767 metros sobre el nivel del mar. Es navegable en toda su extensión hasta los confines de sus numerosos brazos, caletas y «fjords». En sus aguas límpidas y azules se reflejan las costas abruptas de pórvido, basalto y granito, peñascos colosales erguidos como gigantes guardianes vestidos con túnica de fronda y descubiertos en sus cimas, religiosos, hieráticos. Aquí y allá emergen islas del fondo, entre ellas la Victoria, de la cual, así lo dicen ciertas leyendas, arranca el nombre de Nahuel Huapi, por la forma de «tigre del agua» o nutria que para algunos presenta.

La cordillera vigila al Oeste, y tarde a tarde el sol le despliega sobre sus hombros pétreos y titánicos, el manto de púrpura de su soberanía.

En las costas, donde las aguas cantan dulces baladas, musitan plegarias o llenan el ámbito con las roncadas notas de los coros profundos de tormenta, se abren ensenadas fantásticas en su belleza, recónditas, misteriosas, calladas, umbrosas, o se proyectan promontorios enhiestos engalanados con la saya primorosa de la selva o alti-

vamente desnudos como gladiadores victoriosos. De todas partes caen hilos de agua parlera y cristalina, y de la extensa hoya sale el fecundador de la llanura, el gran río que desde siglos lleva al Atlántico el eco de la grandeza de los Andes: el Limay, con su muchedumbre de afluentes. El Nahuel Huapi es la gema esplendorosa de esta corona de lagos de nuestro patrimonio argentino.

Alguien frente a esta sucesión de paisajes de bosque, montaña, nieve, agua y sol, tuvo la ocurrencia de llamar a la región de los lagos cordilleranos, «la Suiza Argentina»; pero no sé que se haya fundado en otra cosa que en el color de la linfa y en el conjunto de bosques y montes nevados. El doctor Moreno dice que Suiza es una reducción habitada de la Patagonia, en esta fase de los lagos.

Ruskin, a quien cito de memoria, casi segura de no incurrir en error, llamó a los Alpes itálicos «memorable and perpetual hills», montañas memorables y eternas, recordando en admirable resúmen los picos a los cuales para siempre se vinculó la historia de la humanidad: Iseran, que arrojó, cual una mortaja, su nieve en torno de la marcha de Aníbal; el Cenis, que alumbró con la claridad de su ventisquero el descenso de Carlomagno; Paradiso, que acechó el águila gala que bajaba hacia Marengo...

Ciertamente, grandes y eternas eminencias conmemorativas son aquellas de los Alpes, miradas de uno o de otro lado y entre siglos de interva-



LAGUNA FRÍAS CON EL TRONADOR (REP. ARG.)

lo: bellos también hasta producir la sensación de lo sublime, sus lagos que sólo he podido sentir a través de los espíritus que allá se extasiaron.

En los Andes australes, la historia de las tragedias y dramas humanos no escribió capítulos inolvidables de glorias y de fracasos como en los Alpes, ni hay en estas cuencas, en estas faldas, en estos valles, en estos bosques y nevados, otra obra que la de la Naturaleza. Anónimas huestes indígenas liquidaron en otros tiempos, en sangrientas carnicerías sus odios tradicionales, yendo y refluendo por el mismo paso que nosotras cruzamos y por otros más australes que no conozco: por las mismas veredas entraron en enfilada los escasos conquistadores que de España vinieron, los aventureros barraganes que labraron la epopeya de los caminantes, de los héroes humildes a los que el mundo debe un ejemplo no repetido de audacia y de valor, pero a los que no ensalza porque no los rodeó la gloria de Aníbal ni el esplendor de Carlomagno.

Todas las bellezas y encantos en el Nahuel Huapi se refunden en su majestuosa naturaleza. El hombre, si no ha dejado en el pasado remoto la huella esplendente de una acción inolvidable, tampoco ha logrado en el presente construir su hogar de una manera definitiva y característica. Todo es nuevo e improvisado frente a la eterna grandiosidad del paisaje; y cualquiera sea la arquitectura que el hombre adopte aquí, ha de imperar la del bosque y la montaña con su euritmia

sublime, que algún día vendrán a cantar los poetas de la patria.

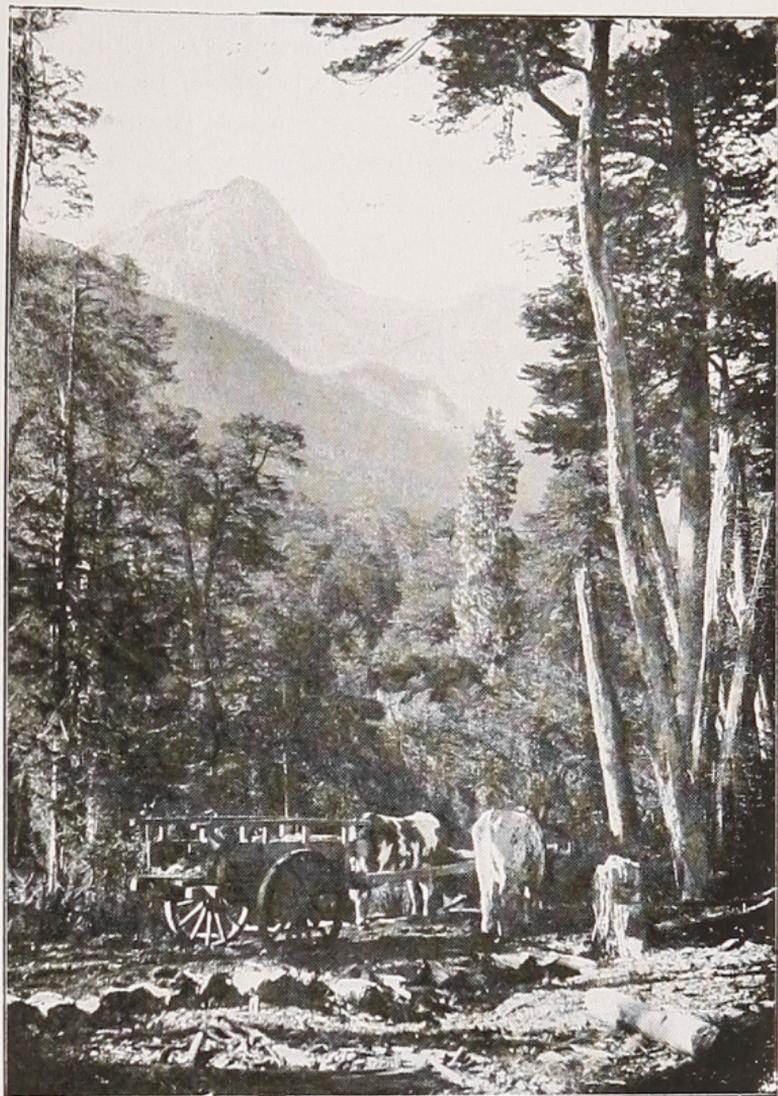
En la extremidad del brazo o seno del Nahuel Huapi que termina en Puerto Blest, el agua presenta un tono verde profundo, y verde sigue siendo a lo largo de la costa donde se refleja la cortina espesa de los bosques; pero lejos de la orilla es de un tinte azul zafiro intenso y refulgente. Murallas enormes, erguidas perpendicularmente, ensombrecen zonas vastas de agua; algunas de ellas se muestran partidas por hachazos formidables, por rayos o conmociones volcánicas; en sus costados y tajos se aferran con sus raíces tenaces a grietas y protuberancias. cipreses y coihues, prole parlera de gigantes mudos. En las claras tardes de sol brilla la nieve en cumbres y laderas, cual las techumbres de plata de los palacios de los imaginarios Césares. Recordemos que aquí palpité una leyenda, aquella que perduró durante siglos acerca de la «ciudad de los Césares», tras la cual, empeñados en trasformarla en realidad, corrieron los aventureros y creyentes de la colonia. Estas aguas fueron surcadas, esos bosques cruzados y tramontados esos terribles peñascos, por Mascardi, el valeroso jesuita mártir, descubridor del lago, y tantos después de él en busca de la ciudad encantada, la que ya como fundación de náufragos españoles, ya como colonia de incas dispersos o morada de seres sobrehumanos, inmortales y bienaventurados como los dioses, era colocada unas veces a orillas del lago mismo de Nahuel Huapi, otras, en una isla en su

centro, en el interior de los bosques, en quebradas tan escondidas que únicamente el sol y las águilas llegaban hasta ella, o en las cimas de montañas inaccesibles. Y cuando llegaron hasta aquí los misioneros, los conquistadores, los aventureros, la leyenda los empujó más lejos, hacia el mar; y allá fueron a buscarla Mascardi, Hernandarias y otros, por distintos rumbos y en diversas épocas, dando crédito a las fábulas de los indios y a los rumores que volaban, caprichosos, ligeros y cambiadizos, por bosques y desiertos, a través de las colonias españolas, como un eco perdido, ora aquí, ora allá. Pero el sitio generalmente aceptado de la fantástica ciudad de los Césares, fué aquí en las márgenes del Nahuel Huapi; y no puede imaginarse para ella marco más esplendoroso.

A medida que se avanza hacia el Este, el bosque va bajando a las faldas, y las montañas aparecen desnudas en su eminencia, como pulidas por aguas del cielo y vientos de la llanura lejana.

Grandes islas, de la cual la mayor, la isla Victoria tiene dos leguas de longitud, alzan del agua azul sus lomos negros y largos, cual de inmensos cetáceos. En la banda Sur sobresale la «Tabla», peñasco aislado y poligonal, una de cuyas caras forma gigantesca escarpa lisa: a lo largo de la arista resguárdala, desde la cumbre hasta cerca de la base, una pirca natural de granito gris.

Los pardos y blancos montes de la alta cordillera, «montones de montones amontonados», según la expresión curiosamente gráfica del jesuíta es-



PARQUE NACIONAL ENTRE LOS LAGOS FRÍAS Y
NAHUEL HUAPI (REP. ARG.)

pañol Rosales, se destacan a occidente sobre un fondo amarillo yema y rosa viejo. Divisamos playas de cascajo, donde el bosque ha retrocedido en semicírculo y parece acechar el momento de reconquistar lo perdido. En la orilla Norte extiéndose un mar de sierras peladas, cuyas últimas ondulaciones se esfuman en el horizonte, azuladas, lila o color arena, según los caprichos de sol y sombra.

Cuando el crepúsculo llega y sazona las horas, derrama por el firmamento colores y tintas, los diluye, los funde, los descompone y los trasmuta en la púrpura augural de dioses, cuando colora el columnaje de los bosques y luego levanta las sombras en espesos batallones desde el pálido espejo del lago hasta las cumbres radiantes, en esa hora mística, el alma se satura de religión, la imaginación viste alas y la mente se puebla de extrañas ideas que luchan por encarnarse en palabras exactas; pero todo en el ambiente tórnase vago e impreciso, luz y ruidos, formas y dimensiones, y mecidas por el dulce balanceo de las olas nos dejamos llevar, serena y apaciblemente, por un mundo de ensueños.

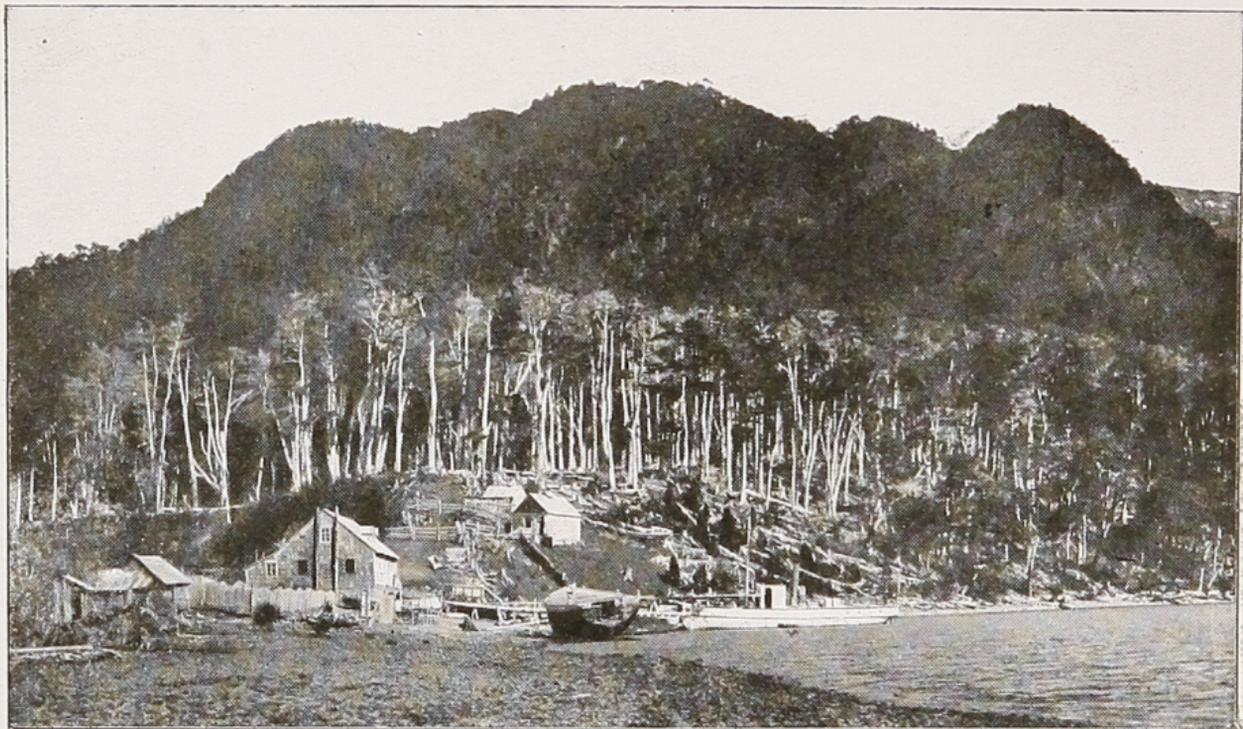
En la delicada bruma gris que se va espesando hacia el oriente, brilla de repente la luz viva de focos eléctricos: San Carlos de Bariloche. Desembarcamos; entrada la noche, gentilmente recibidas por muchos vecinos y familias que nos esperaban en el muelle.

SAN CARLOS DE BARILOCHE

La verdadera forma de este nombre indígena (que es el de un antiguo paso a Chile), es Vuriloche, que un error ortográfico en el acta de fundación trocó en Bariloche. A pesar de las protestas de muchos geógrafos y exploradores, que no encuentran objeto en la alteración arbitraria de nombres tradicionales, la designación nueva se ha vulgarizado.

San Carlos, como también le llaman a menudo, se halla en el territorio de Río Negro, en la margen Sur del Nahuel Huapi. Sus pintorescas casas de madera, en las que se albergan de 800 a 1.000 habitantes, están edificadas parte a orillas del lago, parte en lo alto de una cuesta arenosa y empinada. Por agria que esta cuesta sea, vale la pena vencerla. Desde arriba se goza de uno de los panoramas más amplios y grandiosos, en cualquier momento; y si se alcanza a divisarlo, como nosotras, en una mañana de verano, sin nubes, la memoria lo guardará como uno de sus tesoros más preciosos. Es un cuadro en el que no hay sino tres colores maravillosamente combinados: azul, verde y blanco, si se exceptúan las casas grises u oscuras del pueblo. El lago se extiende en su hoya irregular, desgarrada por penínsulas, islas y cabos, entre los que se internan brazos y ensenadas innumerables: sobre el azul radioso de sus ondas, el sol teje redecillas de oro. En hemiciclo imponente ro-

deánlo las montañas como trozos de cielo más opaco y oscuro, y la línea de las nieves sobre ellas brilla y se afiligrana como las espumas en las crestas de las olas. Un cerro, cuyo lomo alargado parece un inmenso alero nevado, se yergue en primer término; y más allá, un coloso de hielo y granito, erizado de torres y agujas: el espléndido Cerro Catedral. El verde, ya claro, ya sombrío, ya matizado de las selvas, forma una zona intermedia entre los dos azules distintos del agua y de la montaña, como divide la nieve el color índigo de ésta del azul luminoso del cielo. A nuestros pies, la pequeña ciudad está encaramada en la barranca entre flores y árboles frutales; el alegre estrépito del trabajo de sus aserraderos y molinos sube a veces con el viento brioso y puro. Campos llanos o ligeramente ondulados bajan en declive hacia el Este, y la orilla opuesta del lago, muy distante, se vislumbra apenas entre ligeras brumas argentinas. En una de las calles altas se levanta el símbolo de Bariloche, «el venerable del lago», como le llama en sus recuerdos de exploración el doctor Moreno. Es un enorme ciprés, a cuya sombra acampan largas generaciones de salvajes ha tiempo extinguidas, y donde una leyenda tenaz como el árbol mismo, quiere que los indios hayan prendido y atado al doctor Moreno, en tiempos del poderoso Shaihueque. El hecho sucedió realmente en el lugar llamado hoy Playa Bonita, a algunos kilómetros al Oeste de Bariloche; pero los colonos han vinculado el patriarca sobreviviente de la selva,



PUERTO BLEST, LAGO NAHUEL HUAPI (REP. ARG.)

robusto y perenne, con el nombre del argentino que exploró y estudió aquellas comarcas. Cuidan el ciprés como una reliquia, y como grato presente obsequian al forastero con una ramita del árbol histórico.

En la población de Bariloche se mezcla el elemento argentino con chilenos y numerosos europeos: españoles, suizos, alemanes, franceses, italianos, turcos. La reclamación constante es allí como en San Martín de los Andes: ¡Pobladores, más pobladores argentinos! Todos, empero, propios y extraños, guardan la mejor armonía y se unen en su amor por el Nahuel Huapi. Tienen la misma fe hermosa en el porvenir y la misma convicción de la bondad del suelo de sus cariños, que he podido observar en todas las ciudades nacientes de la Cordillera. No hay, según ellos, clima mejor: en invierno suelen caer uno o dos metros de nieve; pero si el interlocutor lo admite, añadirá que florecen las rosas y maduran los duraznos. Y aunque en su legítimo patriotismo local incurran en alguna pequeña exageración excusable, lo del clima ciertamente parece exacto, a juzgar por las mejillas rosadas de los niños que vimos congregados en las dos escuelas de Bariloche.

Apuntaremos el anhelo de los vecinos, de ver levantado el prometido edificio escolar de material y una sucursal del Banco de la Nación. Ambos edificios, banco y escuela, significarían para Bariloche, activo centro de cultura, de comercio e industria, un progreso necesario y ansiado.

VIII

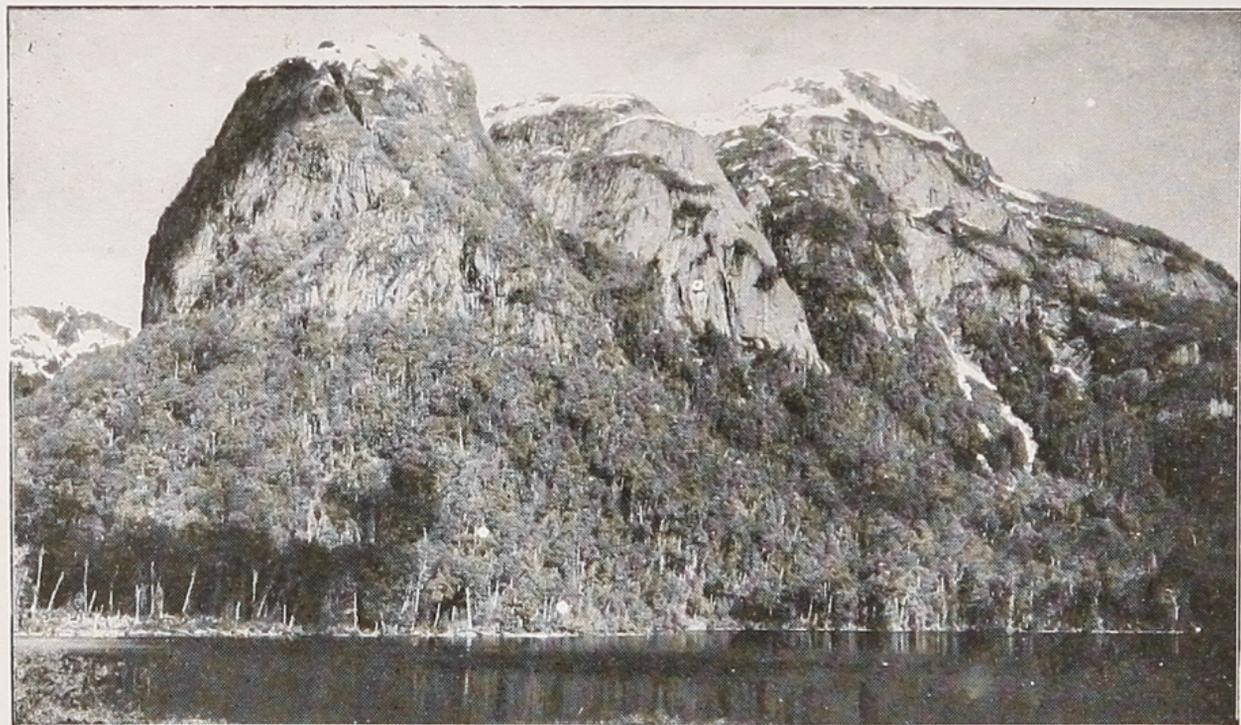
ALREDEDOR DEL NAHUEL HUAPI

El ingeniero señor Emilio Frey, quien reside en Bariloche, nos había preparado un programa de excursiones por el Nahuel Huapi y sus alrededores. Nadie más competente ni autorizado para hacerlo; pues el señor Frey fué compañero del doctor Moreno en numerosos viajes de exploración, y también miembro de la comisión demarcadora de límites con Chile: conoce pues aquel laberinto de montañas, lagos, ríos y bosques, hasta en sus últimos repliegues.

Como él mismo se hallara ausente de Bariloche en desempeño de sus funciones profesionales, familias amigas se encargaron a su pedido, de hacernos cumplir una parte del programa.

En gentil compañía nos embarcamos en la lancha a nafta, que, como los automóviles, depende de la gobernación del Neuquén y fué puesta a nuestra disposición por la amabilidad del señor Elordi.

Hasta hace pocos años, los colonos que pueblan las dilatadas márgenes del Nahuel Huapi vivían casi aislados. Sus comunicaciones se hacían por tierra a través de largos y escabrosos caminos,



CERRO LOS TRES HERMANOS, PUERTO BLEST, LAGO NAHUEL HUAPI (REP. ARG.)

cuando no disponían de embarcaciones propias. Ahora, la lancha a nafta efectúa la circunnavegación del lago dos veces por mes, para llevar y recoger pasajeros y correspondencia.

El Nahuel Huapi, visto en el mapa, tiene la forma de un enorme pulpo que extiende brazos en todas direcciones. Nos internamos en muchos de ellos, y conocimos íntimamente a ese lago fascinador y caprichoso, que tiene encantos de laguna de parque e iras de océano; que rompe sus aguas contra paramentos perpendiculares de granito y de pórfido o acaricia, mimoso y murmurante, las playas de pintados guijarros.

Lo hemos visto a mediodía, tan terso e inmóvil, que el trillado símil del espejo se imponía, a pesar de todo, ineludible e imperiosamente. Los cerros se reproducían en la linfa con sus ínfimos detalles, en orden inverso: en el fondo veíanse las manchas blancas de la nieve, en seguida, el verdinegro de la vegetación, y casi a flor de agua, la piedra gris de la costa. La claridad deslumbrante del sol llenaba el cielo immaculado, reverberaba en el líquido cristal, centelleaba en los picos helados del Cerro Catedral y se diluía en lontananza en tonos celestes y plateados. Repentinamente, un soplo se deslizó por la superficie como el vuelo fugaz de un ave; y las aguas dormidas se rizaron, surcos y hoyos se abrieron en ellas, y en pocos momentos el lago manso y quieto despertó a tumultosa vida. Las olas rodaban, se deslizaban unas sobre otras, se ahuecaban como grandes y estriadas conchas

azules y se quebraban con estrépito bajo la quilla de nuestra lancha. Poco después, el viento calmó, la respiración agitada del lago se quietó y otra vez parecíanos que el barco resbalaba sobre una superficie sólida, casi invisible.

Pudimos conocer, en el curso de aquella excursión, Puerto Sábana, Puerto Manzano, cuyas aguas serenas jamás agita tempestad alguna, la península Beatriz, Puerto Anchorena, en la pintoresca isla Victoria, cerro enorme y salvajemente agrietado, en el que se levantan otros cerros que encierran lagunas hondas y calladas, en comunicación subterránea, quizá, con el gran lago circundante.

LAGO CORRENTOSO.—LAGO GUTIERREZ

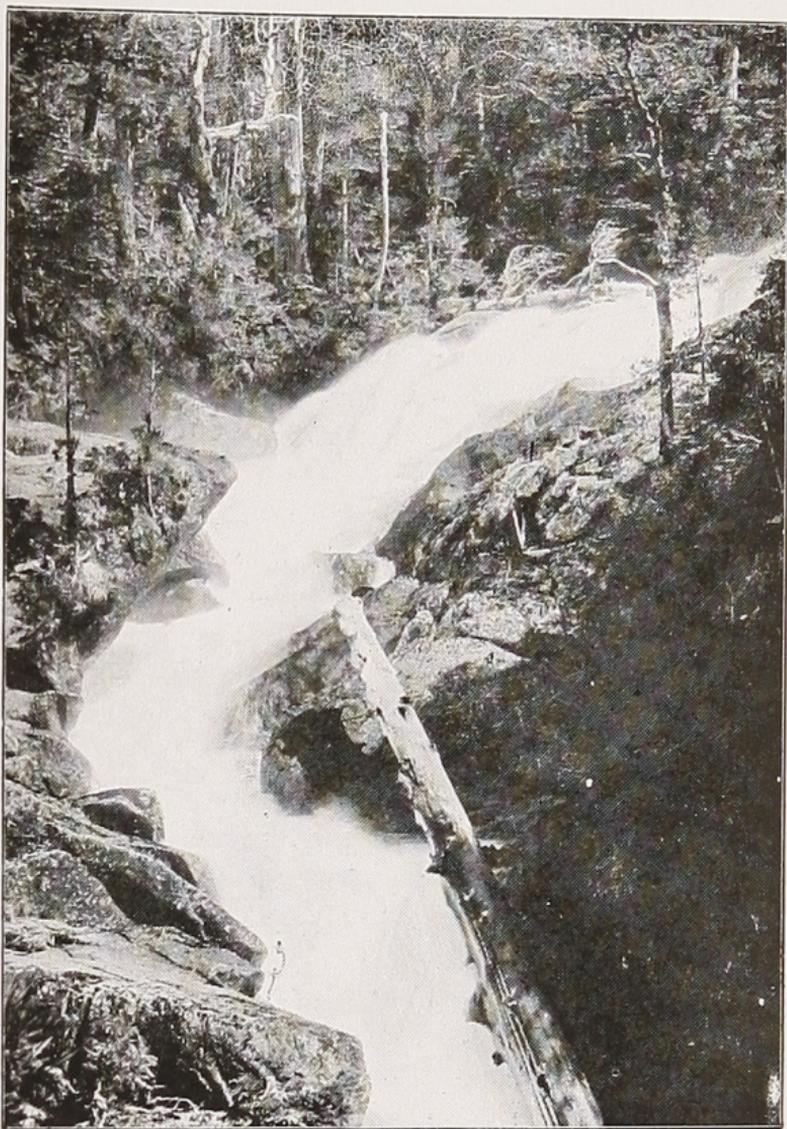
Las sierras que circundan la extensa y profunda cuenca del Nahuel Huapi, están cuajadas de lagos menores, tributarios de aquél: hoyas largas y estrechas por lo general, simas pavorosas que un día en pasadas edades, se abrieron en el macizo de la cordillera y fueron llenadas por deshielos y aguas subterráneas en aterrador tropel. Todas esas cavidades, lagos actualmente, están escalonadas en diversos niveles: su conjunto podría compararse a una sucesión de escalinatas estupendas, cuyas graderías ora suben a las mayores alturas, ora descienden al nivel del mar.

Conocíamos ya dos de esos tributarios, de esos vasallos de un soberano sin igual; el lago Frías y el de los Cántaros, gemelos por su hermosura

sombría y por su posición, pues con sus ríos de desagüe forman los lados de un ángulo obtuso, cuyo vértice está en el extremo del brazo de Puerto Blest.

En el ángulo Norte del Nahuel Huapi se halla en alto nivel el Correntoso. Se sube hasta él por ásperos senderos de bosque, entre árboles monstruosos. Al salir de la espesura nos encontramos de pronto ante un espectáculo fantástico: un bosque de filigrana de plata. Eran las arboledas quemadas, cuya blanca ramazón desnuda dibuja delicados arabescos sobre el fondo azul del firmamento: la muerte misma es bella en la naturaleza. Desde la altura se domina de improviso la superficie azul, chispeante y serena del lago Correntoso, que se extiende hacia el Norte entre altas montañas, en línea casi recta. La mirada llega hasta los nevados lejanos de la orilla opuesta, a través de una pintoresca angostura. En las márgenes de este lago existen numerosas poblaciones indígenas, cuyos moradores se dedican a las faenas del campo y a las tradicionales industrias caseras: mantas, ponchos, matras y alforjas de excelente material y vistosos colores.

Al volver desde el Correntoso a la playa del Nahuel Huapi, pudimos gozar de un espectáculo curioso: nuestra lancha parecía flotar en el aire. Es tan cristalina el agua, que la vista penetra a muchos metros debajo de la superficie, donde predomina un color verde claro. Veíamos así la quilla del barco; y en el fondo, la arena con sus menores



SALTO DEL RIO LOS CÁNTAROS (REP. ARG.)

surcos y piedrecillas, palos y numerosos peces. Más lejos de la orilla, la sombra verde se espesa y llena el abismo. Cuéntanme que a centenares de metros se quebró una sonda en el Nahuel Huapi sin alcanzar el fondo.

Nos quedamos sin visitar numerosas bahías y puertos; el Rincón, el Machete, los dos lagos Moreno y, lo que más lamentamos, el tétrico golfo Tristeza, del que me dicen que es un tajo hondo y sombrío entre imponentes paredones a pique.

Regresamos a Bariloche por la tarde. El sol declinante tocó con su varilla de mago el paisaje y tornó color de rosa lo que había sido azul por la mañana. Una pendiente de montaña, que se despeña como una catarata convertida en piedra, aparecía con una corona de oro y un manto de terciopelo violeta. Llegó la noche, y en sus sombras el gran lago se dilató, misterioso e inmenso como el mar.

En la banda Sur del Nahuel Huapi y a una altura de 33 metros sobre su nivel, se halla otro lago, el Gutierrez, distante de Bariloche algo más de tres leguas. Hacia allí nos dirigimos una mañana, invitadas por el médico de Bariloche, doctor Ver-eertbrugghen, para conocer su establecimiento de campo situado a orillas de aquel lago.

El camino costea en un trecho el Nahuel Huapi, semejante a vasta llanura ligeramente ondulada de esmalte azul, encerrada en un bellissimo semi-círculo de montañas que ostentan los colores argentinos, claros y puros. Un sendero de bosque,

donde alternan robles, coihues y manzanos silvestres con el gracioso maitén, nos recibe después en su sombra verde acuchillada de oro. A trechos, se percibe la fragancia resinosa que los cipreses exhalan al calor del sol. Pasada la zona arbolada, la huella serpentea por campos llanos y abiertos, ya entre pastizales y frutillares, ya por arenales o pedriscales sembrados de matas y arbustos espinosos, entre los cuales el retamo tiende al viento su desgredada cabellera verde-gris. Limitan el horizonte altas y desnudas serranías pardas y amarillentas, en cuyos riscos, suavizados por la lejanía, las sombras fugaces de las nubes desfilan cual procesiones de fantasmas envueltos en mantos negros, azules o amatista. Es un típico paisaje andino, otra vez visto en San Juan y en Mendoza, más familiar y querido para nosotras en su solemnidad severa e inmutable, en su aridez desierta y luminosa, que la lujuriente hermosura de los bosques llenos de penumbra y misterio cuyo telón inmenso se despliega entre Chile y la Argentina.

El galope de los caballos nos llevaba hacia las montañas, kilómetro tras kilómetro, sin acercarnos en apariencia a ellas, ni se abría ante nuestra vista ningún paso, ninguna quebrada en el círculo de piedra dentro del cual nos movíamos desde hacía horas, ni distinguíamos traza alguna del lago que ansiábamos conocer.

Lo divisamos de pronto desde una altura, plácidamente explayado bajo el sol. ¡Habíamos visto ya tantos lagos! Y, sin embargo, la primera

vislumbre del Gutiérrez nos causó la misma impresión de novedad que el lago Lacar, primero en que se posaron nuestros ojos. Las grandes extensiones de agua circundadas de montañas o defendidas por selvas y bosques, ejercen siempre esa fascinación.

En una bahía cortada en el extremo Norte del lago, próxima a su desagüe, en medio de regios bosques, hállase situada la propiedad de nuestro anfitrión, caballero belga de nacimiento, conocedor de las regiones más bellas del mundo y que se ha establecido en aquel punto (citamos sus propias palabras) por la hermosura del ambiente y la libertad de que se goza en nuestro país. Su hogar es otro de esos pequeños centros de cultura con los que el sorprendido viajero suele tropezar en las soledades cordilleranas.

Invitadas por la familia de este facultativo nos embarcamos en una lanchita a nafta de su propiedad, y navegamos el lago.

Fué descubierto por el doctor Moreno en enero de 1880 y bautizado por él en memoria del «nunca olvidado rector de la Universidad de Buenos Aires, filósofo, literato, poeta, sabio», don Juan María Gutiérrez.

La dirección general de la cuenca es de Sur a Norte. Presenta paisajes infinitamente variados; playas alegres y asoleadas; glorietas enarcadas sobre arroyuelos y de las que penden las flores como caireles; despeñaderos salvajes, bosques ya frescos y tupidos, ya destruídos por el fuego, donde



LAGUNA LOS CÁNTAROS (REP. ARG.)

los troncos muertos parecen columnas de mármol blanco veteado de negro. En la costa Oeste se remonta hasta una altura de 2.410 metros un colosal amontonamiento de peñascos, cuya proximidad abruma y aterra: es el cerro Catedral. La mirada se desliza temerosa por sus oscuros y téticos precipicios, busca como compensación consoladora las cornisas voladizas que saltan de los lienzos de muralla grises o negros y queda presa por fin, extática, deslumbrada, en la inextricable multitud de pináculos, chapiteles, saetillas, agujas y maravillosas molduras celestes y alabastrinas, que coronan su soberana arquitectura.

Enfrente, otro macizo refleja su mole gris en el espejo azul del lago; el cerro de La Ventana, que muestra en los arquiteles de su domo un vano formado por un enorme peñasco en figura de gorro puntiagudo. Es tan grande esa «ventana», que días después la distinguíamos como un punto brillante desde el camino de automóviles, más allá de Bariloche.

Un bosque espeso viste la base occidental y trepa por los estribos del Catedral. En la margen opuesta, las sierras levántanse peladas y ostentan aquí y allá grandes manchas rosadas, metálicas, como las montañas frente a Tilcara, en la quebrada de Humahuaca.

La hoya de este lago muéstrase más estrecha a medida que nos internamos hacia la abrupta serranía. No tiene comunicación con el lago Mascardi, situado hacia el Sudoeste y separado del

Gutiérrez por una llanura de grava. Por las márgenes de ambos y del lago Guillermo, más al Sur todavía, va el camino al Bolsón, hondo valle resguardado de los vientos, con un clima mucho más templado del que se sospecharía, dada su posición geográfica. El suelo de ese valle es feraz y produce cereales, legumbres y frutas en abundancia; viajeros que han podido admirarlo y que lo recordaban en sus conversaciones con nosotros, lo llaman el vergel de la cordillera. Más adelante, cuando las comunicaciones sean fáciles y existan comodidades para los viajeros por estas admirables regiones, el Bolsón será, según todas las afirmaciones, uno de los sitios más visitados. Por el momento, hay en el camino pasos tales que los hombres suelen apearse de sus caballerías para cruzarlos a pie, porque una piedra que resbala o un repentino golpe de viento puede precipitar al abismo a ginete y montura. El viaje a caballo desde este punto a Bariloche dura dos días. Asimismo, un paisano a quien interrogamos acerca de su procedencia, nos contestó que era del Bolsón, «cerca de Bariloche». Esto da una idea de lo que llaman «cerca» en una región donde el ferrocarril aún no ha afinado las nociones de rapidez. Es muy común oír decir que tal punto queda «cerquita no más», a tres, cuatro o cinco leguas de distancia. A veces agregan que «cortando» se va más rápido. Es preciso ver lo que llaman cortar y los caminos que se consideran practicables. Nos dijeron, por ejemplo, que hay un camino a Chile que costea

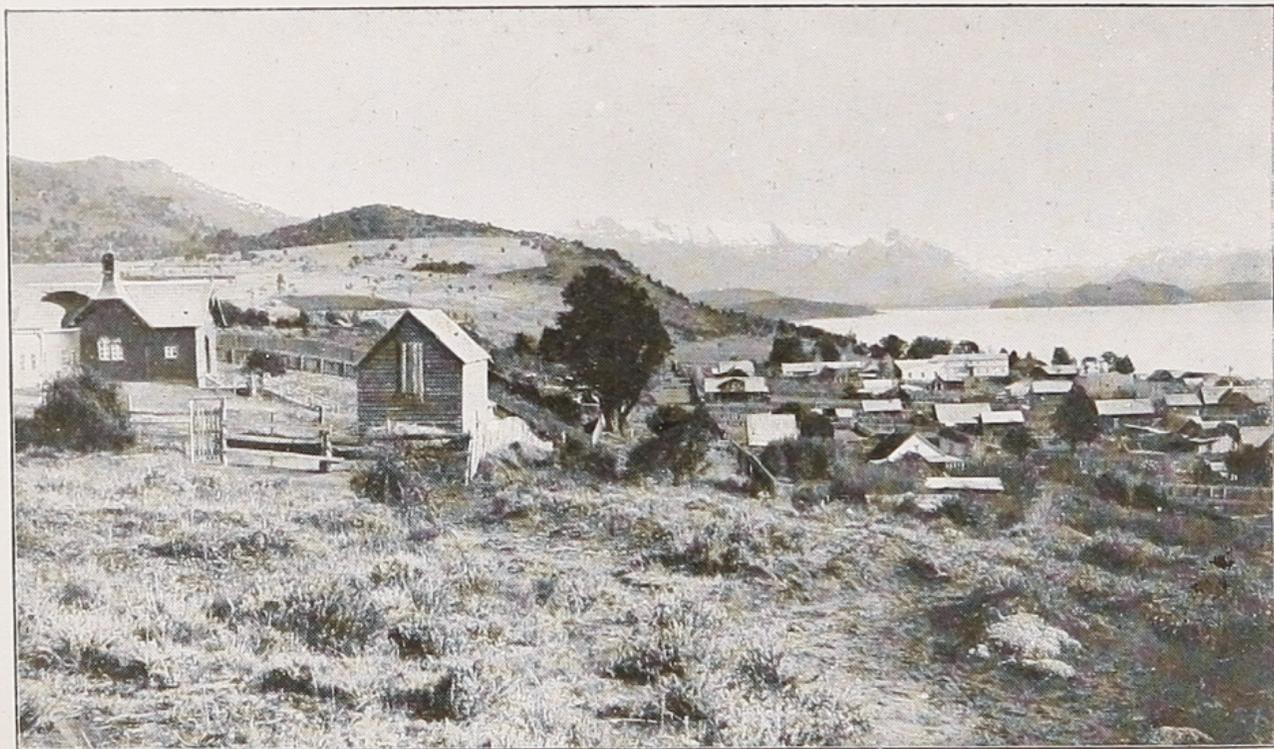
la margen Norte del Nahuel Huapi. Preguntamos si era una picada abierta y la única contestación fué esta:—«Donde hay caballo, hay camino».

Teniendo en cuenta que un caballo serrano y habituado a los bosques, puede realmente trepar, deslizarse o saltar por los sitios más imposibles, colija el lector lo que en la cordillera se considera, aún hoy, un camino regular.

No alcanzó el tiempo para recorrer los diez kilómetros hasta el extremo Sur del lago Gutiérrez, cuyo caudal sereno veíamos esfumarse a la distancia. Al poner la lancha proa hacia el Norte, divisamos por un abra un cordón lejano de montañas, como sombras azules, y sobre ese fondo tres formas curiosas, tres picos ligeramente inclinados que semejaban seres humanos de proporciones gigantescas, cubiertos de negros mantos y doblegados bajo el peso de hondas meditaciones o de terribles remordimientos.

Abandonamos con pesar este hermoso lago, que puede rivalizar con cualquiera otro por la grandiosidad de sus panoramas.

Posee, además, un tesoro que será un atractivo en el porvenir: legiones innumerables de salmones, truchas criollas y truchas salmonadas. Hemos visto pescar, en menos de cinco minutos, una trucha salmonada de casi medio metro de largo y muchos kilos de peso. Es esta una fuente de riqueza que algún día será racionalmente explotada, y podrán entonces participar de ella los habitantes de lejanas regiones argentinas.



SAN CARLOS DE BARILOCHE (REP. ARG.)

VALLE DEL LIMAY

Por el excelente camino de automóviles que costea la margen Sur del Nahuel Huapi nos dirigimos una mañana en demanda de una estancia en el valle del Limay, en territorio del Neuquén.

Atravesamos campos llanos cubiertos de neneo, planta espinosa que crece en grandes matas circulares lisamente redondeadas y cubiertas de un curioso dibujo regular, como pequeños cuadrados en cuyo centro están clavadas las púas. Esta mata verde gris, de florecitas amarillo pálido, cubre leguas y leguas de cuestras y valles. El ganado come con avidez las flores; pero éstas comunican a la carne un gusto desagradable, por lo cual es necesario usar de algunas precauciones al carnear animales que hayan pastado en campos de neneo.

Singular profusión de flores alegra el paisaje; en su mayor parte una especie de margarita muy grande, blanca, rosada o de un anaranjado vivo, que brilla entre el pasto como pequeñas llamaradas. De trecho en trecho del camino encontramos montecillos de maitenes o cipreses; pedregales y lechos de arroyos cuya madre es un apretado y perfecto alicatado de extraños dibujos y colores vistosos.

Más allá del río Ñirehuau nuestro coche abandona el camino de automóviles y se dirige hacia el Norte, para llegar poco después a las nacientes del Limay.

No sé porqué este río tuvo para mí siempre una fascinación especial. Quizá fuera por la enorme distancia que lo separa de Buenos Aires y que se me antojaba insalvable; tal vez por el eco siniestro de sus crecientes que, de cuando encuando, llegaba hasta los hogares tranquilos y seguros de la capital. De todos modos, para mí el Limay era un misterio. Lo distinguimos al pie de su elevada y abrupta barranca pedregosa, y desde entonces dejó de ser una expresión geográfica para convertirse en realidad a nuestra vista.

Es ciertamente un río bello y terrible. A pocos pasos de su cuna en Nahuel Huapi, se desliza ancho y profundo como no son muchos ríos en su desembocadura: de corriente vertiginosa, sin olas, apenas interrumpida por la espiral espumosa de algún remolino o la línea blanca de un rápido; liso, oscuro y compacto como si fuese un camino rodante, como si todo su inmenso caudal fuese una sola masa sólida que resbalara por un plano inclinado. Corre hacia la llanura, alegre y joven como el mancebo de la «Luna Nueva» de Rabindranath Tagore, el poeta hindú: «El río alegre rompe todos los diques y se va cantando. La montaña se queda, y lo recuerda y lo sigue con amor».

En una balsa pasamos a la otra banda; la maroma se estira con cimbreo inquietante y la correntada hierve furiosa alrededor del pesado obstáculo que la va cortando tercamente. Junto a la orilla vimos bañar un caballo; no tocaba fondo, y en el agua transparente y verde pudimos observar los

movimientos de natación de sus patas, a las que la fantasía agregaba fácilmente aletas, como a los corceles de Neptuno.

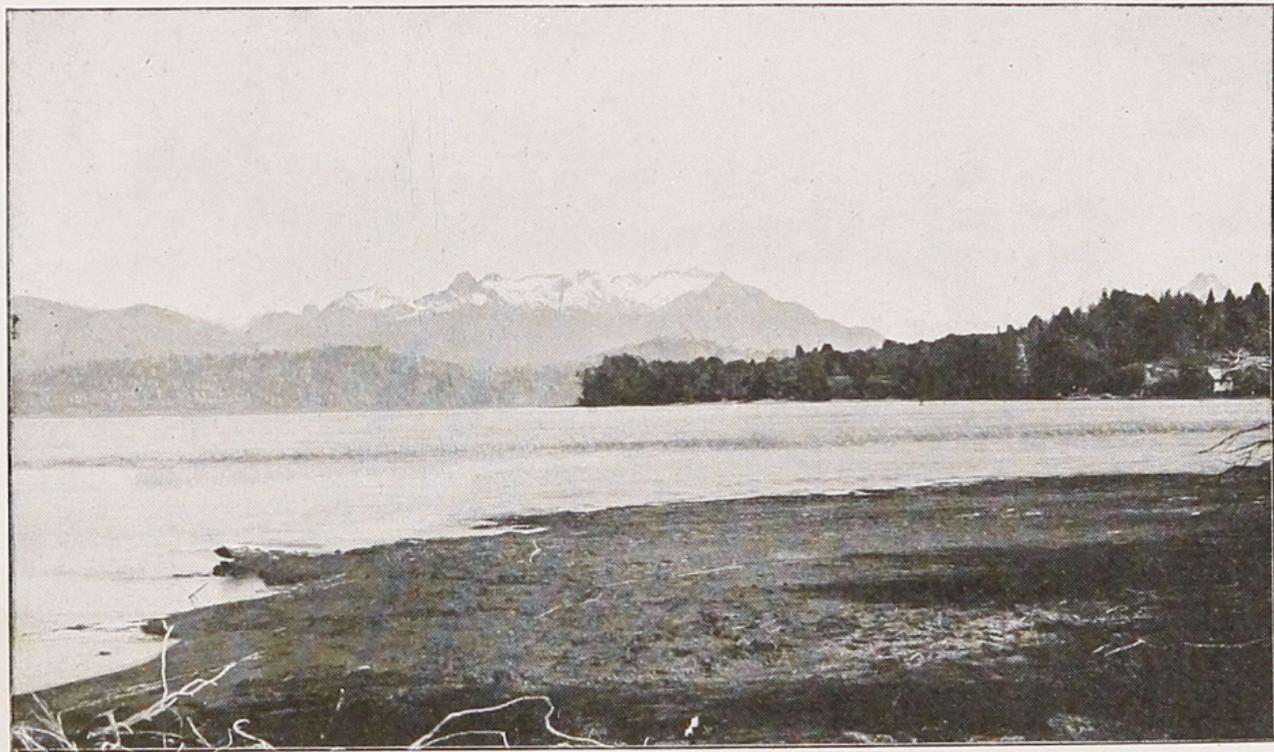
En la margen izquierda se halla el pequeño poblado de Nahuel Huapi. Allí nos esperaba Mr. Neil, el amable dueño de la estancia.

Nos pusimos en marcha. Dejamos el río atrás para encontrarlo de nuevo más abajo, en nuestro camino, y nos internamos por extrañas serranías.

Hasta ahora habíamos conocido en diversas regiones de la Cordillera, distintos tipos de montañas: conos, pirámides, cúpulas, sierras dentadas. Nunca, sin embargo, habíamos visto los cerros basálticos que velan en el valle del Limay y que la visión convierte en castillos, en atalayas, en miradores y templetos, esfinges y troncos de árboles, dedos gigantescos que se alzan amenazadores, en columnatas y portentosas figuras de monjes y penitentes de pasmosa semblanza humana.

Todas las fantásticas formaciones en estas mesetas son obra de los hielos, que en épocas remotas cubrían las montañas y llegaban hasta el nivel del agua.

Por el fondo fértil del valle, desde el cual se ve el volcánico cerro Carmen, el río se retuerce en violentas y caprichosas vueltas, como inmensa y brillante tarasca de escamas verdes, azules y plateadas. Puéblanlo millares de pequeñas aves acuáticas, especie de patitos de cuerpo gris, cabeza negra y pico amarillo, graciosas y vivaces.



PUERTO SÁBANA CON LOS CERROS LOPEZ Y TRONADOR, LAGO NAHUEL HUAPI (REP. ARG.)

El plácido llano se encoge de pronto, las playas bajas desaparecen y dos grupos gemelos de roca forman un portal sombrío por el que se precipita el río en una curva brusca, hirviendo alrededor de bajos y embosquecidos islotes. El lugar se llama el Rincón Grande y es el escogido para un futuro embalse del Limay, que permitirá regular el caudal y aprovechar su incalculable fuerza hidráulica. Allí se encuentra la casa de nuestro anfitrión. Más abajo, el río continúa por un desfiladero o cañón que parece una suntuosa ciudad de gigantes, con palacios y castillos, circos y plazas que un conjuro hubiera convertido en piedra gris, mientras sus habitantes, sorprendidos por la misma maldición en medio de sus actividades, esperan inmóviles en sus terrazas o escalinatas, el momento en que haya de destruirse el hechizo.

Es por demás extraño e impresionante ese paisaje que remeda episodios de vida humana petrificada: tenemos, en presencia de las mudas imágenes de roca, la sensación inquietante y vaga de que pudieran de pronto despertar de su mágico letargo, hablarnos en lenguas ignotas y arrebatarnos a sus castillos cortados en la roca viva, alrededor de cuyas almenas flotan las nubes y se ciernen las águilas.

Desde el borde superior de una meseta que cae sobre el río, nuestra mirada se precipita de pronto hasta el fondo de un grandioso anfiteatro, alrededor de cuyas combas, rojas estrías paralelas y pequeñas matas verdes brotadas con maravillo-

sa regularidad, semejan hileras sobre hileras de espectadores sentados en sus bancos que miran hacia la arena. Es esta una curva del río mismo; en el centro, un grupo de pintorescas islas forman plazuelas, y los retorcidos troncos y ramas de los árboles bien pudieran ser los cuerpos de luchadores en extrañas y atormentadas posturas. Llaman a este sitio el Anfiteatro, y hay varios a lo largo del Limay.

Internándonos en la sierra, penetramos en una quebrada llena de vegetación variada y alegre, y seguimos un estrecho sendero suspendido, como una cornisa, a media altura entre dos precipicios, donde se camina, según la disposición personal de cada uno, en dos o más pies.

Al extremo de este «camino» (es preciso dar un nombre, siquiera figurado, a cada cosa) encontramos la «Casa de Piedra», caverna de roca viva cuya bóveda perfecta fórmala un solo peñasco monstruo. De piedra son también las paredes, piedra el piso. Frente a la entrada cae desde el techo o sea la cumbre del peñasco, un gracioso chorro de agua que el viento dispersa en fina lluvia chispeante sobre los manzanos silvestres que crecen en torno.

Después de un día agradable pasado en la estancia de Mr. Neil, regresamos a Bariloche, para preparar la partida al Neuquén. Esperábamos un viaje de dos días en automóvil.

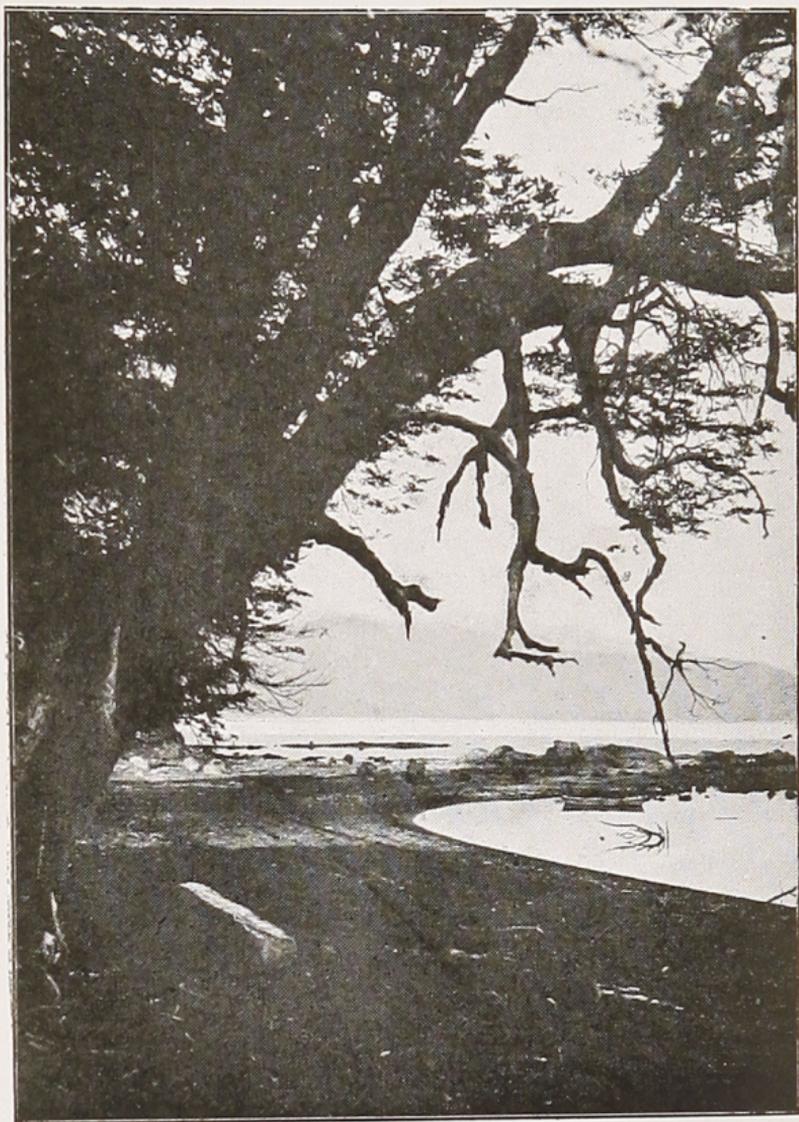
IX

DE BARILOCHE A NEUQUEN

Llegó una mañana de impresiones a la vez melancólicas y gratas: melancólicas, porque era preciso decir adiós a la región de incomparable encanto donde durante varias semanas nos habíamos saturado de belleza; y gratas, porque frente a la puerta del hotel nos saludaba con sus alegres crepitaciones y chasquidos, nuestro amigo el automóvil, dispuesto a conducirnos de nuevo a través de centenares de kilómetros de tierra patria, en dirección a nuestro hogar.

Comprobamos que era el número 3, el mismo coche en que hiciéramos el viaje de Zapala a San Martín, y ese solo detalle nos dió la sensación de dominio y de seguridad indispensables para eliminar cualquier sobresalto.

Ocupamos, por tácito convenio, los mismos asientos que entonces habíamos ocupado, y nos acomodamos en ellos como quien se instala en casa en su rincón favorito. Esta vez debíamos pasar bajo la capota gris del automóvil dos días enteros y recorrer 485 kilómetros. ¡Las distancias en la patria argentina!



PLAYA DE LA PENÍNSULA BEATRIZ, LAGO NAHUEL
HUAPI (REP. ARG.)

A pesar de la hora temprana, al sentir el estrépito de la máquina muchas figuras amigas aparecieron en el breve camino a través de las calles del pueblo de Bariloche, para enviarnos un último saludo. Habíamos prometido que no sería definitiva nuestra despedida, pues en las casitas de madera de aquel futuro emporio de riqueza, pasamos horas amables y aparte de ello, bebimos en los lagos el filtro del recuerdo imborrable.

Por última vez abarcamos el panorama deslumbrador del Nahuel Huapi: las aguas azules donde parecen retozar blancos cuerpos de náyades y sirenas; las islas, cual manada de saurios prediluvianos surgidos del fondo del lago para asolear sus monstruosos cuerpos; la cordillera, que traza alrededor del lago sus líneas de suprema armonía y cuya nieve el sol tiñe de rosa en la hora de nuestra despedida. Sí, ciertamente, recordaremos siempre los hechizos de estas regiones; pero entretanto... ¿qué habrá allá hacia donde vamos? ¿Allá, donde el camino sube y cae y vuelve a aparecer cual si estuviese trazado en la faz del mar?

La fiebre de la marcha arde otra vez, y con júbilo aspiramos el viento fresco que levanta el automóvil en su camino. Sentimos, vibrando también, las vibraciones del poderoso motor, cuando arranca cuesta arriba con un bordoneo grave como un rezongo que luego se define en una nota clara, larga y sostenida. Cruzamos el río Ñ.rehuau y dejamos el Limay a la izquierda. Poco después

entramos otra vez en las sierras pardas o bayas, donde los insignes escultores de la naturaleza, aguas, vientos e hielos, han labrado fantasmagorías: fortalezas almenadas con baluartes y torreonos, obeliscos, árboles y animales heráldicos, bóvedas y extrañas figuras humanas que aguaitan como centinelas a la vera del camino. Una de las tobas más curiosas es la piedra conocida con el nombre de «San Antonio»: es preciso estar junto a ella, para convencerse de que se trata de un juego de la naturaleza y no de una estatua.

Más adelante encontramos un inmenso bloque en forma de herradura, de techo plano; un portal abovedado da entrada a una negra caverna, delante de la cual un corral de espinas y piedras indica que allí se han instalado algunos habitantes. Dejamos atrás la sierra y nos hundimos en valles húmedos, en juncales donde la huella no se distinga sino como una doble línea delgada de brillo plateado cuando el viento mueve los tallos finos de los juncos. Salimos de esos mallines y cruzamos campos de pastoreo de grandes estancias pobladas de ganados, o vastas extensiones cubiertas de neneo y una planta olorosa de flores de un amarillo vivo. Treparamos un cerro rojo y empinado, alrededor del cual el camino se arrolla como las espirales de un lazo, y nos hallamos en otra altiplanicie erizada de nuevas sierras, de nuevos y singulares amontonamientos de rocas desgastadas. En un recodo nos encontramos de repente en la boca de una quebrada salvaje, cuyos costados forman por un lado un muro liso

y vertical de centenares de metros de altura y cubierto, como el frente de un templo hindú, de raras y extravagantes figuras; y por el otro, tabiques paralelos y oblicuamente dispuestos, cual los bastidores de un teatro, de un conglomerado tan áspero y arrugado, que parece lava. En el fondo y a la distancia, uno tras otro, levántanse altos cerros aislados, cada uno coronado de un castillo en ruinas, como si fueran aquellas las orillas del Rhin: tenues líneas celestes y lila siguen fielmente sus dentados contornos, que la luz brillante de un día maravillosamente claro destaca con admirable plasticidad. De todos los variados y grandiosos paisajes del Río Negro occidental, ninguno se grabó con tal nitidez en mi memoria, como ese desfiladero solitario, lleno de sol y de silencio, que parecía el patio de un gigantesco palacio destruído, del cual no quedarán en pie sino las esculpidas murallas.

PILCANIYEN—CUMALLO—LAGUNA BLANCA—MENCUE

A mediodía llegamos al pueblo de Pilcaniyen, empalme de las líneas de automóviles entre Neuquén, Bariloche, 16 de Octubre y Chubut. Está asentado en el fondo de un valle rodeado de téticas sierras rojas, erizadas de matas de pasto duro y dispuestas en anfiteatro; a trechos nos recuerdan las desoladas montañas que limitan los páramos de Jujuy y Bolivia. Ya no vemos aquí las graciosas construcciones de madera de la frontera



PAISAJE EN PUERTO ANCHORENA,
ISLA VICTORIA (REP. ARG.)

chilena. Todos los edificios son de adobe enlucido; y no hay nada más triste que el blanco crudo de la cal contra ese cielo de desierto, azul y duro como una cúpula de cobalto.

Pilcaniyen, a pesar de esa nota de tristeza, es un centro comercial y ganadero de importancia. Se halla en el radio de la compañía de Tierras del Sur Limitada, poderosa sociedad inglesa, dueña de leguas y leguas de campo aquí donde los pobladores indígenas no poseen ni un metro de tierra. El tráfico de pasajeros que van y vienen en los automóviles, constituye otro elemento de vida.

Mientras almorzábamos, llegó el coche del Chubut con numerosos viajeros. Los que seguían para Bariloche o 16 de Octubre debían esperar en Pilcaniyen la combinación; los que se dirigían a Neuquén partieron una hora después en el mismo coche en que habían llegado.

Dos fueron pues, los automóviles que se pusieron en marcha a las 2,30 de la tarde, ambos totalmente ocupados, lo que da la idea de la importancia que reviste este servicio de comunicaciones recientemente inaugurado.

Durante toda aquella tarde atravesamos serrijones, mesetas y quebradas. Hallábamos un extraño encanto en los pequeños valles desiertos, encajonados y calientes, entre cerros rojos que parecen amontonamientos artificiales de piedras sueltas, de todo tamaño y forma, dispuestas de manera absolutamente distinta de sierra en sierra y que chispeaban al sol como trozos de vidrio.

Salíamos de uno de esos laberintos y cruzábamos médanos y mallines. Aquí y allá veíamos casas de comercio; algún rancho miserable; construcciones de adobe con muros sin vanos, como fortalezas: un alfalfar color esmeralda en el marco gris del arenal y sobre el que revoloteaban millares de gorriones. Antes de llegar a Cumallo atravesó la máquina un vasto juncal completamente liso donde se lanzó a toda velocidad por la huella recta, sintiendo al parecer, como nosotros, el acicate del vértigo. Cruzamos varias veces un río de curso tortuoso, de barrancas altas, escarpadas y arenosas. Sobre el caudal del río hállase en construcción un puente. Nosotros en la capital, poco nos cuidamos de semejantes cosas: el lector de diarios que tropiece con la noticia de la inauguración de un puente sobre el río Cumallo, buscará quizá un instante en su memoria ese nombre geográfico, y si no da con él, pasará con indiferencia al próximo artículo. ¡Un puente cualquiera sobre un arroyo cualquiera en la inmensidad del territorio argentino! Poco sabe el lector de lo que significa semejante obra para el poblador de la remota región: paso seguro en toda época del año por un curso de agua molesto siempre, infranqueable a menudo; ahorro de tiempo y de dinero, eliminación de inconvenientes y peligros; un progreso de imponderable valor para arrancar de su aislamiento a núcleos de población esparcidos por nuestro suelo.

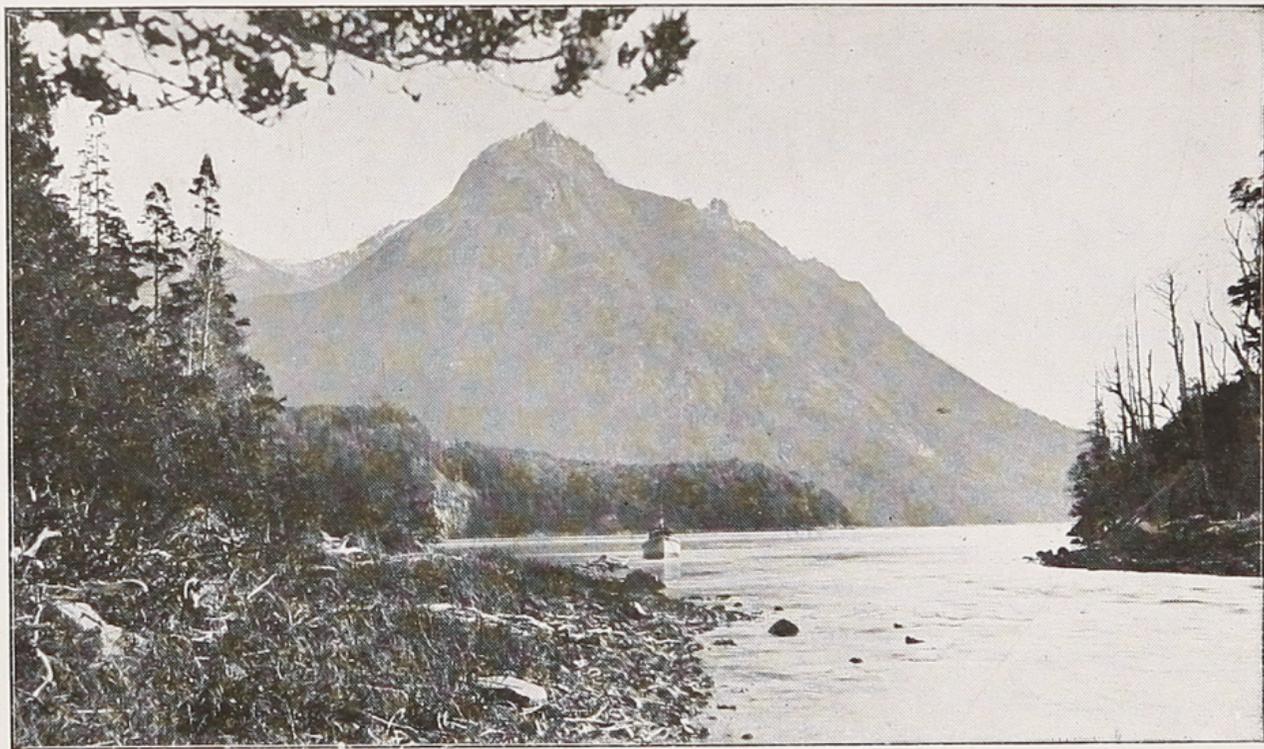
Después de Cumallo, el paisaje se presenta más árido. La altiplanicie aparece blanca de sali-

tre, o amarilla de arena, o roja de óxido de hierro: a veces, a la distancia, es verde como espolvorizada con cardenillo o acetato de cobre, que al acercarnos trueca su verde en gris. Después vienen más mesetas, en las que se alzan grandes bloques erráticos. Pasamos una laguna cuyos bordes están sembrados de piedras blancas que de lejos semejan cisnes.

Llegamos al poblado de Laguna Blanca, donde en grupos interesantes vimos perfiles caucásicos y bronceados rostros indígenas. Hay en esas regiones mucho elemento que no se considera argentino a pesar de serlo de nacimiento, por ejemplo «chilenos» que jamás han estado en Chile y que se declaran tales porque lo son sus padres. Hay trabajo allí para los evangelizadores de la escuela y de la nacionalidad y es preciso no perder estérilmente el tiempo.

Atardecía. El día había sido de un raro esplendor; una sola vez apareció en el cielo una nubecilla blanca como una vela en el mar y se desvaneció en los abismos azules. Sobre las lomas al Oeste el horizonte tomó el color dorado de las brasas, y el firmamento entero se convirtió en un solo inmenso arco-iris de brillo vivaz al principio, el que palideciendo poco a poco se fundió en la líquida claridad de la luna llena.

Nuestro destino aquella noche, era Mencué, punto del cual nos separaban al decir del «chauffeur», «unas cuantas leguas». Sabíamos ya por experiencia, que «unas cuantas» podía significar lo



CERRO CATEDRAL DESDE EL DESAGÜE DEL LAGO MORENO (REP. ARG.)

mismo cinco que diez; en este caso, se acercaba más a diez que a cinco.

Nuestro conductor no encendió los faroles, declarando que su luz, al mezclarse con la de la luna, resultaba demasiado engañosa. En cambio, el auto que nos seguía había encendido los suyos y corría detrás de nosotros como una fiera jadeante de ojos de fuego. Alrededor de nuestro coche revoloteaba el atajacamino, esa extraña ave nocturna que vuela bajo y en amplios giros delante del que camina por los campos al anochecer, como para cerrarle el paso. Divisábamos el paisaje como a través de aguas azuladas. Ya nos parecía correr por la superficie plateada de un río, o por blancos puentes aéreos suspendidos sobre pavorosos abismos; grupos de rocas erráticas emergían de pronto desde el fondo de la noche, cual monstruos que se abalanzaran sobre nosotros y se hundieran otra vez en las sombras; una casa larga, baja y solitaria tan blanca bajo la luz de la luna como si estuviese nevada, brilló un instante y quedó atrás; y seguimos por cuestas y curvas, acariciadas por la brisa inefablemente pura de la noche serrana, hasta que vimos brillar en el tenue crepúsculo lunar que llenaba el fondo del valle las luces de Mengué.

Descendimos, cansadas, aunque no rendidas, por esa jornada sin tropiezos, llena de impresiones nuevas e interesantes y hecha más agradable todavía por la presencia de gentiles compañeros.

Lo primero que vimos en el comedor de la casa de hospedaje fué una especie de oso negro, provisto de un bozal y echado en el suelo. Le insinuamos una caricia y descubrió, a pesar del bozal, un formidable colmillo reluciente y afilado. Después de eso, nos pareció inútil toda manifestación de nuestro afecto.

Las comodidades que hallamos en esa última noche de viaje fueron idénticas a las que habíamos encontrado en la primera, camino de Junín de los Andes: modestísimas, pero no despreciables. Las estábamos comentando en la mesa, cuando apareció el perrazo negro, esta vez sin bozal, y comenzó a rondar en torno de nosotros. El joven que servía, al ver nuestro sobresalto, observó en tono tranquilizador:

—No hace nada, es muy cariñoso.

—Pero, ¿y el bozal?

—¡Oh, el bozal!... Se le pone porque a veces «sabe» irse sobre los paisanos de poncho. Pero es muy cariñoso.

Recordando las manifestaciones de «cariño» de la fiera negra, optamos por obrar según el consejo del proverbio alemán, «a can malo doble ración»: colmamos un plato y dimos de comer al perrazo para propiciarnos su mansedumbre.

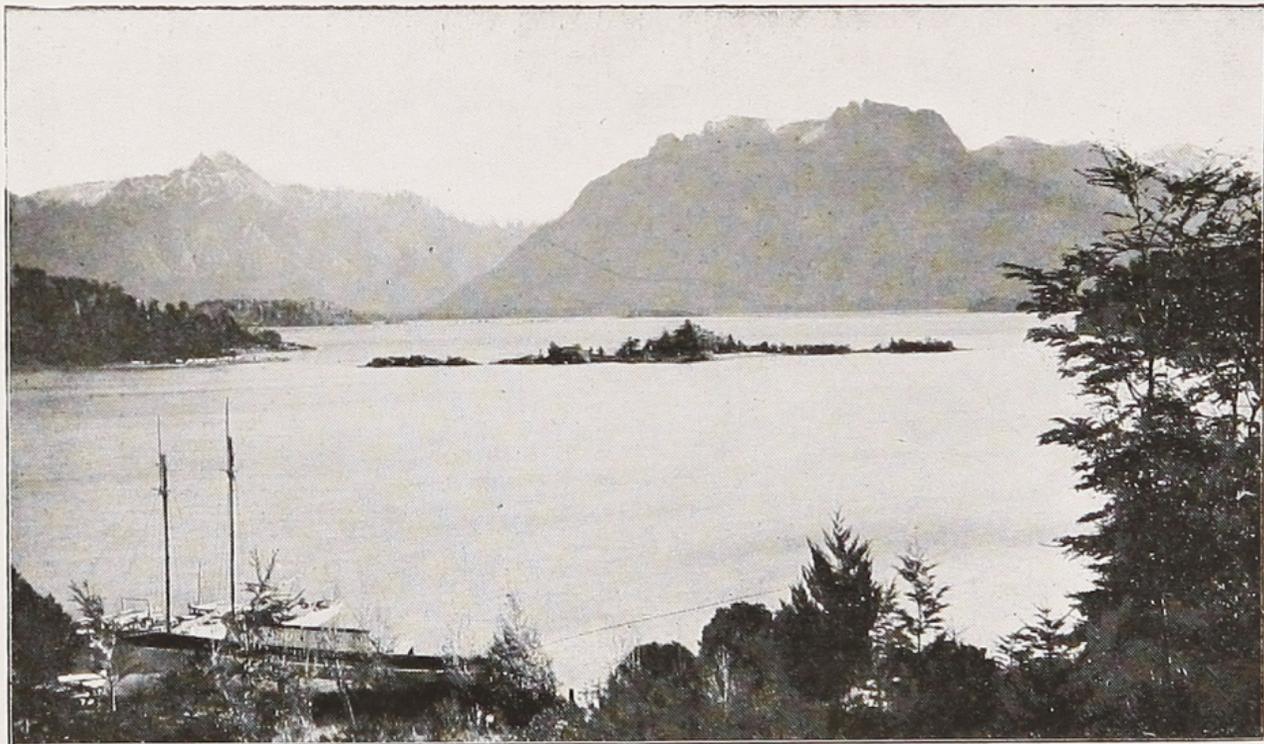
LA TRAVESIA

Continuamos viaje a las siete y media de la mañana, dispuestos a rodar durante una semana en automóvil, si fuera necesario.

El paisaje se tornaba cada vez más árido y melancólico; se sentía la proximidad de la travesía. Sin embargo, hay bastante población: casas de comercio, propiedad de turcos, italianos y españoles; ranchos o casuchas grises, plantados en medio del erial como bloques erráticos, sin motivo aparente para no hallarse cien metros más arriba o doscientos más abajo, con un corralito, un pozo y unas cuantas estacas clavadas en el suelo, abrumadores en su melancolía y desnudez, que ni una ramita, ni una enredadera, ni hortaliza, ni florecilla alegre con su frescura. ¡Cuán lejos estamos de los lagos!

Tuvimos aquella mañana oportunidad de probar agua mineral en una fuente que brota a pocos pasos del camino, conocida por la Aguada Goodman o Gutmann o Guzmán, sin que pueda decir cuál de los tres nombres es correcto, si alguno lo es. El manantial forma varios depósitos circulares en un lecho de roca; es fría y cristalina y su sabor muy parecido al del agua Apollinaris. Me dijeron que una firma de Buenos Aires había traído muestras a la capital.

Hacia mediodía divisamos un cerro extraño, largo tiempo esperado con curiosidad. Llámalo



CERROS CATEDRAL Y MILLAQUEO DESDE PUERTO ANCHORENA, ISLA VICTORIA (REP. ARG.)

cerro de la Policía, pues allí, según cuentan, en años anteriores una partida de policía, parapetada, se defendió contra toda una horda de indios y acabó por exterminarla. Da la ilusión perfecta de una pirámide egipcia, con aristas y escalones de color rojizo, como todas las sierras de Río Negro. Es el anunciador de la travesía para los que vienen de la cordillera, y de regiones más benignas para los que llegan de Neuquén.

Las ruedas se entierran en arenales pesados y profundos; el automóvil rezonga y se sacude y salta, como fastidiado, lo que arranca a un compañero de viaje la exclamación espontánea: «¡Matungo bellaco!»

Despertaron las carcajadas. ¡Ah, espíritu criollo, que en nuestra época de vapor y nafta, de electricidad y motores, no puedes olvidar al caballo, antiguo amigo y tesoro del argentino!

Habíamos llevado provisiones por consejo de antiguos expertos del camino, y nos detuvimos para almorzar a la sombra de algunos álamos y tamariscos, que vivían merced a algún manantial rodeando una casa de comercio. Un pequeño alfalar, algunas legumbres, luchaban contra la arena y morían ahogados, a pocos metros de la casa.

Después nos internamos en la travesía, en la «región que se atraviesa» sin detenerse, porque falta en ella el elixir de la vida, el agua.

El paisaje es de una aridez espantosa. Una planicie lisa como una mesa que atravesamos, está cubierta de salitre blanco y brillante. Pronto

nos vimos en pleno desierto: en los bordes de las lagunas turbias y amargas chispea la sal. Nada brota que no sea espina, jarilla o neneo, y aún éste es más escaso. La tierra es ya amarilla, ya colorada; en los bajos la reciente lluvia ha dejado barro, el que, seco, se arrolla como virutas de cedro; parece que la tierra se estuviera descascarando. Entre los matorrales blanquean por centenares los huesos de animales caídos, algunos ya deshechos, otros enteros; cráneos de caballos muestran sus dientes amarillos en risa horrible, y calaveras de bueyes nos miran con la cuenca vacía de sus ojos. Y, sin embargo, en medio de la muerte palpita la vida: perdices, zorros, zorrinos, brillantes lagartijas y pájaros pueblan el desierto. ¿Dónde encuentran agua? Sólo ellos lo saben. Allí están; los vemos correr y deslizarse entre los montículos de arena, y pensamos, absortos, cuán distinta es la travesía contemplada desde el tren y observada de cerca. Revela mil encantos íntimos, detalles de color, efectos de luz, bellezas jamás sospechadas. Siempre me habían fascinado los paisajes de desierto; esta vez, llegué a amarlos. ¡Horas de extraño deleite, de vida intensa y vibrante, mientras volábamos veloces por la travesía de Río Negro saturada de sol, suavemente acariciadas por el viento, admirando nuevas maravillas a cada giro de rueda, mientras el automóvil cantaba la canción del camino!

Otra sorpresa nos aguardaba. Más allá del punto llamado Rentería, el camino roza el borde superior de una elevada meseta sembrada de cuarzos de

color: en semicírculo cae ésta sobre la llanura; y este semicírculo es la más fantástica sucesión de saltos o cascadas de tierra dura, roja y blanca, estriadas con perfecta simetría y salpicadas de manchas verdes que son matas de pasto. Llamamos a ese capricho de la naturaleza el Anfiteatro de Rentería. Desde lejos parece una ciudad de cuento oriental, tallada en la roca y ennoblecida con torres y palacios; los viajeros describen así las rojas y desiertas montañas de Egipto.

Seguimos subiendo y bajando por las mesetas interminables, algunas bastante elevadas y muchas de ellas teñidas con la misma regularidad singular que el Anfiteatro, de rojo y blanco. Desde la altura de una de estas «bardas», como se llama a estas mesetas, divisamos de pronto el Limay. Después de internarnos en un último laberinto de desfiladeros, atravesar un terraplén alto y estrecho donde cabe precisamente la máquina, y bajar en curvas atrevidas y cerradas, llegamos a las márgenes del gran río que ha recorrido ya un trecho de más de quinientos kilómetros. Sus orillas son bajas y verdes, y con sus islas y las barrancas un poco retiradas de la playas, nos trae recuerdos del Paraná. Las aguas han perdido el hermoso color verde que tenían al brotar del Nahuel Huapi; ahora son espesas y limosas. El encargado de la balsa de Senillosa, que evidentemente consideraba el río como de su propiedad, nos explicó:—«Se me enturbió de pronto a las dos de la tarde».



LAGO GUTIERREZ (REP. ARG.)

Una majada de 4.500 ovejas, procedentes de Maquinchao, se empujaba balando, en los bretes de la margen Sur, esperando su turno para cruzar el río. Los automóviles tienen precedencia sobre cualquier vehículo, jinete o tropa, y la lanuda comitiva tuvo que aguardar el regreso de la balsa.

En la banda izquierda del Limay, el camino corre paralelo a la vía del ferrocarril, en un trecho de cerca de cincuenta kilómetros. Está desgarrado por hondos surcos producidos por las últimas lluvias torrenciales. Pasamos entre colonias de riego, entre campos de «pájaro bobo» que exhalaban su fragancia extraña y deliciosa, mezclada con el olor acre de aguas estancadas.

Al caer la noche, entrábamos en Neuquén. Habíamos cerrado el círculo.

X

NEUQUÉN

Hasta ahora, los paisajes se habían sucedido cada día más grandiosos, hasta culminar en la soberana belleza del Esmeralda y del Nahuel Huapi. Después, durante dos días nos sentimos dominadas por el hechizo extraño del desierto. Habíamos cruzado como el príncipe de una leyenda india, la región encantada de los trece ríos y los siete mares, situada tras el desierto de Tepantar; pero habíamos recorrido el camino a la inversa. Allí quedaban las princesas encantadas, y nosotras de regreso en el mundo real, nos encontrábamos en Neuquén.

Es fácil caer en injusticia al mencionar la incipiente capital del territorio, cuando se vuelve de la cordillera y de la región de los lagos. La naturaleza se muestra en estas zonas neuquenianas tan decididamente hostil, que la lucha del hombre contra ella se impone infatigable y continua. El suelo es un desolado arenal; las dunas se forman al capricho del viento en medio de las calzadas, en las aceras, junto a las paredes, más allá o más acá, destruyendo las murallas, ahogando la vegetación donde la encuentran. El poderoso «Merce-

des» que nos había traído desde Bariloche, recorriendo el largo camino sin tropiezos y salvando un tramo de 25 leguas de travesía, no se atrevió a arrimarse a la acera del hotel donde debíamos alojarnos, pues corría el peligro de quedar encajado en una duna recientemente formada allí. A menudo levántanse vendavales que duran días y entonces la vida se vuelve poco menos que intolerable, pues la arena en remolinos, enturbia el aire, penetra en las ropas y por las rendijas de puertas y ventanas entra en las habitaciones mejor cerradas, amarilla, áspera, tenaz, desesperante. Alrededor del incipiente poblado se extiende el erial verde gris, limitado en apariencia, por las rojizas «bardas» o barrancas del río Neuquén al Norte y las del Limay, al Sur. Pudimos allí repetir una observación que ya habíamos hecho otras veces, aunque no tan pronunciadamente: que un paisaje melancólico nunca lo es más que en torno a poblaciones humanas. Los yermos salitrosos cubiertos de raquítica vegetación amarga, que habíamos recorrido, eran de una desolación grandiosa y severa; pero en cuanto se erigía en medio de su soledad un rancho, una vivienda cualquiera, su tristeza se volvía abrumadora, mortal. ¿Sería impresión debida a la mezquindad de la obra del hombre? Apunto la sensación y repito que en Neuquén llegaba a ser opresora. Vanamente buscaban nuestros ojos las siluetas de las montañas que nos habíamos habituado a ver. Sólo las mesetas, como terraplenes o graderías sin fin, interrumpen la

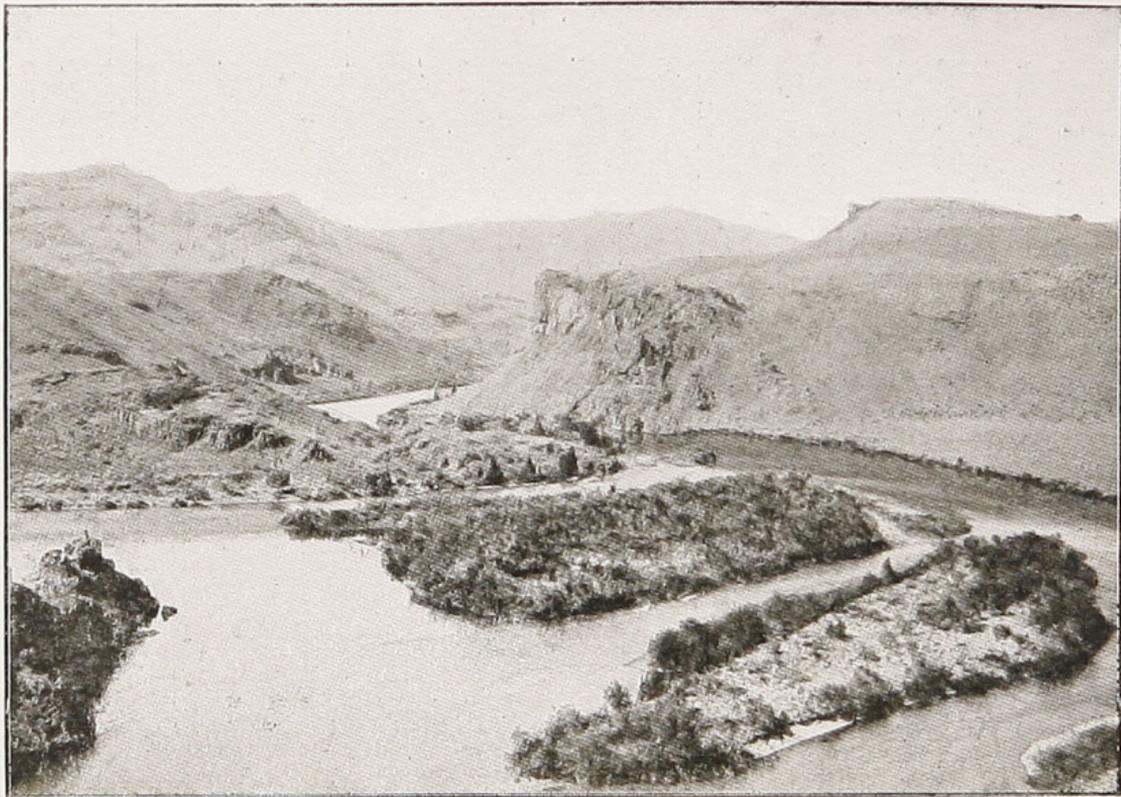
llanura y se pierden en la luz brillante que tiembla sobre ilimitados horizontes.

Existe, sin embargo, a corta distancia de la ciudad, sobre el río Limay, un punto muy pintoresco. Es un bosque de sauces colorados o patagónicos, frondosos, corpulentos, todos inclinados hacia oriente por el constante empuje de los vientos del Oeste: ofrece el aspecto inquietante de vastas columnatas que un sacudimiento de tierra hubiera volteado a medias, dejándolas en claudicante equilibrio. Bajo su sombra espesa, fría y egoísta, ni arbustos ni flores brotan; apenas si verdean algunas matas de hierba. Al pie de esa alta barranca boscosa se desliza el río, formando remansos, bajíos o islotes, estos últimos también cubiertos de sauces.

Se ha discutido mucho la situación de la ciudad de Neuquén.

Mientras unos sostienen que la confluencia de los dos grandes ríos, Neuquén y Limay, será un día el empalme de todo el tráfico fluvial y terrestre de Neuquén y Río Negro, otros alegan que jamás podrá prosperar allí una ciudad que no esté artificialmente animada por la vida administrativa; es decir, que trasladando a otro punto el gobierno del territorio, Neuquén acabaría en tapera.

Si tal cosa se hiciera en estos momentos, quizá resultaría cierta la lúgubre profecía. Pero no es probable que se haga, y, entretanto, la región va transformándose paulatinamente. Esa confluencia será algún día, por el recio trabajo del



VALLE DEL LIMAY

hombre, una bellísima región. En los alrededores, a mayor o menor distancia de la planta urbana, una red de canales y acequias tiende en médanos y pedregales sus hilos de plata cada día más numerosos. Colonias de regadío—alfalfares, trigales, viñedos, huertas—ostentan el verde brillante característico de la vegetación artificialmente provocada. Ahora, ¿podrá el riego llegar hasta la ciudad misma, para mitigar con arboledas y jardines su presente tristeza? Esta pregunta mía recibía respuestas contradictorias: algunos aseguraban que eso sería imposible; otros, que sería la cosa más fácil del mundo. El porvenir dirá cuál de las dos opiniones es la verdadera, y mientras llegue el momento, Neuquén deberá contentarse con ser la pobre cabeza de un cuerpo exuberante de belleza y de vida. También la cuestión de la navegabilidad de los dos grandes ríos gemelos preocupa los ánimos en la ciudad de la confluencia. El Limay ha sido remontado, aunque con dificultad y peligro, hasta la desembocadura del Colloncuro, ya en plena sierra. Muchas son también las personas que bajan desde el Nahuel Huapi en bote. En cuanto al río Neuquén, es objeto de estudios por parte de ingenieros y particulares. Cuando las corrientes de agua sean gobernadas y medidas y orientadas a voluntad, cuando se vuelquen sobre los arenales y los fecundicen, cuando a la vera de las acequias se eleven las arboledas cual inmensas cortinas de defensa, cuando el hombre con la omnipotencia de su brazo y de su espíritu modifique

el suelo y el ambiente y lo haga a su voluntad, florecerá el porvenir de este sitio y de esta zona que hemos tenido la oportunidad de visitar, para volverla a ver bella y riente en breves años más.

Agréguese a las ventajosas condiciones geográficas, la de ser aquí el aire tan seco y puro como el de Egipto, hasta el punto de realizar verdaderos milagros de curación en casos de enfermedades pulmonares, lo que tal vez dará lugar a la fundación de sanatorios, y se verá que no son meros soñadores los que predicen para Neuquén una prosperidad ilimitada.

CIPOLLETTI—CUENCA VIDAL

Como en todo nuestro viaje por las zonas cordilleranas, fuimos objeto en Neuquén de atenciones por parte de las autoridades del territorio. Acompañadas por el secretario de la gobernación señor Miguel Alier, visitamos los alrededores del poblado.

La primera excursión fué al pueblo de Cipolletti, para llegar al cual utilizamos la balsa a polea que atraviesa el río Neuquén.

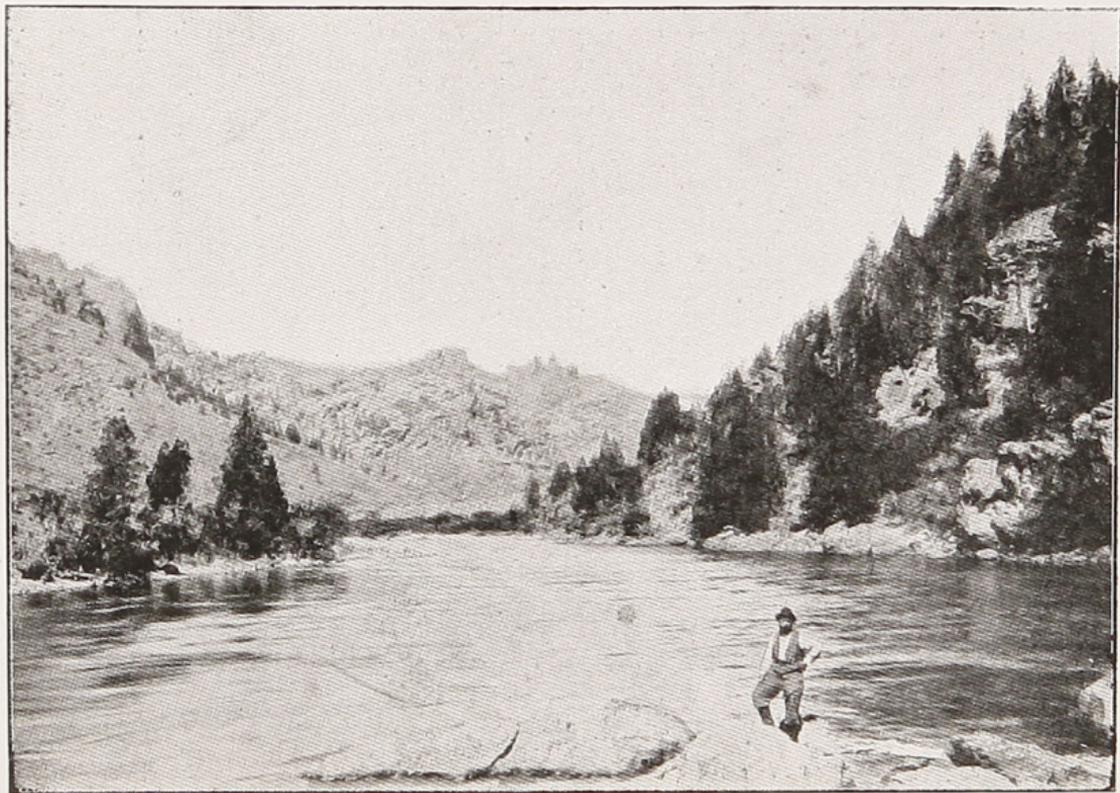
El paso por el río turbio y ancho sería posible en aquel paraje, a no ser por una corriente formidable que barre a lo largo de la margen derecha. Es muy curioso el aspecto de esa faja, no muy ancha, de agua en vertiginoso movimiento, que parece un río dentro de otro río, pues diríase que una barrera invisible la separa del resto del caudal, el que

avanza más serenamente. Vimos una vaca que había cruzado, en parte caminando, en parte nadando, todo el lecho del río; pero cuando entró en la corriente junto a la orilla derecha, fué arrastrada por largo trecho, y sólo después de grandes esfuerzos logró ponerse en salvo en uno de los numerosos bancos de arena que hoy forma y mañana deshace el caprichoso e imponente hijo de la cordillera.

En Cipolletti, pueblecillo pequeño, pero bastante animado, fuimos amablemente atendidas por los señores Peuser, propietarios de una de las fincas más importantes de la región. Visitamos alfalfares, viñas, huertas y jardines, todos ellos en sitios del desierto transformado por medio del riego. Encerrados por el erial, mustio y hostil, brillaba el verde tierno de los cultivos resguardados por largas y altas hileras de girasoles como por tapias de oro; el sol sereno de la tarde hacía chispear como láminas de acero los tallos de la hierba y correr arroyuelos de fuego en los canales y acequias que murmuraban alegres canciones de vida y riquezas.

A la mañana siguiente nos dirigimos a la Cuenca Vidal, para conocer las grandiosas obras de embalse del río Neuquén. Hicimos el recorrido en autorriel o autovía, a gran velocidad.

Demasiadas veces han sido descriptas las obras de Cuenca Vidal, para que nosotras pretendamos añadir nada nuevo; y por cierto no hemos de entrar en detalles técnicos.



RÍO LIMAY, CERCA DE LA DESEMBOCADURA DEL TRAFUL

Guiadas por el señor Cambo, entonces ingeniero director, visitamos las construcciones de hierro y concreto, los terraplenes revestidos con capas de multicolores guijas cubiertas de tejido de alambre; las formidables compuertas, los blancos pilares, arcos y puentes que serán prisiones del río, cuyas aguas turbias se deslizan alrededor de sus bases lenta y calladamente, como desconfiadas; exactamente como perros que olfatean un sitio desconocido. En un futuro no lejano, ellas formarán un extenso lago allí donde ahora el desierto exhibe su parda tristeza, y quintas, chacras, estancias y arboledas reflejarán en el cristal movable todos los matices del verdor.

Para apresurar esta transformación, trabajan día y noche centenares de obreros, todos o casi todos italianos. Sus viviendas constituyen un pueblecito, y sus niños reciben instrucción escolar. Es probable que muchos de esos obreros se arraiguen allí, una vez terminado el dique, para cultivar un pedazo del suelo que ellos han ayudado a fertilizar.

Dos días después nos despedimos de Neuquén, y al atardecer nos hallábamos de nuevo en Bahía Blanca, donde el humus de Buenos Aires y la arena de Río Negro se tocan eternamente y no se compenentran jamás. Brisas frescas y húmedas nos acariciaban, y maizales y alfalfares saturados de savia lucían suavemente a ambos lados de la vía. Pero nuestros ojos se volvían hacia el Oeste con extraña insistencia; hacia horizontes

lejanos, donde el sol se hundía ahora en un cielo azul sombrío, sobre mesetas desiertas, sobre sierras rojas y áridas, sobre eriales que parecen la morada de la muerte y que son paraíso de mil seres pequeños y humildes y ofrecen detalles de una belleza nunca imaginada...

Refiere Nansen, el célebre explorador noruego, que al cabo de un viaje de dos meses a través de los hielos de Groenlandia, llegó felizmente a poblado con sus compañeros. Fueron recibidos y festejados como héroes por los colonos; pero a pesar de todos los agasajos y del gozo derivado de las comodidades tanto tiempo echadas de menos y de la satisfacción por haber vencido en la demanda, se mezcló a su alegría una vaga sensación de pesar: era la nostalgia de los hielos. Del mismo modo sentíamos nosotras la nostalgia de la travesía.

Duró hasta que vimos brillar bajo el sol de la mañana, las torres de Buenos Aires.

Mi viaje ha terminado, y al lector que directa o disimuladamente me haya insinuado la pregunta de si no he exagerado siquiera en algo la belleza de lo que ví, o atenuado los peligros corridos, responderé con las palabras de Ulrico Schmidel, aquel soldado historiador de la conquista española en nuestras tierras:

«Y el que de esto dudare, que allá vaya, y en yendo se convencerá de que es así».

ITINERARIO DEL VIAJE

He aquí la derrota de nuestro viaje, cuya publicación anunciamos al iniciar estas correspondencias, creyéndola de interés para los que deseen emprender el mismo camino.

Salida de Plaza Constitución para Zapala, miércoles o sábado, a las 6.38 p. m. (horario de verano del Ferrocarril del Sud).

Llegada a Zapala, viernes o lunes, a las 10.30 a. m., o 12.45 p. m., según el día. En Zapala hay un hotel.

Salida en automóvil para San Martín de los Andes, a las 5 a. m. Llegada a dicho punto el día siguiente, a mediodía. Se duerme en Junín de los Andes, o, más probablemente, en la casa de comercio de Mendaña, una legua antes de llegar a aquel pueblo.

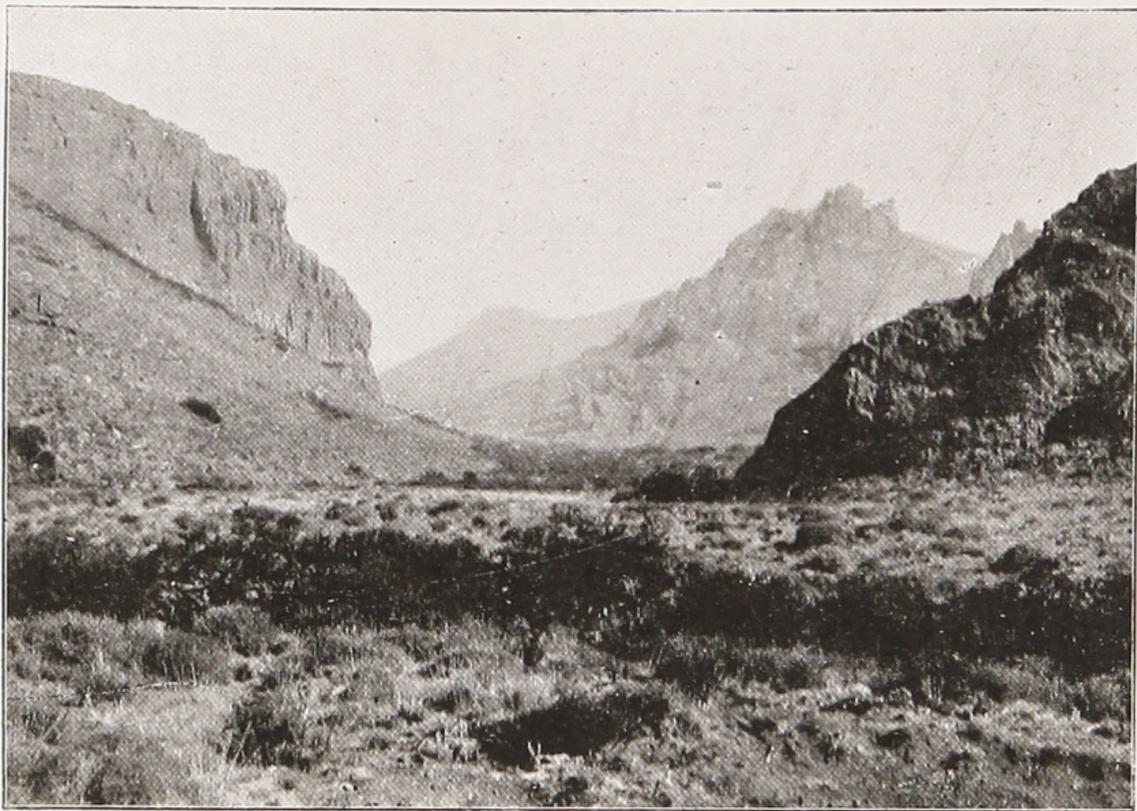
Desde San Martín de los Andes se realizan excursiones:

Al lago Lolog, 6 leguas ida y vuelta, a caballo.

A los lagos Meliquina, Machenico, Carmen y Hermoso, en total 14 leguas, ida y vuelta, a caballo.

Esta excursión supone tres días de permanencia antes de continuar viaje a Chile.

Salida de San Martín de los Andes para Valdivia (2 días de viaje). Se pasa por los lagos Lacar, Perihueico y Riñihue, en vapores de la compañía General San Martín. Entre los lagos hay secciones de varias leguas que es menester recorrer a caballo.



QUEBRADA EN RÍO NEGRO (REP. ARG.)

En Huahum hay un pequeño hotel holandés. Si hubiese posibilidad de tiempo, ir al lago Queñi, tributario del Lacar, en el que hay fuentes de aguas medicinales y espléndidos panoramas. Yendo del lago Lacar al Perihueico, el lago Queñi queda a la izquierda de la huella, a una legua.

Entre los lagos Perihueico y Riñihue, ver el lago Panguipulli, que queda pocos centenares de metros a la derecha del camino.

Sobre el lago Riñihue está Guaiguai, donde se toma un tren que llega a Collilefu. Desde este punto tomar el tren que va por Antilhue a Valdivia (pocas horas). Desde Valdivia, excursión a Puerto Corral y Niebla (en el día), en vapor.

Desde Valdivia, ir por tren a Puerto Varas (un día); quizás, según el día en que se viaje, haya que dormir en la ciudad de Osorno (35.000 habitantes).

Una vez en Puerto Varas, excursión a Puerto Montt, en tren o en carruaje (una hora). De Puerto Varas a Bariloche, 2 días, en la siguiente forma: se sale por el lago Llanquihue, en el que se navega 4 o 5 horas, según las escalas que haga el vapor; se llega a Ensenada, donde se almuerza en el hotel. Desde allí se continúa faldeando el volcán Osorno entre bosques que siguen el curso del río Petrohué, durante 2 y 1/2 horas, en break o a caballo. Se llega a Petrohué y allí se embarca y se navega el lago Esmeralda o Todos los Santos, durante 4 horas hasta llegar a Peulla. Desde este lago, uno de los más hermosos del mundo, se divisan los volcanes

Osorno, Calbuco, Puntiangudo y el cerro Tronador.

En Peulla hay una bella cascada; se come y duerme en un buen hotel. Al día siguiente se sale temprano en coche o a caballo, se costea por entre grandes bosques el río Peulla, y se llega en 2 horas a Casa Pangue. Desde allí es posible ir en excursión al ventisquero del Tronador (un día).

En Casa Pangue se continúa en mula durante 1 y 1/2 hora, hasta cruzar el hito. Se llega al lago Frías, que se atraviesa en bote a remo en 40 minutos, y luego se va a Puerto Blest, sobre el lago Nahuel Huapi, a pie o en mula, bajo bosques de árboles colosales (Parque Nacional), en un trayecto de 30 cuabras. En el hotel del Puerto Blest se almuerza, y luego se navega 4 y 1/2 horas en el lago Nahuel Huapi, hasta San Carlos de Bariloche, adonde se llega al caer la tarde. Desde Puerto Blest se visitan las cascadas del río Los Cántaros y el lago de dicho nombre (una hora, ida y vuelta). Hay una empresa que transporta los pasajeros y equipajes desde Puerto Varas a Bariloche.

En Bariloche, tomar la lancha de la gobernación del Neuquén, que sale los días 1.º y 15, y hacer el viaje de circunnavegación del lago Nahuel Huapi. En este viaje, bajar en Puerto Anchorena, (isla Victoria), Puerto Manzano, Península Beatriz, El Correntoso (ver el lago de este nombre, 40 minutos, ida y vuelta), El Rincón, y si hubiere tiempo, el lago Espejo (2 leguas, ida y vuelta). Esta excursión dura dos días.

Desde Bariloche, hacer excursión, a caballo, al lago Gutiérrez (3 leguas), y a las penínsulas San Pedro y Llao Llao, pasando por los lagos Moreno Este y Moreno Oeste, y llegar hasta el brazo Tristeza (un día). En Bariloche, tomar el automóvil que sale los días jueves, a las 5 a. m., y llega al Neuquén los viernes, a las 6 p. m.

FIN DEL LIBRO

PAISAJES CORDILLERANOS

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
SECCIÓN ADQUISICIONES BIBLIOGRAFICAS
25 JUN 2012
DONACIÓN

FONDO GENERAL

ÍNDICE

| | <u>Página.</u> |
|---|----------------|
| Dos palabras..... | 7 |
| I.—De Buenos Aires a Zapala.—1500 kilómetros en ferrocarril..... | 11 |
| El desierto..... | 15 |
| En Neuquén..... | 19 |
| Zapala | 20 |
| II.—De Zapala a San Martín de los Andes.... | 25 |
| Por barrancos y cañadas..... | 34 |
| III —San Martín de los Andes..... | 41 |
| Alrededor de San Martín.—Lago Loioq. | 45 |
| El cacique Abel Curruhuinca..... | 51 |
| IV.—Del Lago Lacar a Valdivia..... | 57 |
| El hito.—Lago Perihueico..... | 61 |
| Por los bosques fronterizos..... | 66 |
| Lago Riñihue.—Por tren hasta Valdivia | 71 |
| V.—De Valdivia a Puerto Montt..... | 75 |
| Río Valdivia.—Puerto Corral.—Niebla. | 81 |
| Osorno..... | 85 |
| Puerto Varas | 90 |
| Puerto Montt..... | 93 |
| VI.—Del Llanquihue al Nahuel Huapi..... | 97 |
| Lago Todos los Santos..... | 102 |
| Peulla.—Casa Pangué..... | 106 |
| Lago Frías.—Parque Nacional..... | 110 |
| Puerto Blest.—Los Cántaros | 114 |
| VII.—El Lago Nahuel Huapi..... | 117 |
| San Carlos de Bariloche..... | 126 |

| | <u>Página.</u> |
|--|----------------|
| VIII.—Alrededor del Nahuel Huapi | 131 |
| Lago Correntoso.—Lago Gutierrez..... | 134 |
| Valle del Limay..... | 145 |
| IX.—De Bariloche a Neuquén | 151 |
| Pilcaniyen.—Cumallo.—Laguna Blanca. | |
| —Mencué | 155 |
| La travesía..... | 163 |
| X.—Neuquén | 170 |
| Cipolletti.—Cuenca Vidal..... | 176 |
| Itinerario del viaje | 181 |



